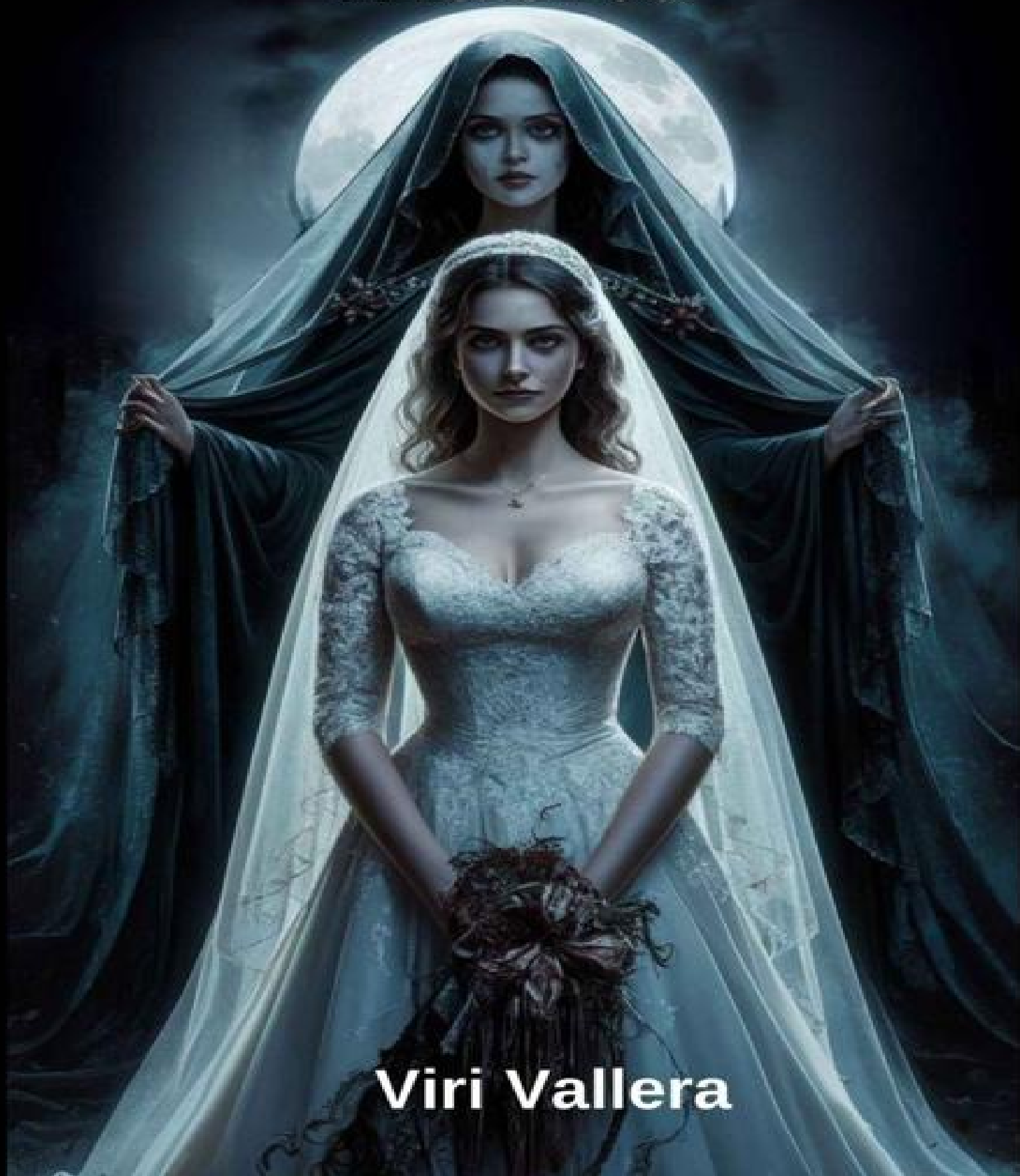


La esposa de la muerte



Viri Vallera

La esposa de la muerte

Viri Vallera

Derechos de autor © 2024 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Prólogo</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	

Prólogo

Como siempre, desde que había empezado a existir, ella vagaba por el mundo como una sombra, como el viento, invisible ante los ojos de todo aquel con el que se topaba de frente y ni siquiera era capaz de percatarse de su presencia. Ella era y seguía siendo testigo de cada muerte pacífica u horrorosa que ocurría en alguna parte del mundo, de ese mundo que continuaba siendo igual de cruel, cada época a su manera, pero seguía sin cambiar ni un ápice. Incluso sentía que se estaban convirtiendo en seres más crueles, al tiempo que inventaban más tecnología para su propia desgracia.

Ella seguía sin comprender por qué aquellas personas ambicionaban tanto el poder y la riqueza, si a la hora en que le tocaba llevárselos, ellos no podían llevarse nada, ni sobornarla con todo lo que poseían para que ella les otorgara un poco más de tiempo sobre la tierra. Al morirse, ellos no eran nada, eran igual que el resto de los que ellos consideraban pobres.

Como era de esperarse, ella se convirtió para todos en un ser temible, pero no los culpaba. Si ella hubiese estado en la misma situación que ellos, seguramente estaría igual. Por suerte, ella no era esclava de lo que los vivos en la tierra se esclavizaban con facilidad, ella no necesitaba de nada, ni siquiera había deseado experimentar qué era tener un cuerpo y probar de aquellos placeres que gozaban los vivos.

Pese a ni siquiera saber cómo era, los vivos le dieron una imagen tétrica, un cuerpo de esqueleto descarnado, cubierto con una túnica negra que sólo dejaba descubierto su rostro y manos, y, en una de ellas, le colocaron una guadaña, haciéndole preguntarse ¿Cuándo diantres la habían visto? Por supuesto que no se alegró de aquella imagen tan peculiar que le asignaron, pero no podía hacer nada. Y de esa misma forma descabellada en que le hicieron una imagen, sin siquiera verla, le salieron seguidores, personas que le pedían milagros y adoraban una imagen falsa. Ella no sabía si reír o preocuparse de esos vivos sin sentido común.

La muerte iba de un lugar a otro sin descanso, ella realmente no sabía qué era descansar o pernoctar en un lecho. No tenía sentimiento alguno por algo o alguien, pero sí sabía lo que era el odio, el rencor, el enojo y la ira. Ella no los experimentaba, pero lo podía ver en el rostro de cada una de las personas que moría a causa de envidias, odio o rencor. También solía haber decesos por personas que desafiaban a la propia muerte realizando actos estúpidos o simplemente queriendo ganar una carrera al viento, cuando aquello era imposible. Por eso, la muerte siempre se hallaba recogiendo vidas en carreteras, en bares, en las calles, en las guerras, en los hospitales; ella estaba en todos y en ninguna parte.

Sin embargo, cuando se dirigía hacia un accidente para arrebatar la vida de un moribundo a plena luz del día y bajo los incandescentes rayos de sol, miró lo que nunca en su larga existencia esperó ver.

Capítulo 1

Una joven de aspecto frágil, con el cabello corto, se encontraba ayudando a una mariquita a escapar de la tela de una araña. “¿Acaso no sabe que eso es parte de la naturaleza? ¿Por qué preocuparse por un insecto que puede morir en cualquier momento?”, pensó la muerte.

La muerte se detuvo a observarla con curiosidad. Era la persona más extraña que había visto en toda su existencia, ya que la mayoría lastimaba incluso a los de su propia sangre. Por eso le resultaba tan inusual ver a esa mujer salvar la vida de un insecto.

Jamás en su eterna existencia se había detenido a mirar algo o alguien. Nunca había visto un amanecer o una noche estrellada, porque después de tanto recorrer el mundo, lo conocía al derecho y al revés, y no veía sentido en contemplarlo de otra manera.

Por un momento, ignoró su deber para tomarse unos segundos y observar a la joven que se convertía en la heroína de una inocente mariquita ese mediodía. Rebeca, como se llamaba la chica, ni siquiera se daba cuenta de que tenía una espectadora muy cerca.

La muerte se hallaba fascinada por semejante criatura, pues le pareció diferente al resto. Miró los ojos más bonitos que había visto en toda su existencia. Tenían algo especial, aunque la muerte no sabía exactamente qué era. Solo sabía que algo en esa joven era especial.

Cuando Rebeca levantó el rostro y apartó el cabello, la muerte pudo apreciar su belleza, de un aire casi infantil pero que enseguida notó que ya no se trataba de una niña, sino de una mujer joven. La muerte miró con fascinación aquel rostro y descubrió que los ojos de Rebeca eran del color de la vida, al menos así relacionaba el color verde que veía en los campos y en los bosques. En ese instante, pareció que no existía nada más que la joven, quien sonrió feliz al haber liberado a la mariquita que voló lejos de sus manos.

—¡Adiós! — dijo Rebeca a la mariquita mientras esta se alejaba de la tela de la araña.

Rebeca continuó su camino rumbo a casa y la muerte no pudo evitar seguirla. Tenía curiosidad por saber de dónde venía. Quizás ella no era humana, pero tampoco era como ella. La consideró extraña por salvar la vida de una mariquita, pero también por su aspecto diferente: en su cara y cabeza no había rastro de vello o cabello, y su aspecto físico, delgado, parecía frágil. Sin embargo, la joven tenía una energía diferente, una que contagiaba alegría y vida.

—¿A dónde fuiste? — le preguntó Fernando cuando vio a su hermana entrar de nuevo —. Dejaste sola la librería — la reprendió.

—Lo siento, fui a darles de comer a los gatitos del parque, pero ya no están, creo que alguien los adoptó — dijo mientras volvía detrás de la barra.

—Además, no debes salir al sol, ya lo sabes.

—Me he cubierto con la capucha de la sudadera.

—Aun así, debes cuidarte y no exponerte a los rayos del sol.

Rebeca tenía dos hermanos, Fernando el mayor y Lucía la menor. Ambos se sintieron tristes cuando los resultados de su hermana dieron positivo para cáncer de mama en etapa dos. Ellos no fueron los únicos que se sintieron así; Rebeca y sus padres también se sintieron devastados. Sin embargo, el médico les dio esperanzas, diciéndoles que la probabilidad de superar la enfermedad era mayor al cincuenta por ciento, dependiendo del cuidado y el tratamiento adecuado que recibiera. Por eso, sus hermanos y padres la vigilaban de cerca, aunque Rebeca, a pesar de estar enferma, se mostraba fuerte y animada como siempre. A veces, sin embargo, al ver jóvenes de su edad, se sentía cohibida por su aspecto.

La muerte seguía allí, presenciando la escena entre Rebeca y su hermano, quienes ni siquiera se imaginaban que estaban siendo observados. Pero era la joven de ojos verdes quien capturaba toda la atención de la muerte. Perturbada por su extraña fascinación por Rebeca, la muerte se recordó a sí misma que no debía perder el tiempo observando la aburrida vida de los vivos.

La muerte volvió a vagar por el mundo, perdiendo la noción del tiempo. Le amanecía y le anochecía siendo solo un soplo de aire frío. Estaba sola y ni siquiera sus pensamientos la acompañaban, pues la muerte no pensaba; estaba siempre concentrada en el ir y venir, nada más. Hasta ese día en que se topó con Rebeca, la salvadora de mariquitas, a quien extrañamente deseaba volver a ver.

Rebeca estaba recibiendo su quinta sesión de quimioterapia. Odiaba los efectos secundarios que le causaba el tratamiento, pero sabía que debía soportarlos si quería seguir con vida y cumplir sus sueños de enamorarse, casarse y tener hijos algún día. Sin embargo, su aspecto le generaba inseguridad; no se sentía bonita ni agradable a la vista de nadie, a pesar de los consuelos de sus padres y hermanos de que era solo temporal. Por eso había dejado de ver a sus amigas y tomaba las clases universitarias en línea cuando se sentía con suficiente energía para hacerlo.

Rebeca iba con su madre, Carolina, quien la acompañaba en el tratamiento. Sin embargo, una vez en casa, Rebeca empezaba a sentir náuseas después de haber comido apenas algo, corriendo luego hacia el baño para vomitar lo poco que tenía en el estómago. Esto la dejaba exhausta y sin ganas de hacer nada más que recostarse en la cama con los ojos cerrados, intentando descansar, aunque los médicos solo le indicaban que descansara y no durmiera como un oso en hibernación.

— ¿Cómo te sientes? — le preguntó su padre, sentado al borde de la cama, cuando Rebeca abrió los ojos.

—Un poco mejor ahora que he dormido, pero aún tengo sueño — respondió con voz adormilada, mientras él le tomaba la mano cariñosamente.

—Ya sabes que solo debes descansar y no dormir demasiado. Guarda eso para la noche.

—Pero las noches se me hacen muy cortas y sigo teniendo sueño y cansancio.

— ¿Tienes hambre? Es hora de comer.

Rebeca arrugó la nariz y sintió que de nuevo se le revolvía el estómago.

—No tengo hambre, de hecho, el solo oír comida me da náuseas.

—Pues debes comer, sabes que debes hacerlo.

—Pero no tengo hambre.

—Has dormido una hora y llevas mucho tiempo sin comer después de la quimio, así que levántate que te estamos esperando.

Aquello fue casi una reprimenda, pero dicha con cariño. Rebeca no pudo evitar negarse; ella sabía lo difícil de la situación en casa. Podía ser ella la enferma, pero el temor a no superar la enfermedad mantenía a todos en vilo. Aunque muchas veces deseara desaparecer y no sentir nada, aquello era imposible para ella. A pesar de todo, quería vivir y se esforzaba por mostrarse fuerte para no deprimir a su familia, aunque por las noches la incertidumbre sobre su futuro la abrumara.

— ¿Vas a comer? — le preguntaron sus hermanos y madre al verla llegar al comedor con su padre del brazo.

—Lo intentaré, pero si comienzo a sentir náuseas de nuevo, lo dejaré — advirtió.

—De acuerdo — dijo su madre dedicándole una sonrisa.

Rebeca estaba cansada de comer tan saludablemente. Su madre le preparaba muchas verduras, fruta, pollo y en menor medida carne de res y pescado. Si antes era delgada, ahora parecía estar desapareciendo entre los huesos. Además, su piel se había vuelto sensible; con cada tratamiento, se sentía menos ella misma y más como una desconocida en su propio cuerpo.

Había días en que se la veía triste, desanimada y sin energía, pero sus hermanos y padres la alentaban a ir a la librería cuando pasaba demasiado tiempo en la cama y ya no sufría vómitos. Sabían que el aislamiento no era bueno para Rebeca. Entendían su fatiga y los cambios drásticos que había experimentado físicamente y en su vida en general, pero ella debía seguir adelante. Atender la librería era una forma de distraerse, el único lugar que la hacía soñar despierta cuando se sumergía en la lectura de su libro favorito.

La muerte por primera vez pensaba, algo extraordinario e ilógico para un ser como ella que nunca antes había reparado en un humano. Sin embargo, esa tarde volvió al parque donde había visto a la chica que salvaba mariquitas. Había pasado una semana desde aquel primer encuentro, un momento que pareció iluminado por ángeles, seres que la muerte tenía prohibido observar.

Recordando que estaba cerca de donde vivía Rebeca, la muerte, que todo lo sabía y recordaba hasta el más mínimo detalle, decidió aventurarse hasta allí. Gracias a su agudo sentido del olfato y su fascinante visión, se dio cuenta de que la razón de su distracción se encontraba en una librería, detrás de un mostrador leyendo un libro.

Como era de esperar, Rebeca ni siquiera se dio cuenta de que estaba siendo observada con fascinación. La muerte se acercó y se paró delante de ella, invisible como el viento. De repente, Rebeca levantó la vista del libro y la muerte creyó que la había visto, imaginando por un segundo que sus miradas se cruzaban, pues la muerte pensaba que quizás su imagen era perceptible como la de los humanos, aunque fuera invisible.

—Buenas tardes, estoy buscando un libro — dijo la voz de un hombre que llegaba por detrás de la muerte, quien se sobresaltó al no haber advertido su llegada por primera vez.

—Sí, dígame ¿Cuál es el que busca? — preguntó Rebeca.

El hombre pasó a través de la muerte, sintiendo un leve escalofrío al que no le dio importancia, y se acercó al mostrador para hablar con Rebeca. En ese momento, la muerte tuvo una idea: quizás podría hablar y ser vista por la joven que le recordaba la vida y la inocencia.

Salió de la librería con la urgencia de poseer un cuerpo humano, y pronto tomó posesión del primer cuerpo que pasó junto a ella, regresando rápidamente a la librería y experimentando la sensación más extraña que jamás hubiera imaginado.

Rebeca observó al hombre, redondo y bajito, entrar a la librería, caminando como un pingüino y pareciendo a punto de tener un ataque al corazón. Lo que ella no sabía era lo difícil que era para la muerte poseer un cuerpo humano; ella era simplemente aire, intangible y moviéndose como una nube viajera sin destino.

Con dificultad, la muerte caminó hasta detenerse junto al mostrador y miró fijamente a Rebeca, quien sintió miedo ante la mirada penetrante del hombre.

— ¿En qué puedo ayudarlo? — preguntó Rebeca, sintiendo un escalofrío.

—Esto — habló la muerte a través del hombre, señalando con el dedo el libro que Rebeca estaba leyendo.

Rebeca se sorprendió al ver el libro que aquel hombre de movimientos y comportamiento extraños quería comprar. Era de literatura lésbica, algo inusual para un hombre de mediana edad.

—Claro, por supuesto — dijo Rebeca, abandonando su lugar seguro detrás del mostrador, y preparándose mentalmente para gritar en caso de que el hombre intentara algo.

A Rebeca no le costó nada localizar el libro en las estanterías. Aquella era su sección favorita y conocía al dedillo la disposición de los libros, ya que era ella quien se encargaba de acomodarlos.

— ¿Es para un regalo? — preguntó mientras regresaba a su lugar, sintiendo un enorme alivio de que el hombre solo la hubiera mirado y no dijera palabra.

— Sí, es para mi hija.

Rebeca anunció el precio al hombre, quien comenzó a buscar su cartera en los bolsillos delanteros del pantalón. Esto le pareció gracioso a Rebeca, ya que la mayoría de los hombres llevaban la cartera en la parte trasera y este sujeto tardó más de lo usual en encontrarla y pagar.

— Gracias — dijo el hombre una vez que Rebeca le entregó el libro en una bolsa.

— Gracias a usted por su compra — le dedicó una sonrisa.

— ¿Le gusta el libro? — quiso saber antes de irse.

— Es uno de mis favoritos. Lo he leído más de tres veces, estoy enamorada de la protagonista llamada Úrsula — respondió con emoción —. Estoy segura de que a su hija le gustará.

— Eso espero — dijo el hombre antes de salir.

Rebeca dejó escapar un suspiro de alivio al ver que el hombre se había ido sin intentar nada de lo que había cruzado por su mente.

Mientras tanto, la muerte abandonó el cuerpo del hombre que había poseído y se sacudió como si fuera un perro sacudiendo el agua de su pelambre. El hombre ni siquiera se inmutó; de hecho, ni siquiera se dio cuenta de que alguien se había apoderado de su cuerpo, continuando su camino como si nada hubiera ocurrido.

Ahora sola y, nuevamente invisible en un lugar solitario, la muerte sostuvo el libro entre sus manos y lo observó detenidamente. Ella jamás había leído, pero eso no significaba que no supiera cómo hacerlo; la muerte lo sabía todo, era como una biblioteca andante o una enciclopedia viviente. Esa era una de las cualidades de la muerte, aunque se limitaba únicamente a vagar por el mundo para llevarse las almas de aquellos que dejaban lo material y un cuerpo sin vida.

Después de leer la sinopsis, la muerte abrió el libro. La historia trataba sobre el amor entre mujeres, algo que no escandalizó a la muerte, pues sabía que la homosexualidad existía desde los primeros seres humanos sobre la tierra.

— Quiero saber por qué te gusta tanto este libro y qué tiene de especial la protagonista llamada Úrsula — murmuró la muerte para sí misma.

A Rebeca le encantaba aquel libro porque hablaba del amor incondicional, especialmente de una pareja de chicas que se conocieron desde muy jóvenes y, a pesar de todas las adversidades y del tiempo, lograron permanecer juntas. Aunque la protagonista tenía la enfermedad, Úrsula era quien más sufría, pues debía mostrarse fuerte a pesar del miedo a perder a su amante, con quien había compartido tantas experiencias y años de convivencia.

Sin embargo, Rebeca nunca imaginó que en algún momento se encontraría en la misma situación que una de las protagonistas. A diferencia de ellas, Rebeca seguía soltera y no tenía novia, ni siquiera sabía de alguna chica que estuviera interesada en ella.

Rebeca era consciente de que no se consideraba atractiva; tenía la nariz y la boca un poco grandes, y aunque sus ojos verdes eran hermosos, sabía que eso por sí solo no la hacía atractiva. Ahora, sin cabello en la cabeza debido al tratamiento, se sentía horrible, como una rata calva. La mayor parte del tiempo que salía a la calle prefería cubrirse con una gorra o la capucha de su sudadera.

Sin embargo, para la muerte, las cualidades que Rebeca no encontraba atractivas en sí misma sí lo eran. No era como la mayoría de las personas que había observado a lo largo de su existencia en busca de vidas que llegaban a su fin.

La muerte encontró momentos para leer, algo que nunca antes había hecho, y se dio la oportunidad de tomar un libro entre sus manos para descubrir qué había en esas páginas que había hecho que Rebeca se enamorara de la protagonista.

Como era de esperar, la historia logró conmover un poco a la fría e inexpresiva muerte. En la realidad que observaba, sabía que un amor incondicional como aquel era raro; uno en el que el aspecto físico de una persona no lo era todo y el amor era mucho más intenso, real y visceral. Un amor que podía doler y ser cruel, pero que al final persistía como una llama, pequeña pero capaz de desatar un incendio devastador, tan abrasador como el amor que Úrsula sentía por la otra protagonista enferma de cáncer.

Después de algunos días, en una mañana lluviosa, la muerte volvió a mirar aquellos ojos verdes, con el dulce y característico rostro que los acompañaba. La muerte sabía que Rebeca no era considerada guapa por los estándares convencionales, pero había algo en ella que la hacía desear acercarse y contemplarla al menos por un breve momento.

Durante toda su existencia, la muerte jamás había abierto la boca ni sabía si tenía voz. El día en que compró el libro, pensó que pudo comunicarse porque había poseído el cuerpo de aquel hombre. Nunca había intentado hablar con nadie, pues siempre estaba sola y simplemente se limitaba a escuchar las órdenes de los ángeles.

La muerte no había percibido el sutil cambio que se estaba produciendo en ella. Ahora se movía más despacio por el mundo, mientras su mente divagaba en pensamientos sobre Rebeca. Sin darse cuenta, comenzó a soñar despierta imaginando un momento en el que podría presentarse ante Rebeca y hablarle.

Por primera vez, la muerte anhelaba ser vista por una persona en particular. Deseaba que Rebeca la viera tal como era, aunque ni siquiera ella misma sabía cuál era su apariencia, ya que nunca se había mirado. Nunca había sentido curiosidad por verse a sí misma; simplemente sabía que existía y eso había sido suficiente. Pero ahora, quería algo más que la mera existencia.

Capítulo 2

En una de sus habituales visitas al hospital para llevarse vidas, la muerte se encontró esta vez con Rebeca en la sala de tratamiento contra el cáncer, sin haberlo planeado. Se desvió de su ruta habitual para acercarse a ella. El semblante de Rebeca era sombrío, no había rastro de la vivacidad que solía tener en sus ojos verdes. La muerte entonces comprendió mejor por qué Rebeca estaba tan conectada con el libro que llevaba consigo a todas partes; era como si así siempre estuviera presente.

Sin dudarlo, la muerte buscó en su lista interminable el nombre de Rebeca. Necesitaba saber si ella iba a morir pronto. Por primera vez, sintió un enorme alivio al no encontrar su nombre, al menos no dentro de las próximas veinticuatro horas.

—Puedo entender tu malestar — dijo la muerte en voz alta, sorprendiéndose a sí misma. Fue un gesto impulsivo, nada más.

Deseaba consolar a Rebeca, aliviar su miedo, pero era invisible y por primera vez le molestó no poder ser algo ante una persona. Nunca antes había deseado tanto tener un cuerpo y ser vista como en ese momento. Incluso tuvo el impulso de acariciar el rostro de la joven, por quien ahora sentía deseos que solo los simples mortales podían tener.

Horas más tarde, mientras vagaba por el mundo, la muerte se preguntaba por qué, después de tanto tiempo de existencia y de observar a tantas personas, ahora se interesaba tanto por una sola. Rebeca no era la más hermosa, sexy o atractiva, pero tenía algo singular que la atraía profundamente. Quizás eran los sentimientos puros e inocentes que guardaba en su interior. Solo alguien así podría haber salvado a una simple mariquita de la muerte en la tela de una araña.

Mientras tanto, en su habitación, Rebeca se miraba desnuda frente al espejo, comparando su imagen actual con la de una fotografía en la que lucía radiante y vestida. En la imagen, era toda vitalidad, con un rostro más alegre y sonrosado. Su clavícula no resaltaba tanto, sus brazos no parecían tan delgados ni amoratados por los efectos del tratamiento que recorría sus venas.

No se parecía en nada a como era antes. Le resultaba tan extraño mirar ese nuevo cuerpo y ese aspecto de sí misma frente al espejo que comenzó a llorar. Se sintió infeliz y nuevamente llena de miedo, como aquella mañana durante la quimioterapia. Temía morir y además se sentía culpable por tener a su familia en una situación tan difícil y estresante; lo último que deseaba era verlos sufrir.

—Rebeca, ¿ya terminaste de bañarte? — preguntó su madre desde la puerta de su habitación.

Al escucharla, Rebeca se envolvió en la toalla, temerosa de que su madre la descubriera mirándose en el espejo. Rápidamente guardó la fotografía en el cajón más cercano de la cómoda y corrió hacia el baño, fingiendo que salía. Pero Rebeca olvidó que esforzarse demasiado no era bueno para ella, y ocurrió lo que más temía.

Moverse más rápido de lo que su cuerpo podía fue algo que no debió haber hecho, ya que se mareó y aunque trató de evitarlo, su cuerpo no obedeció y cedió, colapsando con un sordo golpe en el suelo de su habitación. Este ruido fue lo que indicó a Carolina que debía entrar para averiguar qué había pasado y por qué su hija no respondía.

Carolina entró sin anunciarse y quedó horrorizada al ver el cuerpo desnudo y cubierto solo por la toalla de su hija. Intentó reanimarla, pero Rebeca no mostraba el más mínimo signo

de recuperación. Por eso, se vio obligada a pedir ayuda a su esposo, quien llegó rápidamente, seguido por Fernando y Lucía, para averiguar qué estaba pasando.

— ¿Qué sucedió? — preguntó Augusto al llegar.

— No sé. La llamé y no respondió, luego escuché un ruido y decidí entrar; la encontré así — explicó Carolina con angustia.

— Hay que llevarla al hospital — sugirió su padre, mientras la tomaba en brazos y Carolina intentaba cubrirla con la toalla lo mejor posible.

La muerte llegó justo en ese momento y se preocupó tanto como los padres y hermanos de Rebeca al ver lo que ocurría. De inmediato, comenzó a revisar su lista, donde encontró al rostro de cada persona que debía llevarse, pero para su gran alivio, Rebeca aún no se encontraba en ella. Sin dudarlo ni un segundo, la muerte los siguió y subió con ellos a las camionetas, sintiéndose aliviada por ser invisible en esta ocasión. Aunque para Rebeca, ella deseaba ser tan mortal y humana como ella, algo que la muerte no podía ser. Se quedó junto a Rebeca para ser testigo de todo lo que pudiera ocurrirle, nunca había odiado su labor como en ese momento, cuando no deseaba llevarse una vida joven que podría hacer que el mundo fuera mejor.

En algún punto del viaje rumbo al hospital, Rebeca abrió los ojos débilmente y su mirada se encontró de frente, por primera vez, con la de la muerte. Ambas sostuvieron la mirada en ese breve instante, lo cual hizo que Rebeca creyera que estaba en un sueño. En este sueño, veía a una hermosa mujer de unos pocos años más que ella, de rostro inexpresivo y ojos que parecían ser negros como la noche pero al mismo tiempo de un azul intenso, como el de un mar embravecido en medio de una tormenta. Rebeca cerró los ojos nuevamente y volvió a quedar inconsciente.

Mientras tanto, la muerte sintió una extraña sensación recorrer todo su ser, emocionada por la casi certeza de que Rebeca la había mirado, aunque desconocía qué aspecto había percibido de ella. Anhelaba que fuera el de Úrsula, la protagonista del libro que tanto admiraba Rebeca y por la cual había estado practicando su apariencia en los últimos días.

Desde que terminó de leer el libro, la muerte solía abandonar temporalmente sus deberes y se retiraba al lugar más solitario y apartado del mundo: en medio de las aguas cristalinas de un lago. Allí se observaba a sí misma para percibir y experimentar cualquier cambio en su ser, aunque siempre dejaba de hacerlo una vez que vislumbraba una figura borrosa.

Ahora, habiendo captado brevemente la mirada de Rebeca, esperaba que la joven hubiera visto a Úrsula en lugar del espectro de la muerte. Rebeca fue internada por algunas horas, su cuerpo colapsó por el estrés y el agotamiento causado por el tratamiento, pero los médicos aseguraron que se recuperaría pronto con el suero intravenoso. Afortunadamente, debido a su juventud, su cuerpo estaba respondiendo bien a la quimioterapia y no había motivos de preocupación.

Su familia y la muerte, que permanecía atenta a todo, sintieron un inmenso alivio al escuchar las noticias del médico: Rebeca estaba venciendo al cáncer. Era mucho más fuerte de lo que creían y la muerte, en un raro momento, experimentó algo parecido a la alegría.

La muerte regresó de inmediato junto a Rebeca, consciente de que debía aprovechar los pocos momentos a solas antes de que entraran sus padres y hermanos. Fascinada por aquella humana, la muerte llevó sus delgados y fríos dedos al rostro de Rebeca sin pensar. Quería experimentar qué se sentía al tocar a una persona, especialmente acariciar el rostro de la joven que tanto la intrigaba.

Por primera vez, la muerte sintió algo cálido en lugar de la fría y mortecina piel de aquellos a quienes estaba próxima a llevarse. El rostro de Rebeca estaba tibio, una señal de vida y fortaleza. Inadvertidamente, la muerte dejó escapar una sonrisa, algo que nunca había hecho en

toda su larga existencia.

El gesto delicado de la muerte con sus dedos, sin embargo, despertó a Rebeca al sentir la frialdad en su mejilla. La muerte la miró a los ojos una vez más, aunque en esta ocasión Rebeca no tenía conciencia de su presencia; estaba confundida por no reconocer dónde se encontraba. En ese momento, la puerta de la habitación se abrió, dando paso a Carolina y Augusto, lo que fue la señal perfecta para que la muerte desapareciera antes de que algo más extraño pudiera sucederle.

— ¿Cómo te sientes? — preguntaron sus padres apenas llegaron a su lado.

— Cansada. ¿Ya me puedo ir a casa? No quiero seguir aquí con el trasero desnudo — sus padres rieron ante su comentario.

— Sí, claro que nos podremos ir en un rato más — respondió su madre acariciándole la mejilla.

— ¿Estoy bien, verdad? — preguntó con cierto temor en la voz.

— Estás bien, el doctor nos lo acaba de decir — informó su padre — dice que el tratamiento está funcionando bien.

— ¡¿En serio?!

— Sí, de verdad que está funcionando — aseguró su madre abrazándola.

La muerte regresó al hospital media hora después. Deseaba verla de nuevo; en sus pensamientos solo tenía el deseo de asegurarse de que ella no dejaría el mundo esa noche. Sin embargo, cuando llegó a la habitación en la que había estado Rebeca, no la encontró. Aquello la sacó de su imperturbable tranquilidad y, ansiosa por saber de ella, comenzó a recorrer el hospital mientras su sentido del olfato trabajaba al máximo, al tiempo que buscaba en su lista el rostro de Rebeca.

Para su gran alivio, cuando se había resignado a no encontrarla dentro del sanatorio, la vio saliendo del lugar en compañía de sus padres y hermanos. La llevaban en una silla de ruedas hasta la camioneta, y la muerte se coló de nuevo dentro del vehículo, sin más, sin importarle su deber, pues ahora sentía que su única tarea era estar cerca de Rebeca y pendiente de lo que pudiera pasar.

Una vez en casa, su padre la tomó en brazos y la llevó hasta su habitación. La muerte observaba todo desde una distancia prudente y, cuando la dejaron a solas, continuó en la habitación, observando el semblante acongojado de la joven, que parecía avergonzada por algo.

Lo que la muerte desconocía era que Rebeca se sentía apenada porque sus padres la habían encontrado desmayada y desnuda en la habitación, todo por haber corrido y deprimirse por su aspecto tan deplorable y horrible. De repente, Rebeca se puso a llorar cuando la casa quedó en silencio.

La muerte, al verla así, se acercó rápidamente a ella e intentó consolarla, aunque sabía que no podía. Deseaba volver a acariciar su mejilla y secar sus lágrimas, pero no quería asustarla ni empeorar su estado emocional.

— Me gustaría darte consuelo — dijo la muerte, sintiéndose impotente mientras observaba a Rebeca llorar, con la nariz tan roja como la de Rodolfo el reno —. Pero justo en este momento no puedo, porque simplemente soy como el aire o algo menos que eso. Por lo menos el aire puedes sentirlo y saber que está ahí, pero de mí, no hay forma de que te des cuenta — la muerte se sorprendió de escuchar su propia voz, pero quería que solo Rebeca la escuchara, aunque sabía que eso era imposible, continuó hablándole —. ¿Cuántos años tienes? — quiso saber —. En realidad, yo no tengo una cuenta exacta de cuánto tiempo llevo existiendo en este mundo, ni tengo un nombre propio. Aunque me han dado uno tus semejantes, no me agrada y seguramente te asustaría, y eso es lo último que quiero que pase. Aunque por ti podría adoptar

uno. ¿Qué te parece Úrsula, como el nombre de la protagonista de tu libro favorito?

Para sorpresa de la muerte, Rebeca dejó de llorar y parecía estar realmente escuchándola. Sin embargo, en realidad, Rebeca estaba recordando el sueño o alucinación que había tenido mientras estaba desmayada en el hospital. Estaba convencida de que había sido producto de su imaginación, ya que la cara que vio era la de Úrsula, una imagen creada en su mente gracias a la descripción de la protagonista en el libro. Seguramente era un sueño, porque alguien tan hermoso como Úrsula solo existía en sueños o muy lejos de su realidad.

—Debo confesar que no sé si soy hombre o mujer, pero ante ti, tomo la forma de una mujer porque me identifico más contigo de esta manera y sé que te sientes atraída por personas de tu mismo género — continuó diciendo la muerte.

La muerte permaneció allí hasta que Rebeca se quedó dormida, exhausta por dar vueltas en la cama, y el cansancio la llevó a los brazos de Morfeo, pensando solo en una cosa: el rostro de Úrsula.

La muerte se marchó, pero regresó esa noche cada ciertos minutos para observarla dormir y asegurarse de que se encontraba bien. Rebeca le atraía tanto como los planetas son atraídos por el sol, obligados a girar a su alrededor, algo que no podía explicarse a sí misma pero que sentía profundamente. Necesitaba orbitar a su alrededor sin importar qué.

La muerte intentó acariciarla de nuevo, pero temió despertarla. De repente, tuvo un momento de cruel lucidez. No debía permitirse hacerlo. Ella era la muerte, algo que todos temían y aborrecían, y aunque algunos pocos podían llegar a adorarla, Rebeca seguramente sentiría miedo y nunca podría verla de otra manera que como la villana de la historia.

Mientras la muerte experimentaba el sentimiento de perder algo que nunca había tenido, Rebeca despertó sorprendiéndola. La muerte no tuvo tiempo de apartarse y Rebeca la atravesó mientras corría al baño. La muerte se había absorbido tanto en sus propios pensamientos que se había olvidado de Rebeca, quien la encontró vomitando en el baño.

— ¿Por qué vomitas? ¿Te sientes mal de nuevo? — le preguntó la muerte, olvidando momentáneamente que Rebeca no podía escucharla ni verla. Al darse cuenta de esto, se odió a sí misma por no poder ofrecer consuelo como una simple mortal.

Con una inmensa mezcla de sentimientos, la muerte desapareció mientras gimoteaba. Nunca antes había mostrado tal gesto, pero lo que hacía era llorar, un llanto sin lágrimas, sintiendo un profundo dolor. Mientras se consideraba lo más despreciable sobre la faz de la tierra.

Capítulo 3

La muerte decidió no volver a ver a Rebeca, al menos eso fue lo que decidió la noche en que se fue llorando, pero no soportó más de tres días sin saber nada de ella. Así que regresó una noche con la promesa de marcharse tan pronto como viera que se encontraba bien.

Sin embargo, encontró a Rebeca llorando a mitad de la noche y la muerte, sin pensarlo mucho, se aproximó a ella. Se sintió impotente al no poder hablarle ni ser palpable. De nuevo, se volvía a sentir incapaz de consolarla y por primera vez deseaba tener contacto con alguien.

Silenciosa, la muerte se dejó caer como una pluma junto a Rebeca.

—Me gustaría saber por qué lloras — le dijo la muerte a Rebeca, quien ni siquiera sabía que estaba presente mientras lloraba envuelta en sábanas, con la cara hundida en la almohada —. Aunque creo saber por qué lo haces — continuó —, te sientes triste y desesperada por tu enfermedad. Nunca he hablado con nadie, mucho menos con una persona. Tampoco he experimentado sentimientos ni enfermedades, pero hasta hace poco, comencé a sentir cosas que nunca antes había sentido.

Rebeca sollozó y la muerte volvió a hablarle, sin importarle que ella no pudiera escucharla.

—Me gustaría que sepas que no debes temer, aún no es tu momento de morir. Eso no va a suceder, créeme, no vas a morir, al menos no por ahora. Seguramente me temes como todos los demás, pero no soy maligna. Morir no es tan malo como se piensa, te lo aseguro. Tendrás tiempo para vivir y experimentar todo lo que desees, enamorarte y conocer muchas cosas, y a mí me gustaría descubrirlas contigo.

La muerte habló por mucho tiempo, más de lo que jamás había hablado en su existencia, hasta que Rebeca finalmente se quedó dormida y entonces se marchó. Sin embargo, mientras viajaba por tierras de nadie, una voz resonó dentro de sus pensamientos, algo que nunca antes había experimentado, pero no le sorprendió ser llamada la atención.

— *¿Qué te ha mantenido ocupada?* — inquirió una voz suave y serena, de manera celestial —. *¿Cuál es la razón de tus retrasos? Nunca antes en toda tu larga existencia te habías demorado. Siempre has sido precisa y sin emociones.*

—He encontrado a alguien que ha captado mi interés — respondió la muerte. Sabía que en el más allá todo lo conocían.

—*Me sorprende viniendo de ti. Sabes que tu única tarea es reunir almas.*

—Lo sé. Pero solo es ella, y no he permitido que me vea.

—*Solo espero que no violes lo establecido* — advirtió la voz —. *No puedes alterar el curso de las cosas por tus caprichos.*

—Lo sé.

—*Entonces vuelve a tus deberes.*

Por primera vez, la muerte se molestó de que solo ella fuera la única que no tuviera el privilegio de interactuar con los humanos. ¿Por qué ellos podían y ella no? Se sintió de pronto y por primera vez discriminada. Así que por unos días no volvió a visitar a Rebeca, pero al pasar varios días, la ansiedad por verla la llevó a desobedecer y hacer lo que anhelaba.

Y una mañana, reuniendo toda la energía y concentración necesaria, la muerte se presentó en la librería como una mujer, exactamente como Úrsula, la protagonista del libro favorito de Rebeca. Entró con nerviosismo por no saber cuál sería la reacción de Rebeca al verla; ya no quería seguir mirándola en la penumbra. La muerte deseaba que Rebeca supiera que estaba allí

por y para ella. Quería tocarla, quería que Rebeca sintiera su presencia y que sus ojos verdes, que le parecían la vida, la vieran.

Una vez dentro de la librería, la muerte comenzó a mirar los libros en las estanterías y, para su suerte, Rebeca la vio entrar y al darse cuenta de que se parecía a la mujer que se describía en su libro favorito, comenzaron a sudarle las manos. Su inseguridad, la que sentía por su aspecto, no se hizo esperar. Quería irse, pero no podía hacerlo porque era la única disponible en ese momento, así que trató de hacerse pequeña detrás del mostrador.

Aun así, la muerte podía vislumbrarla de soslayo y vio cómo trató de esconderse en cuanto la miró entrar, pero a pesar de todo, Rebeca la observaba desde su escondite.

Aunque el primer paso estaba dado, ahora no sabía cómo acercarse a Rebeca y entablar diálogo con ella. Haberse hecho visible era una novedad; nunca antes había tenido contacto con las personas fingiendo ser un humano. Su único acercamiento solía ser cuando iba a por sus vidas. Por eso, temía equivocarse y decir algo torpe o grosero. Su especialidad era recoger vidas, y lo hacía muy bien. Durante toda su larga existencia, no había tenido que cruzar palabras con nadie ni tratar de ser amigable o caer bien; simplemente cumplía con su labor.

Perdida en sus pensamientos, la muerte sin querer tiró un libro grande y pesado de la estantería. Cayó al suelo estrepitosamente, llamando la atención de Rebeca, que levantó la vista hacia donde se encontraba la muerte, con semblante de preocupación por haber tirado aquel ejemplar. La muerte alzó la vista y se encontró con los ojos verdes de Rebeca, que la miraban casi con diversión. Su semblante cambió; fue como si le hubieran dado el mejor regalo de toda su existencia, como si viera por primera vez el amanecer o el sol salir por el horizonte. La muerte sonrió con tal facilidad y felicidad que hasta ella misma se sorprendió, algo que nunca antes había hecho. Le salió tan naturalmente como si lo hubiera hecho desde siempre, y su cuerpo se llenó de tanta emoción y adrenalina que le resultaba difícil controlar. Todo lo que experimentaba era tan extraño que se sentía verdaderamente humana.

—Lo siento — se disculpó la muerte apenada mientras recogía el libro del suelo y luego se acercaba al mostrador para pagar el ejemplar.

—No te preocupes, no pasa nada — respondió Rebeca, intentando sonreírle un poco, aunque en realidad se sentía tan nerviosa como la muerte — ¿Te lo llevarás porque te gusta? ¿O porque lo tiraste y te sientes comprometida?

—Bueno, me... me llamó la atención — dijo la muerte, titubeando por los nervios y sin dejar de mirar a Rebeca —. Se ve interesante — añadió, metiendo la mano en el bolsillo de sus jeans y sacando un billete para pagar.

—Entonces, si es así, déjame decirte que lo he leído y me gustó mucho. Yo lo tengo — expresó Rebeca, sintiéndose un poco más cómoda al estar casi segura de que la mujer delante de ella también era lesbiana.

—Si es así, con más razón me lo llevo.

—Espero que te guste tanto como a mí — dijo Rebeca, tomando el billete que la muerte le tendió.

—Estoy segura de que me gustará. Cuando termine de leerlo, vendré para darte mi opinión y para que me recomiendes otro — declaró la muerte, tomando el cambio que Rebeca le daba.

—Sí, por supuesto — respondió Rebeca, metiendo el libro en una bolsa de papel junto con un separador —. Entonces, hasta la próxima.

—Hasta la próxima.

La muerte salió sonriente después de haber cruzado palabras con Rebeca y una vez

afuera, a varios metros de la librería, se detuvo para mirar detenidamente el libro que había comprado. Era otra novela romántica, y pensó que si a Rebeca le había gustado, seguramente a ella también le agradaría. Nunca había leído un libro o algo más que los simples letreros de algunas marquesinas, pero ahora, gracias a haber visto a Rebeca, iba a leer el segundo en toda su existencia, y esto la emocionaba tanto como ver y hablar con la joven de ojos del color de la vida.

Por la noche, la muerte llegó al cuarto de Rebeca, quien ya dormía. Se acercó a su cama y la miró mientras dormía. Durante el resto del día había luchado contra la obsesión de volver a verla cada cinco minutos, pero no quería llamar más la atención; ya había logrado suficiente ese primer día al acercarse fingiendo ser una persona de carne y hueso.

Aunque ansiaba estar cerca de Rebeca y sentir un poco de su calor humano, la muerte no podía acercarse, ya que el frío que emanaba su presencia la incomodaría y la despertaría. Aun así, se permitió estar unos breves segundos cerca de ella. A los ojos de la muerte, Rebeca parecía tan frágil que experimentaba algo especial hacia ella; tenía emociones y sensaciones. Le estaba gustando descubrir esas sensaciones y sentir, de ese modo, mucho.

Se alejó y, después de contemplarla dormir unos momentos, la muerte se situó de pie a unos pasos de su cama. De repente, el libro que había comprado apareció entre sus manos. Lo abrió y comenzó a leer en voz alta solo para Rebeca, sin saber si ella podría escucharla dentro de sus sueños, ya que, en su estado natural, nadie podía oírla.

—Nunca nadie me había impresionado tanto como ella — leyó la muerte —, solo miré sus ojos y me fascinaron.

Conforme la muerte avanzaba en la lectura, se interesaba e identificaba con las protagonistas del libro. A pesar de estar sumergida en la historia, se vio obligada a marcharse, aunque lo que realmente deseaba era quedarse para leerle toda la noche a Rebeca. Sin embargo, tenía que cumplir con su deber y se retiró, dejándole un delicado y suave beso en los labios.

Rebeca permaneció en un lindo sueño, soñando con lo que la muerte le había leído. Se imaginaba enamorada, tomada de la mano de alguien cuyo rostro no podía ver, solo alcanzaba a ver los brazos y las piernas de esa persona, cuya imagen era borrosa pero con la cual se sentía feliz y cómoda, porque dentro de ese sueño, sabía que la conocía y tenía una conexión especial con ella.

Al día siguiente, Rebeca amaneció de buen humor y animada, muy diferente de los días anteriores, algo que no había experimentado en semanas en su estado actual. Su familia notó este cambio positivo en ella.

La muerte, desde aquella noche, regresó para leerle aquel libro a Rebeca y así disfrutaron de la lectura, cada una a su manera. Conforme pasaban los días, la muerte no podía evitar encontrar cosas más interesantes en Rebeca. Tal vez era una simple humana y mortal como los demás, pero para la muerte comenzaba a verla con ojos de enamorada.

Estaba completamente enamorada de Rebeca, aunque ella no sabía definir exactamente ese agradable sentimiento que la recorría por todo su ser. Gracias al libro que leía cada noche, la muerte encontraba pistas sobre lo que experimentaba. Lo tomaba como una guía, un manual para entender mejor sus emociones y compararlas.

Le gustaba sentirse así, diferente a como nunca antes se había sentido. Se sentía feliz, experimentando la felicidad misma. Rebeca ocupaba sus pensamientos todo el tiempo, su mente se llenaba de tonos verdes, como el color de los ojos de Rebeca o el verde de los bosques y los valles.

Cumplió su promesa de terminar de leer el libro y regresó a la librería para que Rebeca le

recomendara uno nuevo. Sin embargo, esta vez había más personas en la librería y eso no le agradó mucho a la muerte. No tendría la atención exclusiva de Rebeca ni la oportunidad de hablar con ella como la primera vez. Su primer impulso fue irse, pero los ojos verdes de Rebeca la atraparon y la dejaron paralizada, embobada por la sonrisa tímida que la joven le brindó.

Rebeca no podía creer que la guapa chica que se parecía a Úrsula, la protagonista de su libro favorito, hubiera regresado para pedirle una recomendación de un nuevo libro. Aunque Rebeca intentaba no mirarla demasiado, le resultó imposible evitarlo. El aura misteriosa de la chica y su belleza fuera de lo común parecían pertenecer a otro mundo, y la forma sigilosa en la que se movía solo aumentaba su fascinación. La muerte estaba contenta de tener la mirada de Rebeca sobre ella; hacía que se sintiera diferente, no humana, pero tampoco ese horrible ser en el que la mayoría de las personas la imaginaban.

Ambas tuvieron que esperar mucho tiempo antes de que la librería comenzara a quedarse vacía nuevamente. Cuando Rebeca despachó al último cliente, la muerte se acercó y la saludó con alegría.

— ¡Hola! — dijo Rebeca con dulzura a la muerte.

— ¡Hola! — respondió ella con la misma efusividad con la que Rebeca la había saludado.

Rebeca sintió empatía y confianza hacia aquella mujer que apenas conocía. Bastaron unas cuantas palabras para experimentar su amabilidad. Aunque había algo en su mirada que la hacía parecer extraña, al mismo tiempo resultaba fascinante. A pesar del color inconfundible de sus ojos, Rebeca notaba que su mirada era sincera y no mostraba simple compasión por su enfermedad, como otras personas que la miraban. Aquella mujer la observaba de manera diferente; casi podía jurar que había cierta fascinación en sus ojos cada vez que la miraba.

— ¿Ya terminaste de leer el libro? ¿Te ha gustado? — le preguntó Rebeca con entusiasmo.

— Sí, ya lo terminé y me gustó mucho.

— ¿De verdad?

— Sí, y he venido para que me recomiendes otro.

— ¡Claro que sí! — Rebeca salió de detrás del mostrador y se encaminó hacia uno de los estantes a la izquierda, con la muerte siguiéndole los talones —. ¿Qué buscas? ¿Algo parecido?

— Creo... creo que sí, o tal vez uno que te guste a ti — manifestó sin pensar y a cambio recibió una sonrisa de Rebeca.

— Pero quien lo va a leer eres tú, no yo.

— Lo sé — dijo tras reflexionar un momento —. Entonces dame otro que esté entre tus favoritos.

— De acuerdo.

Con sus delgados dedos, fue repasando los lomos de los libros hasta dar con el que le vendería a la muerte.

— Este otro es uno de mis favoritos, en realidad me gustan casi todos. Son muy pocos los que llegan a desagradarme, aunque sí hay algunos que no he terminado de leer.

— Entonces esos no me los muestres.

— De acuerdo — aceptó Rebeca con una sonrisa.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó la muerte mientras regresaban de nuevo hacia el mostrador. Aunque ya sabía su nombre, le pareció un buen inicio para conversar con alguien.

— Rebeca. ¿Y tú? — le devolvió la pregunta ahora que había conseguido lo que quería saber.

— Úrsula — respondió de inmediato.

“Como la protagonista de mi libro favorito”, pensó Rebeca. “Además es tan parecida a

las descripciones de la protagonista”.

— O sea que eres una pequeña osita — se le escapó decir a Rebeca, y aunque quiso retractarse, era demasiado tarde para hacerlo.

— ¿Pequeña osita? — preguntó la muerte confundida.

— Eso es lo que significa tu nombre — respondió, poniéndose visiblemente roja —. Proviene del latín.

Aquello le pareció muy dulce a la muerte. Nadie le había dicho algo así antes. ¿Quién diantres iba a decirle algo así, si hasta el momento, no se había presentado como humana ante nadie?

— ¿De verdad?

— Sí.

— ¿Y qué significa el tuyo?

— ¿Quieres saber el significado de mi nombre?

— Sí, ¿por qué, no te lo sabes?

A Rebeca le daba un poco de pena decir el significado de su nombre, porque creía que era algo gracioso, pero al ver el rostro expectante de Úrsula, no tuvo más remedio que hablar.

— El mío proviene del hebreo y significa conexión o cautivante, pero también se dice que tiene origen arameo y en este caso el significado es tierra, diosa de la tierra.

— Qué interesante — expresó la muerte, verdaderamente sorprendida por lo que Rebeca le decía, y probablemente tenía razón en el significado de su nombre. Realmente era cautivante, y para la muerte, Rebeca bien podría ser su diosa, porque quería seguirla y estar donde ella estuviera. Probablemente era su diosa.

— ¿Eres de por aquí? — quiso saber Rebeca —. No te había visto por este rumbo; por lo general, conozco de vista a la mayoría de las personas que entran a la librería o pasan por aquí.

— Eres muy observadora — le dijo la muerte —. Hace poco que llegué a la ciudad.

— ¿Vives por aquí cerca?

— Umm, no. Digamos que me gusta caminar y llegué aquí por casualidad mientras paseaba para conocer la ciudad.

— Ya veo.

Tras su charla, Rebeca le cobró el libro a Úrsula, se lo entregó en una bolsa de papel como la otra vez y, en ese momento, sus manos se rozaron. La mano de Rebeca era cálida, mientras que la de Úrsula era fría, detalle que no pasó desapercibido para la joven de ojos verdes. Ambas se miraron y sonrieron.

— Tengo que irme — manifestó Úrsula —. Tengo que volver al trabajo.

— Claro.

— Nos vemos otro día, Rebeca — dijo feliz de poder llamarla por su nombre en voz alta.

— Hasta pronto, Úrsula.

Cuando Úrsula se perdió de vista, Rebeca ahogó un gritito de emoción en su garganta y dio pequeños saltitos en el lugar, feliz de que la mujer que parecía salida de su libro favorito le hubiera hablado y que, para remate de las casualidades, también se llamara Úrsula.

Cuando cayó la noche y Rebeca ya se encontraba en un sueño profundo tras su emocionante día, la muerte apareció en su habitación para comenzar a leerle el nuevo libro.

— Me gustas — le confesó la muerte a Rebeca, comprendiendo mucho mejor ahora lo que experimentaba gracias a este segundo libro —. Pero lo que siento por ti, va más allá de solo gustarme, siento algo muy especial por ti, Rebeca.

Sin poder evitarlo, como en ocasiones anteriores, la muerte llevó uno de sus gélidos

dedos a la mejilla de Rebeca para acariciarla delicadamente. Al hacerlo, ella abrió los ojos. La muerte se quedó inmóvil sin apartar sus dedos de la mejilla, sus miradas se cruzaron de nuevo, pero Rebeca aún estaba adormilada, no completamente despierta. La muerte aprovechó para acariciarle los cabellos y comenzó a arrullarla hasta que sus párpados se fueron cerrando y volvió a quedarse dormida.

A la mañana siguiente, lo primero en lo que Rebeca pensó al despertar fue en Úrsula, ya que había tenido un extraño sueño con ella esa noche. Le pareció haberla visto personificada en su habitación, observándola dormir y acariciando su mejilla con dos dedos demasiado fríos. Recordó esos singulares ojos que la confundían, no sabía exactamente de qué color eran, parecían negros y, a la vez, de un azul oscuro, con una mirada intensa y profunda. Cuando sonreía, mostraba una dentadura perfecta.

Úrsula era una mujer hermosa, parecía salida de la televisión: delgada, con un cabello espectacular, alta y con un cuerpo atractivo. Además, tenía una voz igualmente rica y hermosa. A Rebeca le resultaba suave y atrayente, y estaba casi segura de que era unos años mayor que ella. Sin embargo, aunque se sentía atraída por Úrsula, su baja autoestima y la imagen que tenía de sí misma respecto a su aspecto actual la entristecían. No podía imaginar la más mínima posibilidad de que alguien como Úrsula se fijara en ella.

Capítulo 4

— ¡Hola Rebeca! — saludó Úrsula al llegar al mostrador, sorprendiendo a Rebeca.

— ¡Hola! — respondió Rebeca, feliz de verla —. No te vi entrar, no me digas que vienes por otro libro. ¿Ya terminaste de leer el que compraste?

— No, aún no lo he terminado — dijo Úrsula con una sonrisa —, pero déjame decirte que me está gustando mucho. Solo pasé a saludarte y a traerte esto — manifestó, dejando un vaso de té con leche sobre el mostrador.

— Gracias, ¿qué me has traído?

— Té con leche, ¿te gusta?

— No es té verde ni negro, ¿verdad?

— No, ninguno de los dos. Es de lemongrass, hierba luisa, también conocido como zacate de limón.

— Ah, entiendo. Me quedó claro — dijo Rebeca sonriendo, tomando la bebida caliente entre sus manos.

— Espero que te guste.

— Huele bien, gracias.

— De nada.

— ¿Vas al trabajo? — preguntó Rebeca después de unos instantes en silencio.

— Sí.

— ¿Te queda cerca? — preguntó Rebeca con curiosidad.

— No, solo quería verte.

Aquella confesión hizo que Rebeca se ruborizara, y justo en ese momento se quemó la lengua al dar un sorbo a su té.

— ¿Estás bien? — preguntó Úrsula al verla con la cara roja y los ojos llorosos.

— Me quemé.

— Bebe despacio. Debo irme — anunció Úrsula, sin dejar de mirar el rostro de Rebeca. Sin poder evitarlo, le plantó un beso en la mejilla —. Hasta pronto.

— Hasta pronto — respondió Rebeca, aturdida por el beso que acababa de recibir. ¿Acaso Úrsula no se daba cuenta de que no se sentía bonita y que su aspecto actual era lamentable?

No pudo evitar sentirse feliz de que alguien como Úrsula se fijara en ella y la viera de una forma distinta, deseando que volviera pronto como esa mañana. Ese día, Rebeca estuvo de buen humor otra vez y les contó a su familia durante el almuerzo el detalle que la nueva clienta de la librería había tenido con ella. Como era de esperarse, se alegraron por ella y, sobre todo, deseaban conocer a la joven que hizo sentir animada a Rebeca otra vez.

— Me imagino que ya sabes su nombre — dijo su madre.

— Sí, se llama Úrsula. Como la protagonista de mi libro favorito e incluso se parece a ella. Es muy guapa.

— ¡Te gusta! ¡Te gusta! — comenzó a decir Lucía.

— ¡No es cierto! — lo negó Rebeca, aunque se había puesto tan roja como un tomate.

— Alguien anda rompiendo corazones — comentó Fernando mirando a su hermana, que se encogió en su silla.

— Déjenla en paz — intervino su padre en su defensa.

Lo que sus hermanos decían era verdad: Úrsula le gustaba y mucho, pero no quería hacerse ilusiones sobre una persona que quizá solo la veía como una posible amiga y nada más.

A pesar de saber que lo suyo con Úrsula podría ser un sueño imposible, Rebeca no dejaba de acariciarse la mejilla donde había recibido el beso de la guapa mujer.

Mientras tanto, la muerte no podía entender cómo había tenido el valor de besar a Rebeca en su suave y cálida mejilla. La sensación fue tan agradable que ahora deseaba sentir más de ella. Por eso, volvía cada día a la librería para ver y estar cerca de Rebeca.

— ¿No se encuentra Rebeca? — preguntó Úrsula al joven que estaba sentado donde usualmente se encontraba la persona que le interesaba.

Fernando apartó la vista de su celular y miró a la atractiva mujer que le había preguntado por su hermana.

— Hoy no está, y me temo que mañana tampoco.

La muerte se alarmó al escuchar esto, temiendo que Rebeca hubiera sido llevada por alguien que no era ella misma, lo cual la excluía de su tarea, algo que hasta entonces nunca había cuestionado.

— ¿Dónde está? ¿Qué le ha sucedido? — preguntó con desesperación, temiendo lo peor.

— Ella fue a su tratamiento de quimioterapia, y como comprenderás, cuando regresa a casa no se siente muy bien.

— Oh, no lo sabía.

— No sabías ¿qué? ¿Que tenía cáncer o que hoy iba a su tratamiento?

— Que iba a su tratamiento.

— Eres Úrsula, ¿verdad?

— Sí. ¿Por qué?

— Porque Rebeca nos ha hablado de ti, y parece feliz cuando te ve.

Fernando vio la misma sonrisa que solía aparecer en el rostro de su hermana, pero esta vez en Úrsula. Parecía que su hermana había encontrado una admiradora.

— ¿De verdad? — preguntó ella.

— Sí, con lo que está pasando, se siente más aislada de las personas. Le avergüenza su aspecto.

— ¿Por qué? Si ella es hermosa — confesó la muerte —. Tiene algo que no he visto en muchas personas.

Fernando sonrió, le caía bien aquella mujer. Notó que era un poco mayor por la manera de vestir y la forma de desenvolverse, pero era educada y desprendía un aroma cautivador y relajante.

— Es lo mismo que pensamos y le decimos nosotros, pero ella no se lo cree. Aunque últimamente tus visitas la ponen de buen humor.

— ¿Crees que podría visitarla hoy o mañana?

— Supongo que sí.

— ¿A qué hora puedo pasarme?

— Por la tarde, si te viene bien.

— Muchas gracias. Hasta luego — y se marchó.

Rebeca apenas volvió a casa, se fue a recostar en su cama. Su madre le llevó un vaso de agua, que era lo único que le apetecía en ese momento. Agradecía el hecho de que aún no tuviera náuseas y se permitió cerrar los ojos. Se hallaba en un agradable sopor cuando Fernando la despertó.

— ¿A que no adivinas quien vino a buscarte? — preguntó sentándose en la cama,

mirando a su hermana a la espera de que abriera los ojos.

—No tengo idea, ¿quién?

—No te hagas, hermanita. Hay una persona que viene a la librería y que tiene los mismos gustos de lectura que tú.

— ¡Úrsula!

—La misma que viste y calza.

— ¿Vino a comprar un nuevo libro?

—No, venía a verte. Pero le dije que te hallabas en tu tratamiento de quimioterapia.

— ¡Oh! — expresó, sintiéndose avergonzada de su situación.

—Me preguntó si podía visitarte esta tarde o mañana, y yo le dije que sí.

— ¿Por qué hiciste eso? — sonó molesta.

— Porque me pareció una buena idea que te visitara. A mí me parece que le gustas y también creo que ella siente cierta atracción por ti. Además, me cayó bien. Es muy guapa.

Sin esperárselo, Rebeca se sintió celosa de que su hermano dijera que Úrsula era guapa, aunque sabía que no lo decía con malas intenciones, simplemente confirmaba lo que ella ya les había dicho.

— No quiero que me vea así.

— ¿Así como?

— Pues así — dijo señalándose.

— No creo que Úrsula vaya a ver algo que no haya visto antes. Ella no se ha fijado en ti por tu aspecto físico. Ve otras cosas en ti, y por eso me ha caído muy bien. Sería grosero si no la recibes.

— ¿Cuándo dijo que vendría?

— Hoy o mañana, no me dijo exactamente.

La muerte había escuchado la conversación entre los hermanos y decidió que no visitaría a Rebeca esa tarde. Consideró que era mejor dejarla descansar, especialmente después de que su hermano la dejara sola y ella corriera al baño a vomitar, sintiéndose aún más débil y cansada.

Pese a su malestar, Rebeca deseaba ver a Úrsula. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que ya era de noche, se convenció de que Úrsula no vendría a visitarla.

Al día siguiente por la tarde, la muerte se debatía sobre qué llevarle a Rebeca. Pensó en llevarle flores, pero decidió que regalarle flores cortadas sería como ofrecer algo sin vida, algo que contradecía su naturaleza. Optó entonces por llevar una gran canasta de frutas frescas.

Entró a la librería con la canasta en brazos y Fernando la vio, dedicándole una sonrisa. Él salió de detrás del mostrador y le indicó que podía llamar a la puerta de la casa de Rebeca, que estaba al lado de la librería, separada solo por una pared.

—Lo siento — se disculpó Úrsula —. No sabía que vivían tan cerca.

—No te preocupes, fui yo quien olvidó decírtelo.

—No estoy molestando, ¿verdad?

—Claro que no, Rebeca está esperándote.

Siguiendo las indicaciones de Fernando, Úrsula tocó el timbre y a los pocos minutos, Carolina abrió la puerta. La muerte se presentó ante ella y Carolina la hizo pasar mientras le brindaba una sonrisa.

— ¿Cómo se encuentra Rebeca? — preguntó Úrsula a Carolina mientras cruzaban el jardín.

—Cansada, pero es normal debido al tratamiento. Pero al menos está funcionando.

— ¿De verdad?

—Sí — respondió Carolina, observando detenidamente el rostro de Úrsula, sorprendida de que una extraña se alegrara tanto por la mejora de su hija.

—He traído esto para ella — manifestó Úrsula entregando la canasta de frutas a Carolina —. No le hacen daño, ¿verdad?

—No, para nada. Y no tenías por qué molestarte.

—No quería venir con las manos vacías, especialmente la primera vez.

Úrsula le había caído muy bien a Carolina. Ahora entendía por qué Fernando y Rebeca apreciaban tanto a esa joven mujer. Úrsula se desenvolvía con naturalidad y elegancia, sin nada de pretensión.

Rebeca escuchó que alguien llamaba a la puerta de su habitación, y su corazón empezó a latir rápidamente dentro de su pecho al imaginar que se trataba de Úrsula. Últimamente, en su familia ya no pedían permiso para entrar, así que ya no podía pasearse desnuda, y recordar lo que había pasado la última vez la dejó un tanto traumada.

—Pasa — dijo Rebeca.

Úrsula asomó la cabeza en la habitación que había visitado tantas veces como un espectro, como un ser invisible que está y no está.

— ¡De verdad viniste!

Al escuchar la voz alegre de Rebeca al verla, Úrsula perdió su timidez y entró con toda la confianza del mundo.

—Espero no molestar — dijo acercándose a la cama mientras Rebeca se sentaba en modo indio.

—Para nada, solo estoy algo cansada — dijo Rebeca, dando palmaditas en el colchón para que Úrsula se sentara.

— ¿Cómo te encuentras?

—Regular, no puedo decirte que bien porque sería una mentira.

—Entiendo — dijo Úrsula, mirándola intensamente a los ojos, lo cual hizo ruborizarse a Rebeca.

—Me alegra que hayas venido a visitarme a mi casa y no solo a la librería.

—A mí también me alegra verte. Ayer quería venir, pero no pude — dijo Úrsula, dejando atrás su timidez inicial.

Comenzaron a conversar y Úrsula hizo preguntas a Rebeca, interesada en conocer sus gustos, emociones y disgustos. Descubrió que a Rebeca le encantaba leer y los animales, aunque no podían tener mascotas debido a la alergia de su hermana Lucía, especialmente a perros y gatos.

Sin darse cuenta, el tiempo voló y Rebeca no tuvo la oportunidad de hacerle muchas preguntas a Úrsula. Fue Úrsula quien se explayó hablando sobre las cosas que le gustaban, mientras prestaba especial atención a Rebeca.

—Tengo que irme — anunció Úrsula poniéndose de pie. Rebeca intentó levantarse también, pero sus movimientos rápidos la marearon.

—No era necesario que te pusieras de pie — dijo Úrsula, sujetándola para evitar que cayera.

—Pero quiero despedirte y salir de esta habitación — respondió Rebeca, sintiéndose abrumada por la cercanía de Úrsula y por el aroma de margaritas y dulce que desprendía.

—Imagino que debes estar aburrida — comentó Úrsula con sinceridad.

—A veces lo estoy y me desespera — respondió Rebeca con franqueza.

— ¿Y si salimos a pasear uno de estos días en cuanto te sientas mejor? — propuso

Úrsula.

Los ojos verdes de Rebeca se iluminaron y aceptó la propuesta de inmediato. Le apetecía mucho dar ese paseo el próximo sábado, aunque luego recordó que Úrsula tenía un horario complicado. Sin embargo, la muerte podía manejar sus propios tiempos y haría cualquier cosa por Rebeca.

A pesar de haber hablado con Rebeca sobre el paseo, Úrsula también se acercó a Carolina para pedir permiso para salir con ella el sábado próximo. Carolina se sorprendió por el gesto considerado de Úrsula, ya que pocas veces los jóvenes pedían permiso a los padres para salir.

—Yo no tengo problema en que Rebeca salga contigo a dar un paseo. Si a ella le apetece, no tengo objeciones —respondió Carolina con amabilidad.

—Muchas gracias. Prometo cuidarla bien —aseguró Úrsula con sinceridad.

Carolina sonrió ante la respuesta de Úrsula.

—Eso espero.

El fin de semana llegó y Rebeca se bañó y se arregló lo mejor que pudo para sentirse bien consigo misma, aunque no se sentía presionada a lucir espectacular. Sabía que Úrsula valoraba algo más que su apariencia exterior, lo cual la hacía sentir cómoda y aceptada por ella.

La muerte estaba muy emocionada y feliz de dar un paseo con Rebeca. No contaba las horas porque no se manejaba por un reloj; su instinto siempre le decía en qué momento acudir, y era perfecto así, sin necesidad de más.

Cuando Úrsula tocó el timbre, fue Rebeca quien salió a abrirle. Al verla, le dedicó una sonrisa que hizo estremecer a la muerte, una nueva sensación que le provocaba temor por lo que aquel simple mortal le hacía sentir a ella, que siempre había sido tan indiferente con todos. Pero ahora no podía existir sin verla.

—¡Hola! —saludó Rebeca con emoción en la voz.

—¡Hola! ¿Estás lista?

—Nací lista. ¿Podrías pasar un momento? —le preguntó Rebeca con timidez—. Mi padre quiere conocerte, al igual que Luci, mi hermana menor.

—Claro, de todas formas, no pensaba irme sin saludarlo. Sería muy descortés de mi parte.

Úrsula no se encontraba nerviosa; eso para ella no existía, al menos no cuando no se trataba de Rebeca. Solo la joven era capaz de hacerla sentir cosas extrañas; por lo demás, no tenía problemas.

La familia se encontraba reunida a la espera de Úrsula, y el único que se mostraba escéptico era Augusto, quien no podía creer lo que su esposa e hijo mayor le habían contado sobre aquella mujer. Sentía que era demasiado buena para ser real, aunque sabía que las mujeres tenían sentimientos distintos a los hombres, no bajaba la guardia. Hasta las damas de hoy en día eran capaces de engañar a otras personas para lograr objetivos inmorales.

Cuando Augusto vio a Úrsula, la observó detenidamente de arriba abajo. La muerte se dio cuenta de su desconfianza hacia ella y entendía su preocupación de que su amada hija tuviera la compañía de alguien tan desagradable para la mayoría de la humanidad.

Sin embargo, la muerte mostró todo su encanto inmortal, estrechó su mano fría con la de Augusto, le saludó educadamente y logró ganarse a todos los demás presentes. Aunque ella sentía la misma desesperación y ansiedad que Rebeca por irse y estar a solas, se sentó algunos minutos para responder todas las preguntas que él le hizo.

Media hora más tarde, Rebeca y Úrsula caminaban por la acera sin rumbo específico, simplemente disfrutando de la compañía mutua en silencio, con sus miradas cruzándose de vez en cuando.

—¿Te apetece ir a tomar algo? — preguntó Úrsula a Rebeca.

—Podemos ir al parque que está cerca, me gustaría tumbarme en el césped bajo la sombra de los árboles —respondió Rebeca.

—Como prefieras.

Minutos después, se instalaron bajo la sombra de uno de los árboles del parque, mientras el cielo comenzaba a nublarse.

—¿Crees que va a llover? — preguntó Rebeca, notando las miradas de Úrsula dirigidas hacia ella con cierta frecuencia.

Úrsula miró al cielo oscurecido y respondió con melancolía:

—Estoy segura de que sí. Los tiempos ya no son como antes.

—Sonaste como si fueras una anciana — bromeó Rebeca, provocando una cálida sonrisa en Úrsula. Solo ella tenía ese poder de hacerla sonreír como nunca antes lo había hecho.

«Si tan solo supieras lo que soy, seguramente nunca sentirías el interés de hablar conmigo»

Úrsula podía parecer una mujer joven, pero en realidad no tenía una imagen definida de sí misma, simplemente existía.

—Quizás lo sea y no lo aparente —añadió Úrsula con un tono enigmático—. ¿Cuántos años tienes? —preguntó luego.

—Veintitrés ¿y tú? —contestó Rebeca, interesada en la respuesta.

—¿Qué tanto es para ti ser viejo? —preguntó Úrsula, cambiando la dirección de la conversación.

Rebeca la miró, disfrutando de observar a Úrsula en ese momento, mientras esta también la observaba a ella con atención.

—Considero que una persona de cincuenta años es mayor para mí, pero supongo que es una edad perfecta si ya eres adulto. No creo que tengas esa edad —dijo Rebeca con una sonrisa.

—Entonces, ¿cuántos piensas que tengo? —preguntó Úrsula, interesada en la opinión de Rebeca.

—Hmm, tienes aspecto de unos veintiséis años —respondió Rebeca, intentando adivinar la edad de Úrsula.

La muerte se sintió aliviada de que Rebeca le hubiera dado una edad, en la que basarse ya que ella ni siquiera sabía cuantos años tenía existiendo.

—¿Atiné? —preguntó Rebeca, buscando confirmación.

Sí —respondió Úrsula con una sonrisa.

—¡Lo sabía! Nunca me equivoco —se jactó Rebeca.

—Creo que sí soy algo mayor que tú.

—No eres tan vieja —restó importancia Rebeca—. Me gustan mayores, ¿y a ti?

—¿A mí?

—Sí, ¿cómo te gustan? ¿Mayores o menores que tú?

Úrsula miró a Rebeca con curiosidad, y luego respondió con un brillo travieso en los ojos:

—Ahora mismo, me gusta alguien.

—¿Menor o mayor? —quiso saber Rebeca, expectante.

Úrsula se inclinó hacia Rebeca y le susurró al oído:

—Es secreto.

Esto hizo que la piel de Rebeca se erizara.

—Mala —respondió Rebeca, entre divertida y coqueta.

Capítulo 5

Rebeca estaba asombrada por el genuino interés que Úrsula mostraba hacia ella. Le emocionaba pensar que Úrsula sentía cierta atracción hacia su persona. Cuando Rebeca pensaba en esto, su rostro se iluminaba y sonreía. Desde su paseo por el parque, no dejaba de darle vueltas a lo que Úrsula no le había dicho sobre la persona que le gustaba, y era inevitable para Rebeca sacar conclusiones de que se trataba de ella, dado que Úrsula era nueva en la ciudad y no tenía más conocidos que ella.

No hace falta decir que Úrsula tenía cautivada a Rebeca. Estaba fascinada por su manera de andar, vestir y hablar; parecía un caballero del siglo pasado atrapado en el cuerpo de una hermosa mujer. Por otro lado, Úrsula la miraba de una forma que Rebeca no podía explicar, y esa mirada la hacía sentirse diferente, le hacía sentir bien a pesar de que no pudiera descifrar el color de los ojos de Úrsula.

Úrsula continuó comprando libros, pero ahora eran aquellos que Rebeca deseaba leer y aún no había leído. Esos eran los libros que Úrsula procuraba para seguir acudiendo cada noche a la habitación de la joven que le gustaba. Rebeca era el primer ser humano que la cautivaba, que la enredaba en su extraña y única manera de ser. A pesar de todo lo que estaba pasando, Úrsula era capaz de interesarse por otros seres vivos, por aquellos a los que nadie prestaba atención y que eran importantes para que el mundo y la vida siguieran existiendo. Esta pequeña acción marcaba la diferencia.

Rebeca despertó de un sueño con el corazón acelerado. No era la primera vez que soñaba, pero aquel sueño le pareció tan real, tan vivido, porque había sentido los labios de Úrsula sobre los suyos. Lo primero que hizo al abrir los ojos fue llevar sus dedos a sus labios; aún podía recordar la sensación del beso. Cuando deseaba profundizarlo más, despertaba llena de excitación y frustración. Aun así, sonrió al recordar lo soñado con Úrsula. Algo dentro de ella le decía que la vería ese día, pues habían pasado tres días desde que no la veía. Después de su paseo al parque y la lluvia sorpresiva que las hizo regresar antes a casa, no habían podido hablar mucho. Cuando Úrsula se fue, Rebeca se dio cuenta de que no le había pedido su número de celular. Consideraba que ya era apropiado pedírselo para poder hablar o mandar mensajes.

Por la tarde, al caer el crepúsculo y con la esperanza casi perdida de que Úrsula fuera a visitarla, alguien tocó a la puerta de su casa y Rebeca se apresuró a abrir. Algo en su interior le decía que era Úrsula, y no se equivocó. Allí estaba ella, tan hermosa como siempre, dibujando una sonrisa en sus labios al ver a Rebeca.

— ¡Hola! — la saludó Úrsula —. ¿Cómo estás hoy? ¿Estoy interrumpiendo?

— No, claro que no. Hoy me siento... bien, se puede decir. Pasa.

—Gracias.

Rebeca hizo pasar a Úrsula por tercera vez a su casa y, de nuevo, los ojos de su familia estaban puestos sobre ella. Volvió a sentir esa sensación extraña; siempre había pasado desapercibida durante toda su existencia. Era como el aire, o menos que el aire, porque ella era imperceptible. En cambio, el aire lo podían sentir sobre la piel, pero a ella nadie la notaba. Sin embargo, ahora solo ansiaba sentir el tacto de Rebeca sobre su fría piel.

Úrsula saludó a todos y tomó asiento. A diferencia de la vez anterior, esta vez las preguntas que le hicieron Carolina y Augusto estaban relacionadas con su familia. Úrsula tuvo que inventar respuestas y guardarlas cuidadosamente en su memoria para futuras conversaciones,

si las había.

Úrsula dijo que era huérfana; sus padres habían muerto hacía varios años en un terrible accidente automovilístico. Vivía sola y acababa de mudarse a la ciudad por motivos de trabajo. Era supervisora en una cadena de centros comerciales y le habían ofrecido un mejor sueldo, pero necesitaba mudarse. Aseguró tener casa propia gracias a la herencia de sus padres, pero no poseía más que eso. Repitió esto por segunda vez para disipar dudas, pero aun así, Augusto seguía incrédulo.

— ¿No te da miedo estar sola, vivir sola? — fue la primera pregunta que formuló Rebeca a Úrsula cuando finalmente estuvieron solas, acostadas en la cama en la habitación de Rebeca.

— No, estoy acostumbrada. Hace mucho que vago sola por el mundo — respondió Úrsula, sonriendo a Rebeca.

— ¿Has viajado mucho?

— Lo suficiente — contestó Úrsula. No podía decirle que conocía el mundo entero y lo recorría todos los días en solo unos minutos, muchas veces al día.

— ¡Wow! ¡Qué genial!

— ¿Te gustaría conocer el mundo?

— Sí, me encantaría viajar.

— ¿A dónde te gustaría viajar?

— Por todo el mundo.

— Bueno, un día te invitaré a viajar conmigo — Rebeca sostuvo la mirada de Úrsula, como buscando en sus insondables ojos si era verdad lo que decía. Para su sorpresa, descubrió que no era una falsa promesa.

Se quedaron en silencio y se miraron fijamente a los ojos. Rebeca anhelaba acercarse y besarla en los labios, pero la vergüenza la detenía. Temía lo que Úrsula pudiera pensar de ella. Sin embargo, sin que ninguna de las dos se diera cuenta y sin poder apartar la mirada la una de la otra, sus rostros se fueron acercando. Estaban a escasos centímetros de rozar sus labios cuando Carolina entró a la habitación.

— La cena está lista — anunció Carolina —. Vengan a comer.

— Sí, mamá. Gracias.

— Yo debo irme — dijo Úrsula.

— Pensé que te quedarías a cenar — la voz de Rebeca sonó triste.

— Yo...

— Quédate — intervino Carolina —. Ya he puesto un lugar en la mesa para ti.

La muerte no quería quedarse a cenar, simplemente porque no sentía hambre; nunca necesitaba comer y desconocía cómo reaccionaría su cuerpo al probar alimentos por primera vez.

— Está bien, me quedo — aceptó, y el rostro de Rebeca se iluminó.

Cuando salieron de la habitación, el resto de la familia ya estaba sentado alrededor de la mesa esperándolas. Antes de sentarse, Carolina las invitó a lavarse las manos. Una vez en la mesa, Úrsula contempló pensativa su plato de comida, y Rebeca fue la única que se dio cuenta de ello.

— ¿No te gusta la sopa de zanahoria? — preguntó Rebeca discretamente a Úrsula, quien la miró sorprendida con esos ojos que tanto encantaban a la joven a su lado.

— La verdad es que no la he comido — intentó decir Úrsula, dando una verdad a medias.

— En realidad, a mí tampoco me gusta mucho. Pero debido a que no puedo comer cualquier cosa, todos están a dieta en mi honor. Aunque sé que a veces se esconden o aprovechan cuando no estoy para comer lo que me hace daño.

— Entonces yo también estoy contigo — y Úrsula se llevó la primera cucharada de sopa a la boca, con los ojos cerrados, esperando lo peor.

Rebeca no apartaba la vista de ella, y los demás, al ver lo que ocurría entre ellas dos, no pudieron evitar mirar la escena, lo cual causó risas entre todos, incluida Rebeca misma.

— Rebeca dice que es la primera vez que come sopa de zanahoria — explicó Rebeca a su familia.

Cuando Úrsula abrió los ojos, todos alrededor de la mesa la miraban con risas contenidas.

— ¿Te ha gustado? — le preguntó Carolina.

— Claro, por supuesto — respondió Úrsula con toda sinceridad.

La muerte pensó que iba a desaparecer al tener contacto con la comida, o que se vaciaría, pero resultó que estaba siendo más normal de lo que se hubiera podido imaginar.

— Di la verdad, no quiero que digas mentiras solo para quedar bien con mi mamá — bromeó Fernando con Úrsula.

— No, no lo digo para quedar bien. De verdad está deliciosa. Es solo que para mí era algo nuevo y temía que no me gustara.

Todos sonrieron a Úrsula, especialmente Rebeca. Sus miradas se cruzaron una vez más, cómplices, y continuaron con la cena. Minutos más tarde, Úrsula se despidió de Rebeca.

— Hasta mañana — le dijo Rebeca, dejándole un beso en la mejilla, lo cual para la muerte fue la sensación más placentera y estremecedora que pudo experimentar.

— Hasta mañana — respondió Úrsula en un susurro —. ¿Tan segura estás de que vendré mañana?

— Estoy al noventa y nueve punto nueve por ciento segura de que sí — afirmó con convicción, consciente de cómo Úrsula buscaba cada segundo para quedarse un poco más con ella.

— Me gusta tu positivismo — expresó Úrsula con una sonrisa —. Nos vemos mañana.

Úrsula estaba a punto de marcharse cuando Rebeca la detuvo, tomándola de la mano.

— ¿Podrías darme tu número de celular? — se atrevió a preguntarle.

Pero como era de esperarse, Úrsula no tenía nada de eso. No lo necesitaba, porque simplemente, si quería ver a Rebeca o escucharla hablar, aparecía en su habitación o en la librería y la miraba a placer.

— Me lo han robado esta tarde — explicó Úrsula —. Pero en cuanto tenga uno nuevo, intercambiamos contactos.

— Claro, qué mala onda que te lo hayan robado. ¿Sabes dónde fue?

— No, no tengo idea de dónde pudo haber sido.

Úrsula no pudo evitar el impulso de besar la mejilla de Rebeca, quien se sonrojó ante el gesto, pero no dejó de gustarle y su corazón comenzó a acelerarse. No había dudas de que esa guapa y misteriosa mujer le gustaba.

— Ve con cuidado — le deseó Rebeca.

— Lo haré. No te preocupes.

Úrsula caminó unos cuantos metros hasta que la casa de Rebeca se perdió de vista y se adentró en una calle oscura para desaparecer y comenzar su labor. Sin embargo, al intentar volver a su estado habitual, experimentó algo inusual y desagradable: una nueva sensación la obligó a devolver lo que había comido y bebido. Una vez que vació su estómago de todo lo que era falso y mortal, se sintió mejor.

— Me parece que Úrsula es un tanto extraña — comentó Augusto al resto de la familia reunida en la sala de estar, antes de que Rebeca regresara —. ¿No creen?

— ¿Por qué lo dices, papá? — preguntó Fernando.
— Para empezar, tiene unos ojos muy peculiares y su comportamiento también es diferente.
— Lo que pasa es que Úrsula es muy educada — intervino Carolina.
— No es solo eso, hay algo más. Pero voy a investigar sobre ella antes de que Rebeca se encariñe más con Úrsula.

∞∞∞∞

Tal como ambas lo deseaban, se volvieron a ver al día siguiente y Úrsula ya tenía un moderno celular, al cual no encontraba nada novedoso, pero a Rebeca le gustó su móvil y la dejó jugar con él todo el tiempo que quiso, mientras ella pasaba todo ese rato mirándola.

Esa tarde, Rebeca conoció un poco más a Úrsula. Ahora sabía que no extrañaba su ciudad natal, ya que desde que fue mayor de edad comenzó a trabajar, y una vez que se graduó de la universidad, fue lo mismo, solo que con mayores responsabilidades.

— ¿Te gusta lo que haces? — le preguntó Rebeca.

— ¿El qué? — inquirió Úrsula.

— Administrar empresas. Me parece que es algo muy tedioso y casi esclavo.

Úrsula pensó que nunca se había dado cuenta de que ser pescadora de almas era casi como ser una esclava. Nunca se había sentido esclava hasta el momento en que conoció a Rebeca y le mostró lo que era la libertad al liberar aquella mariquita.

— Puede que por momentos lo sea, pero hasta ahora he tenido tiempo libre para verte — confesó, y Rebeca se sintió halagada.

— Me alegra.

— A mí también.

— Aunque seguramente habrá días o semanas en que no podré ser tan libre como ahora.

— Comprendo.

— De verdad desearía pasar más tiempo contigo, pero no puedo.

Rebeca notó cierta nostalgia y melancolía en la voz de Úrsula. Nunca llegó a imaginar que alguien desearía pasar tanto tiempo con ella como fuera posible.

— Creo que tú mejor que nadie sabes que no podemos hacer todo lo que deseamos.

— Créeme, lo sé mejor que nadie.

Úrsula hubiera deseado pasar un día entero con Rebeca, pero estaba encadenada a unos grilletes invisibles, de los cuales nunca jamás podría liberarse y de los cuales no fue consciente hasta ahora. Exactamente en el momento en que vio a Rebeca salvar a un insecto de su muerte, ese único destino final que compartían todos los mortales.

— ¿Te sientes a gusto haciendo lo que haces? — preguntó Rebeca al ver que Úrsula no parecía feliz.

— Antes creí que sí lo era — respondió Úrsula. Pero la verdad es que antes no se había detenido a pensar en lo que hacía, solo sabía que debía hacerlo y que era algo normal. Ella simplemente no sentía nada por nadie. Ahora, su existencia había tomado un rumbo distinto al que conocía. Rebeca le estaba mostrando algo que nunca había experimentado; le estaba enseñando el verdadero significado de la vida. Ahora entendía por qué la mayoría de los humanos se aferraban a ella con uñas y dientes. Solo unos pocos eran capaces de hacerse daño a sí mismos.

— Pero ahora ya no — continuó Úrsula.

— ¿Qué ha cambiado?

— Todo — respondió Úrsula.

Aunque hablasen y Rebeca quisiera saber todo de Úrsula, esta aún no hablaba demasiado sobre cómo había muerto su familia y qué la llevó a cambiarse de ciudad, dejando la que antes conocía por una nueva en donde no conocía a nadie. Entendía que se encontrara en ese estado de desconcierto y melancolía, pero Rebeca estaba dispuesta a ofrecerle su comprensión, compañía y su amor si Úrsula lo deseaba.

— ¿Quieres contarme? — dijo Rebeca.

Úrsula la miró. Por supuesto que deseaba contarle la verdad, pero no podía. De hacerlo, estaba segura de que Rebeca la despreciaría y la miraría con otros ojos, no como lo hacía en ese instante en que sus ojos le mostraban un universo tan diferente del que había visto y experimentado en soledad por tantos años.

— No sé cómo decirlo — en parte era verdad.

— ¿Y si te ayudo?

— ¿Cómo?

— Dándote algo por dónde empezar.

— De acuerdo — aceptó Úrsula.

— ¿Dejaste a alguien que fuera importante para ti y por eso te mudaste? Alguien que rompió tu corazón — Rebeca quería saber si había habido alguien en la vida de Úrsula, alguien que había roto su corazón y la había obligado a buscar una nueva ciudad, dejándola malherida.

— No hubo nadie importante.

Cuando Rebeca escuchó eso, se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y se sintió aliviada de que no tendría a alguien compitiendo con ella.

— Pensé que alguien te había roto el corazón — murmuró en voz baja.

— No, nunca ha existido alguien en mi vida. La verdad es que siempre he estado sola.

— Me imagino que debió ser horrible perder a tu familia — dijo Rebeca, tomando la mano fría de Úrsula entre las suyas cálidas, y Úrsula cerró los ojos.

— Lo fue. He tenido que estar sola, viendo cómo los demás comparten en compañía y yo no — se refirió a los ángeles.

— ¿Por qué nunca buscaste una pareja?

— Por miedo, tal vez. Miedo a perder a la persona de la que me enamore. Creo que sería muy difícil para mí.

— Entonces no deberías salir conmigo — dijo Rebeca —. Tengo cáncer y con esta enfermedad nunca se sabe.

Aunque le doliera, Rebeca estaba dispuesta a dejarla ir, no soportaría dejarla nuevamente herida.

— Pero te estás tratando y tu madre me ha dicho que el tratamiento está funcionando.

— Sí, pero....

Úrsula la silenció colocando un dedo frío sobre los labios delicadamente carnosos de Rebeca y en ese momento, la muerte se preguntó qué se sentiría besarla en la boca. Quería experimentar y saber si era cierto lo que los libros describían acerca de un beso de la persona que se ama y gusta.

Los ojos verdes de Rebeca se posaron en los de Úrsula y le sostuvo la mirada. Rebeca también deseaba besarla tanto como Úrsula a ella, pero a las dos las embargaba el miedo. Rebeca por no sentirse a la altura y Úrsula por no saber besar, por no hacerlo tan mágico como lo relataban en los libros, ya que su única experiencia era esa.

—Deseo besarte, pero temo no estar a la altura de lo que lees en los libros — manifestó Úrsula con aquella sinceridad que a Rebeca muchas veces desconcertaba y la hacía sentir no tan insegura, ya que Úrsula expresaba su inseguridad sin temor, muy contrario a ella.

—Yo no te voy a mentir que deseo tener algo en mi vida como lo que he leído en los libros, pero sé que la vida real dista un poco de eso y la verdad es que nunca he besado a nadie y si temes que no seas buena besando, déjame decirte que yo no tengo ni la más mínima idea de cómo besar.

Ambas sonrieron ante las declaraciones, pero se sintieron mucho mejor ahora que habían desvelado sus miedos y temores. Tras las risas, volvieron a mirarse a los ojos y Úrsula, que ahora tenía sus manos en su regazo, se atrevió a llevar una mano hacia la mejilla de Rebeca, la acarició suavemente sin dejar de mirarla con adoración. Rebeca sintió una mezcla de amor, ternura y una sensación tan reconfortante que su nerviosismo por no saber cómo besar a Úrsula desapareció, envolviéndola en una especial conexión y un afecto profundo.

El mundo desapareció y el tiempo se detuvo en ese momento para ambas. Para Rebeca no había nadie más que Úrsula, y para Úrsula, no existía nadie más que Rebeca, mirándola con esos ojos verdes que le recordaban a la vida, una que la muerte no tenía y que deseaba ahora tener y ser tan efímera como el resto de las personas que habitaban la tierra.

Sus rostros se acercaron en una perfecta sincronía y como si fuera una mariposa, los labios de una se posaron en los de la otra, de manera suave y delicada, experimentando la sensación de lo que estaban haciendo por primera vez.

El corazón de Rebeca comenzó a palpar rápido, tanto que pensó que estaba sufriendo un ataque de taquicardia, mientras que Úrsula experimentó por primera vez el deseo carnal, el deseo de fundirse en ese beso con Rebeca. Sin embargo, también se dio cuenta de lo vulnerable que era Rebeca, lo frágil que era su vida humana y lo diferente que era ella misma.

El beso fue tan glorioso como doloroso para la muerte, que nunca creyó poder sentir lo que estaba experimentando. Nunca había sentido conexión con nadie, pero en ese momento se sintió profundamente conectada con aquella joven. A pesar de que el beso la emocionó al principio, ahora se encontraba en un gran conflicto interno.

—Te quiero — se le escapó a Rebeca de los labios.

La muerte deseó desaparecer de la vida de aquella joven, pero se dio cuenta de que quizás ya era tarde. Prefería irse ahora que después, cuando los sentimientos de ambas fueran mucho más intensos. Úrsula se puso de pie del banco que se encontraba al otro lado del mostrador y se fue sin decir nada. Antes no lo había pensado, pero ahora, en su momento de lucidez, se daba cuenta de que estaba mal con lo que había estado haciendo. Ella era un ser inmortal y Rebeca una frágil humana con solo unos años de vida, con tantas cosas por hacer, desear y experimentar. En cambio, Úrsula no tenía nada; era estéril, tan yerma y seca como el desierto.

Rebeca se quedó mirando impotente mientras Úrsula se marchaba sin decir una palabra, comprendiendo su reacción. Sabía que había revelado algo que probablemente debería haber guardado para sí misma, y eso la hizo sentir herida y llevar el hermoso momento compartido del beso a algo doloroso. Sin poder contenerse, comenzó a llorar.

— ¿Por qué lloras? — preguntó Fernando, acercándose rápidamente al verla llorar desconsoladamente —. ¿Qué pasó? ¿Te peleaste con Úrsula?

Rebeca no dijo nada, simplemente se abrazó a su hermano y se dejó consolar. No culpaba a Úrsula por su reacción; había sido ella quien había actuado precipitadamente al asustarla con un “te quiero” que probablemente era demasiado pronto, y Úrsula no pareció sentirse cómoda con esa intensidad. Pero Rebeca no podía evitar lo que sentía cada vez que aquella mujer

misteriosa estaba cerca de ella.

— ¿Mejor? — preguntó Fernando cuando vio a su hermana más calmada.

— Sí, gracias.

— ¿Qué pasó? — inquirió, mirándola a los ojos —. ¿Te peleaste con Úrsula, verdad?

— No fue exactamente eso.

— ¿Entonces?

A Rebeca le daba pena decirle lo que había pasado, pero sabía que si no le contaba, su hermano buscaría a Úrsula para reclamarle, y ella no quería que eso sucediera. A pesar de ser adulta, su enfermedad la estaba haciendo sentir sobreprotegida, algo que odiaba pero comprendía, dado que todos estaban afectados por su situación.

— Úrsula y yo nos besamos — susurró finalmente.

— ¿Y fue tan malo el beso que te dio? — preguntó Fernando con una sonrisa en los labios.

— No, es solo que...

— ¿Quería aprovecharse de ti?

— No, le dije “te quiero” — admitió Rebeca.

— ¿Y ella qué te dijo?

— Se fue.

— ¿Por qué? ¿Qué te dijo?

— Nada, simplemente se fue sin decir nada. Creo que la asusté — susurró Rebeca, visiblemente afectada por la situación.

Fernando la miró con esa mezcla de amor y afecto que caracteriza a los hermanos mayores hacia los menores. Rebeca siempre apreció el lado cariñoso y paternal de su hermano, sabiendo que era un buen apoyo tanto como hermano como hijo.

— Tal vez se haya asustado. Pero no te preocupes, quizás vuelva — dijo Fernando, tratando de reconfortarla.

— ¿Crees? — preguntó Rebeca, con una pequeña esperanza en su voz.

— Sí, si ella siente algo por ti, volverá. Solo dale tiempo — aseguró Fernando, tratando de transmitirle tranquilidad.

∞∞∞∞∞

La muerte casi podía sentirse temblorosa mientras vagaba por el mundo en busca de las almas cuya vida en la tierra había llegado a su fin, del mismo modo en que sentía que su relación con Rebeca también había llegado a su término. Estaba convencida de que era lo mejor para ambas, especialmente para Rebeca, quien merecía experimentar la vida con alguien tan real como ella misma.

Con toda su fuerza de voluntad, la muerte decidió no volver a visitar a Rebeca, ni de día ni de noche. Si debía alejarse, sería completamente, no a medias, porque sabía que si la visitaba por las noches, no podría olvidarla. No podía olvidar aquel beso, los labios de la joven ni esos ojos verdes que le recordaban la vida, algo que ella nunca podría experimentar. Desde que conoció a Rebeca, todo cambió para ella.

Rebeca extrañaba mucho a Úrsula. Habían pasado una semana y tres días desde que se marchó, y sus padres, al igual que Fernando, le preguntaban por ella constantemente. Fernando, quien antes estaba contento con su hermana, ahora mostraba desaprobación. Sentía que Úrsula había arruinado la buena impresión que tenía hasta entonces al acercarse a Rebeca. La felicidad

que había traído ahora se convertía en amargura.

Pero Rebeca no era la única que experimentaba ese sentimiento; la muerte también se sentía más desubicada que nunca. Nunca había experimentado ansiedad ni tanta incomodidad en su existencia como en ese momento, cuando detuvo su viaje para desviarse y dirigirse al único lugar donde sabía que encontraría algo de calma después de una semana y tres días.

Sin embargo, cuando Úrsula entró a la librería esa tarde, quien la recibió fue Fernando. No la miró con la misma buena voluntad de antes; más bien parecía molesto con ella, pero aún así ella se acercó al mostrador.

— ¡Hasta que te dignas a aparecer! — le dijo Fernando.

—Lo siento.

—Mi hermana ha estado sufriendo y pensando en ti todo este tiempo, ¿sabes? — le reprochó Fernando, con un tono cargado de preocupación y frustración.

— ¿Dónde está? ¿Está bien? — preguntó Úrsula, preocupada por Rebeca.

—Te has ausentado durante varios días y ahora apareces aquí como si nada, queriendo saber de ella. No me parece justo. No me parece correcto que juegues con sus sentimientos cuando realmente le gustas. Sabes muy bien que ella siente algo más por ti.

Úrsula bajó la mirada, reconociendo la veracidad de las palabras de Fernando. Sabía lo que Rebeca sentía por ella, pero ni Fernando ni Rebeca conocían verdaderamente quién era ella. Su ausencia había sido por el bien de Rebeca, pero ahora se encontraba allí de nuevo, sintiéndose vulnerable ante el contagio humano del deseo de posesión.

—Lo sé — respondió sinceramente.

—Entonces, ¿por qué desapareciste? — preguntó Fernando, buscando entender.

—Por miedo — confesó Úrsula, revelando la verdad, aunque Fernando no tenía idea de cuál era ese miedo exactamente.

—Y si aún sientes miedo, ¿qué haces aquí ahora? — cuestionó Fernando.

—Ya no tengo miedo, por eso estoy aquí. No vine en estos días para darme cuenta de mis sentimientos. Nunca antes había sentido algo así por nadie, y antes de decirle algo a Rebeca, necesitaba estar segura de lo que siento por ella. No quiero lastimarla, por eso estoy aquí ahora — explicó Úrsula sinceramente.

Fernando observó a Úrsula, quien ahora le sostenía la mirada con esos ojos inusuales pero fascinantes que la caracterizaban. A pesar de todo, decidió creer en ella, especialmente después de escuchar la trágica historia de la muerte de sus padres y cómo eso la había dejado sola desde muy joven, temiendo la pérdida de quienes amaba.

—Estaba enojado contigo — le confesó Fernando sinceramente —. Me caes bien, pero ver a mi hermana llorar, especialmente por ti, me afectó mucho. Ese día que te fuiste, la encontré llorando y tuve muchas ganas de buscarte y decirte un par de cosas.

— ¿Ya no estás molesto? — preguntó Úrsula, buscando su perdón.

—No tanto como antes, pero lo estaré si vuelves a hacer llorar a Rebeca — advirtió Fernando seriamente.

—Te prometo que no volveré a hacerla llorar. Ahora dime, ¿dónde está Rebeca?

—Está descansando. Hoy tuvo su última sesión de quimioterapia — anunció Fernando con una sonrisa.

— ¡De verdad! — exclamó Úrsula con alegría genuina.

—Sí, si tú te alegraste, imagínate nosotros y ella. Creo que ella es la más feliz de todos — dijo Fernando con emoción.

—Estoy segura de que sí. ¿Crees que quiera verme? — preguntó Úrsula, con la esperanza

palpable en su voz.

—Apuesto todo a que sí quiere verte — respondió Fernando con una sonrisa tranquilizadora.

Capítulo 6

— ¡Úrsula! — exclamó Rebeca emocionada al verla asomarse por un resquicio de la puerta de su habitación.

La muerte había tocado dos veces, pero en ninguna ocasión pareció escuchar la respuesta de Rebeca, por lo que decidió atreverse a abrir la puerta sin permiso. En su forma humana, no podía simplemente aparecer y desaparecer en esa casa, especialmente con los familiares de la persona que le interesaba.

—Hola — saludó Úrsula con timidez —. ¿Puedo pasar?

—Claro, pasa — respondió Rebeca, quitándose los audífonos inalámbricos que había estado usando y que le habían impedido escuchar cuando llamaron a su puerta.

Úrsula se acercó con cautela a la cama y se sentó, mientras los ojos verdes de Rebeca la observaban expectantes, esperando que explicara el motivo de su ausencia y falta de comunicación.

—Disculpame por irme ese día sin despedirme de ti y sin decir nada — comenzó Úrsula, mirando fijamente a Rebeca.

—Bueno, yo también necesito disculparme contigo. No debí decirte lo que te dije, entiendo que te asustaras. Fui muy intensa — respondió Rebeca, sintiendo cierta vergüenza en sus palabras.

—No tienes por qué sentirte avergonzada — dijo Úrsula suavemente, tomando las manos de Rebeca entre las suyas —. Soy yo quien se siente miserable por haberte hecho pasar un mal momento y hacerte sentir mal.

— ¿Vas a dejar de verme? — preguntó Rebeca con los ojos llenos de lágrimas.

La muerte, al ver aquello, sintió que algo dentro de ella se volvía más vulnerable, que aquello que había permanecido insensible comenzaba a ablandarse como el pan remojado en café o la mantequilla bajo el sol que se derretía. Este sentimiento le causaba dolor, un dolor que no era físico, pues ella literalmente no tenía un cuerpo real que pudiera sufrir, pero era algo nuevo que no sabía que podía experimentar. La hizo sentir tan humana como Rebeca.

—No llores, por favor — le pidió Úrsula mientras la rodeaba con sus brazos en un abrazo reconfortante que tomó por sorpresa a Rebeca —. No, no voy a dejar de verte.

— ¿Entonces por qué no viniste, ni me enviaste ningún mensaje? — preguntó Rebeca, con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque me asusté. Me dio miedo no ser lo que tú anhelas y deseas. Siempre he sido un ser solitario y temo no ser lo que quieres. Pero me di cuenta de que no soportaba un día más sin verte, me sentía en agonía, una sensación extraña que nunca había sentido.

Escuchar aquello alegró el corazón de Rebeca, quien no pudo evitar sonreír y permitir que sus lágrimas brotaran, esta vez de felicidad, mientras abrazaba con todas sus fuerzas a Úrsula. Permanecieron en silencio, aún abrazadas.

La muerte se sintió confortada con el calor que el cuerpo de Rebeca emanaba, mientras que Rebeca no se sentía calurosa debido a que el cuerpo de Úrsula no desprendía calor alguno.

—Te prometo que no volveré a irme, a menos que seas tú quien decida no verme — dijo Úrsula, dejándole un beso en la frente, aunque Rebeca hubiera preferido uno en los labios. Aun así, era un avance después de los días que llevaban sin verse desde su primer beso y confesión —. Toqué varias veces y no me escuchaste, por eso me atreví a asomarme.

—No te escuché porque tenía puestos los audífonos — le explicó Rebeca, mostrándole los dos pequeños audífonos color rosa que sostenía en su mano.

— ¿Qué estabas escuchando? — preguntó Úrsula con curiosidad.

—Música. ¿Quieres oírla conmigo? — preguntó Rebeca mientras le tendía un audífono a Úrsula, quien lo tomó sin dudar, deseando escuchar la música que Rebeca disfrutaba —. Recuéstate — la invitó Rebeca, tumbándose en la cama y dándole unas palmaditas a su lado para que Úrsula se acostara con ella, y Úrsula no lo pensó dos veces —. Si no te gusta la canción, me dices y podemos cambiarla.

—De acuerdo, pero te advierto que no escucho mucha música. Pero estoy segura de que me gustará lo que sea que escuche y que sea de tu agrado.

La muerte se colocó el audífono y se recostó junto a Rebeca. Se alegró de no tener corazón, porque de ser así juraría que le habría saltado del pecho cuando se acomodó al lado de Rebeca. Una vez con el audífono puesto, Rebeca pulsó play desde su celular y la música comenzó a sonar de nuevo.

Para la muerte, escuchar música fue toda una novedad. No es que nunca hubiera escuchado hablar de ella, simplemente era la primera vez que prestaba realmente atención a lo que sonaba, a las notas y a la voz que cantaba sobre el amor. Descubrió de esa manera que también le gustaba la música, todo gracias a Rebeca.

En algún momento, los dedos de Úrsula comenzaron a moverse al ritmo de la música que escuchaban, y en un momento dado, sus dedos se encontraron sin querer con los de Rebeca. Ninguna de las dos apartó el contacto; sus dedos permanecieron entrelazados, dejándose llevar por una inexplicable sensación de comodidad y seguridad. Sin embargo, la mano de Úrsula era más fría que la de Rebeca, lo cual inicialmente la hizo temer que fuera rechazada. Pero al ver que Rebeca no le dio importancia a su temperatura corporal, Úrsula se relajó y disfrutó de la gratificante conexión.

Después de un rato, comenzaron a jugar con sus dedos, una experiencia placentera que fue interrumpida cuando la madre de Rebeca entró, rompiendo el encanto del momento. Úrsula se sintió repentinamente avergonzada, como si hubiera sido sorprendida haciendo algo inapropiado con Rebeca en casa de sus padres.

Sin que ninguna de las dos se diera cuenta, la tarde había pasado volando mientras escuchaban música y jugaban con sus dedos, ignorando el llamado de Carolina cuando tocó la puerta para avisarles que la cena estaba lista. A pesar de que Úrsula disfrutaba de la comida, sabía que no podía retener los alimentos en su cuerpo falso por mucho tiempo.

La muerte se despidió de Rebeca quince minutos después de la cena, sintiéndose incómoda después de alimentarse, experimentando una sensación similar a la última vez que había tenido que devolver los alimentos, aunque esta vez fue menos agradable. A pesar de haber vomitado, Úrsula comenzó felizmente a recoger vidas por el mundo. Desde que conoció a Rebeca, su existencia había cambiado notablemente; se sentía más animada y cada vez que cumplía con su deber de llevarse una vida, reflexionaba sobre el impacto que esa partida tendría en los seres queridos del difunto.

Nunca antes había considerado el dolor o la felicidad de las personas, hasta que Rebeca llegó a su vida miserable. La muerte nunca había pensado que su existencia fuera miserable hasta que vio la luz en los ojos de Rebeca. Ahora, su trabajo tenía un matiz diferente; ya no le resultaba tan simple y sencillo arrebatar vidas como antes. Sentía pena por aquellos seres humanos que tenían que dejar todo lo que amaban en este mundo para ir a un nuevo destino desconocido.

A pesar de estos nuevos sentimientos que comenzaban a surgir en ella, la muerte seguía cuestionándose quién era. Era el ángel de la muerte, temido y evitado por todos, un ser al que nadie apreciaba debido a su difícil tarea. Al igual que Rebeca, la muerte también se había sentido insegura por la imagen que otros tenían de ella, razón por la cual temía mirarse en un espejo. Se sentía incómoda y en desacuerdo consigo misma, pero nunca había compartido sus sentimientos con nadie porque nadie podía entenderla verdaderamente.

Sin embargo, ahora empezaba a encontrar un sentido en su existencia, o tal vez ya lo tenía y simplemente se había vuelto tan monótona y rutinaria después de siglos haciendo lo mismo, que nada parecía sorprenderla.

— ¿Cuál es tu color favorito? — quiso saber Rebeca una tarde mientras paseaban juntas. Quizás era una pregunta simple, pero aún quedaban muchas cosas por descubrir de Úrsula.

— La verdad es que no tengo un color favorito — respondió Úrsula con sinceridad.

— ¡No me digas que no tienes uno! — exclamó Rebeca con una mezcla de sorpresa y reproche.

— Bueno, quizás ahora tengo uno que realmente es mi favorito — dijo Úrsula después de pensarlo un momento.

— ¡¿En serio?! ¿Cuál es? — preguntó Rebeca emocionada.

— El verde de tus ojos — confesó Úrsula mirándola fijamente —. Ahora dime tú, ¿cuál es tu color favorito?

— Me gustan el rojo y el azul. ¿Cuál es tu comida favorita? — continuó Rebeca, deseosa de conocer más sobre Úrsula.

— Dirás que soy alguien sin sentido y poco normal, pero... — empezó Úrsula.

— Tampoco tienes una comida favorita — interrumpió Rebeca con una sonrisa comprensiva.

— No, te dije que suelo ser muy aburrida — admitió Úrsula.

— A mis ojos me resultas una mujer misteriosa e interesante — dijo Rebeca sinceramente.

Úrsula sonrió ante el comentario.

— ¿Cuál es tu comida favorita? — preguntó Úrsula, queriendo también conocer más sobre Rebeca.

— Bueno, a mí me gusta la pasta y las albóndigas. Aunque ahora mi madre se la pasa dándome verduras — respondió Rebeca con una risita.

— Ella quiere que estés bien y lo ha logrado, porque terminaste tu tratamiento. Has vencido la enfermedad.

— Sí, pronto volveré a tener cabello. Recuperaré mi vida de antes.

Úrsula le sonrió. También deseaba ver cómo sería Rebeca con su melena suelta. Compartía su emoción, su felicidad por haber superado esa maldita enfermedad que la había afectado tanto. La muerte se dio cuenta de que Rebeca mostraba más energía y sus mejillas tenían un color sonrosado que a menudo la tentaba a querer besarla, pero se frenaba por miedo a su frialdad y porque no quería ser una acosadora. No obstante, Rebeca le tomaba la mano y eso hacía feliz a la muerte. Sin embargo, lo que realmente sucedía era que Rebeca también quería besar a Úrsula, no solo en las mejillas, sino en los labios.

Aun así, en esa timidez que había entre ambas, estaban en una relación casi inocente, porque Úrsula no se atrevía a besar a Rebeca a menos que fuera ella quien se lo pidiera. Úrsula no se negaba y se sentía casi en el cielo cuando probaba los labios de Rebeca. Aunque la muerte nunca había ido al cielo por placer, suponía que así debería sentirse estar en el cielo rodeada de

ángeles.

Como era de esperarse, con el paso de los días y las semanas, Úrsula y Rebeca fueron tomando confianza entre ellas y besarse ya no era algo por lo que pedían permiso, simplemente se miraban a los ojos, acercaban sus rostros sin siquiera darse cuenta y se fundían en un beso. Después, Úrsula deslizaba sus labios por las mejillas de Rebeca, que ahora estaban más firmes. Rebeca había ganado peso y su cabello crecía un poco más cada día, al igual que las cejas comenzaban a poblarse y las pestañas hacían sus ojos más coquetos.

La muerte estaba enamorada. El mundo que antes había conocido se transformó en uno cálido, donde Rebeca la llenaba de calor y besos, algo que nunca había sentido. A veces se sentía en un estado de rebeldía cuando se olvidaba de su deber por algunas horas solo para pasar tiempo con Rebeca, a quien no podía dejar de ver ni un solo día.

Sin lugar a dudas eran novias, pero Rebeca aún no se atrevía a decírselo a su familia. Aunque era un secreto a voces, era muy evidente la relación que había entre ellas. No había un día en que Úrsula no fuera de visita, salieran a dar un paseo o llevara algún detalle para toda la familia.

Augusto aún continuaba teniendo sus dudas sobre Úrsula, y cada día crecían más mientras buscaba información sobre ella sin encontrar nada; era como si no existiera. Por esa razón, una noche en la que Úrsula estaba a punto de irse, Augusto se atrevió a confrontarla y descubrir la verdad frente a todos, especialmente ante su hija, quien parecía cada vez más enamorada de aquella misteriosa mujer.

—Dices que trabajas como administradora en una empresa, pero ¿cómo se llama el lugar donde trabajas? — preguntó Augusto, tomándola por sorpresa a Úrsula, quien se había limitado a inventar respuestas vagas sin proporcionar detalles concretos.

—Trabajo en una empresa — respondió Úrsula evasivamente.

—Eso ya lo sabemos, pero ¿en cuál exactamente? Hay muchas empresas en esta ciudad y he estado investigando sobre ti, pero no encuentro información alguna.

— ¿Desconfías de Úrsula, papá? — intervino Rebeca, disgustada con su padre.

—Responde — insistió Augusto a Úrsula, ignorando a Rebeca.

—Creo que estás exagerando un poco — intervino Carolina al notar que Úrsula se ponía nerviosa.

— ¡No estoy exagerando!

—No está exagerando, señor — habló Úrsula y todas las miradas se dirigieron a ella —. Entiendo que se preocupe por su hija y que quiera lo mejor para ella.

—Entonces, si sabes, te agradecería que nos dijeras exactamente dónde trabajas.

Úrsula no quería recurrir a sus trucos, a esa parte mágica que tenía y que lo hacía todo posible. Pero el lado negativo de esa magia suya, como el ser inmortal que era, era que consumía demasiada energía, más de la que usaba para tomar un cuerpo y fingir ser mortal ante Rebeca.

—La empresa para la que trabajo se llama Éxito Global S.A., es una empresa internacional.

Transformarse en un ser humano y encontrar la empresa más grande e importante de la ciudad le llevó varios minutos a la muerte.

— ¿En esa compañía tan grande? — manifestó Augusto, ahora asombrado.

—Sí, señor. Trabajo ahí. ¿Me buscaron allí?

—No, lo siento. No pensé que a tu edad trabajarías en un lugar así.

—Si gusta, mañana puedo traer pruebas de que trabajo allí.

—No es necesario — dijo Carolina avergonzada por lo que había hecho Augusto.

—Lo haré, para que todos estén tranquilos.

Rebeca se había quedado callada aferrando con fuerza la mano de Úrsula, quien apenas sentía lo fuerte que su novia le apretaba la mano. Estaba tan enojada y avergonzada por la escena que su padre había protagonizado con Úrsula que tenía ganas de que la tierra se abriera y se la tragara.

—Debo irme — anunció Úrsula, empezaba a sentirse extraña y eso solo significaba una cosa: su cuerpo iba a comenzar a devolver lo ingerido y estaba por volver a ser aire.

Rebeca deseó detenerla, pero no lo hizo, simplemente caminó con ella de la mano hasta la salida de su casa.

—Siento mucho lo que ha pasado con mi padre — habló Rebeca antes de que Úrsula escapara, como parecía ser su intención.

—Él solo se preocupa por ti y está bien.

—Entiendo que él no confíe en ti, pero yo sí, y eso es lo único que me importa y debería importarte a ti también. No vas a irte como la otra vez, ¿verdad?

—No lo haré. Le traeré a tu padre lo que me pide para que confíe en mí.

—Hasta mañana — se despidió Úrsula sin un beso, pero Rebeca la volvió a tomar de la mano y la detuvo.

—Dame un beso antes de irte.

No es que la muerte no hubiera deseado besarla, pero tenía prisa por irse antes de que su cuerpo desapareciera. El beso que la muerte le dio fue demasiado breve y sin sabor para Rebeca, quien temió que Úrsula se fuera para siempre debido a la forma en que su padre la trató esa noche.

En lugar de dejarle calma en el corazón, el beso le dejó zozobra y miedo en el alma. Úrsula se perdió rápidamente de su vista y Rebeca no pudo evitar ponerse a llorar de rabia y vergüenza por lo que había hecho su padre. No tenía derecho a arruinar la felicidad que había encontrado recientemente.

—¿Por qué hiciste eso, papá? — le reclamó Rebeca a su padre en cuanto entró a la casa.

—Pues porque no sabemos nada de ella, es una extraña, aunque no lo quieras ver.

—Pero lleva cuatro meses viniendo a esta casa.

—Ese no es tiempo suficiente para confiar en alguien, y tú eres aún muy joven para ver el peligro en las personas. Por eso estoy aquí, como tu padre, para cuidarte.

—¡Ya no soy una niña!

—Tal vez, pero eres joven.

—Me molesta cuando te pones así. Por tu culpa Úrsula no va a volver.

—Pues si no regresa, es muestra clara de que no te quería realmente, que solo estaba jugando contigo y pasando el rato.

—¡No es cierto! Ella no es así.

—Pues si ella de verdad te quiere, volverá con lo que ha prometido. Hasta entonces, se ganará mi confianza.

Todos en la sala se quedaron callados mirando la discusión entre Rebeca y Augusto. Fernando y Carolina tenían sentimientos encontrados hacia Úrsula; aunque les caía bien, en el fondo también deseaban verificar que era real, que no era una mala persona y, sobre todo, que no lastimaría a Rebeca. Mientras tanto, Lucía simplemente consideraba que Úrsula era guapa.

La muerte estuvo a punto de escabullirse en la oscuridad antes de que su cuerpo se deshiciera como una gelatina de leche fuera del refrigerador. Era como si su cuerpo se hubiera convertido en la comida que iba a devolver y se sintió nuevamente vacía. Por ilógico que

pareciera, la muerte estaba comenzando a sentirse cómoda con un cuerpo y no siendo solo aquel ser invisible, aquel que no era capaz de sentir absolutamente nada.

Esa noche se apresuró a aliviar el sufrimiento de los moribundos que había dejado padecer más de lo necesario. Se pondría al día siguiente a arreglar su falsa identidad donde hiciera falta, pero esa noche no podría hacerlo. Cuando el sol apareció en el horizonte que también iluminaba a Rebeca, la muerte se dedicó a realizar las tareas que la acreditaban como administradora de empresa y como una trabajadora más.

Realizar aquello le costó mucha concentración, especialmente manipular psíquicamente a algunas personas para que hicieran los papeleos que la hacían existir en el mundo laboral y mortal. Esto supuso un desgaste de energía que no había imaginado. Cuando llegó la tarde y quiso personificarse para ver brevemente a Rebeca en la librería, no pudo tomar forma física. Odió en ese momento no poder ser Úrsula; la noche anterior se había comportado de manera brusca con Rebeca porque no podía permitirse ser la causa de una gran desilusión en su vida. Por esa razón, necesitaba verla para hacerle saber que la amaba, quizás no con un corazón palpitante como el de Rebeca, pero la quería con todo su extraño e intangible ser que era real.

Sin más opción, le envió un mensaje a Rebeca con la excusa de que había tenido problemas en el trabajo y que debía resolverlos pronto. Por lo tanto, no podría ir esa tarde, pero si estaba libre al día siguiente, estaría allí sin falta para demostrar que no estaba mintiendo.

Por supuesto que la muerte sabía que mentía, pero no lo hacía en relación a sus sentimientos, ya que lo que sentía por Rebeca iba más allá. Tanto así que estaba desafiando las leyes impuestas por el creador; se había convertido en una rebelde por amor, y a ella no le habían mostrado esta parte tan cálida y particular que existía en algunos humanos.

Rebeca no se puso contenta al recibir aquel mensaje, pero al menos Úrsula le había avisado que no podría ir esa tarde por cuestiones de trabajo. Al menos despejó la zozobra que había estado padeciendo desde la noche anterior, aquella preocupación de pensar que Úrsula no volvería a su casa ni la buscaría. Sin embargo, se alegraba de que lo que le dijo anoche fuera verdad. Ahora solo le quedaba lidiar con la desconfianza de su padre.

— ¿Y Úrsula no va a venir hoy? — fue lo primero que preguntó Augusto en cuanto vio a Rebeca.

— Hoy no puede, le han surgido cosas en el trabajo y ha tenido que quedarse horas extras.

— Yo creo que te está mintiendo.

— ¡Eso es lo que tú quieres creer! — espetó Rebeca a su padre. Era la segunda vez que perdía los estribos solo porque él no tenía la misma fe en Úrsula que ella.

— Tranquilos, no discutan — intervino Carolina —. Estoy segura de que Úrsula vendrá. No es la primera vez que le toca hacer horas extras por su trabajo.

— Eso espero — dijo Augusto.

Para alegría y desasosiego de Rebeca, Úrsula llegó al día siguiente con las pruebas que Augusto quería ver de ella; incluso llevó su gafete de la empresa. Con esto, el hombre y padre de familia le creyó. Pero más allá de eso, se alegró de que Úrsula no mintiera y que en verdad quisiera a su hija. Para él, no había nada más importante que sus hijos sintieran amor, y Úrsula había pasado la prueba.

Capítulo 7

Una vez que Augusto pareció conforme con la información que Úrsula le había mostrado, Rebeca se sintió más segura que nunca para decirle a su familia que ella y Úrsula eran novias. Sin embargo, a ninguno les sorprendió la noticia, dado que era bastante obvio por la manera en que se comportaban. Fue entonces cuando Rebeca comprendió por qué su padre había insistido en que Úrsula revelara todo sobre ella; ahora sabía que su amor paternal era profundo y que, en parte, sus acciones se debían a celos.

Los meses habían pasado rápidamente y, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaban en el mes de diciembre. Para entonces, Rebeca había vuelto a las clases presenciales en la universidad, su cabello había crecido hasta los hombros y su aroma se había vuelto más atrayente para Úrsula. La muerte notó que el tratamiento contra el cáncer le había dado a Rebeca un cierto olor metálico, algo extraño pero no del todo desagradable. Sin embargo, ahora, su novia olía a dulce y frutas, y Úrsula podía percibir su aroma mucho antes de verla, como aquella tarde en la que llegó como siempre a su casa y tocó el timbre.

Rebeca, al escucharlo, salió disparada a abrir la puerta, sabiendo que se trataba de su persona favorita. Úrsula le había llevado una pequeña flor silvestre que encontró en uno de sus recorridos por el mundo, pensando que a Rebeca le gustaría, y no se equivocó.

—Gracias — dijo Rebeca, tomando la flor mientras le dedicaba una sonrisa a Úrsula. Luego le dio un breve beso en los labios como señal de bienvenida y finalmente aspiró el aroma de la flor blanca —. ¿Cómo te fue en el trabajo? — le preguntó una vez que Úrsula entró.

—Bien. ¿Y a ti? — respondió Úrsula.

—Bien también.

— ¿Dónde has estado metida? — la cuestionó Úrsula.

—En casa, bueno, ya sabes, entre la librería y la casa. ¿Por qué?

—Es que traes telarañas en la cabeza — manifestó, retirándoselas cariñosamente —. No creí que fueras tan descuidada, pero veo que me has mentido.

Rebeca sonrió.

—Seguramente las obtuve cuando fui al sótano a buscar los adornos de Navidad con Lucía.

— ¿También celebran Navidad?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo nunca he celebrado nada de eso.

— ¿Por qué? ¿Profesas otra religión?

—No, ninguna en realidad. No creo en ninguna.

Durante el tiempo que llevaban saliendo, ninguna de las dos había hablado de temas religiosos, simplemente habían conversado de otros temas, menos de la religión que practicaba cada una. No obstante, Rebeca había dado por sentado que Úrsula era católica, ya que sabía mucho sobre hechos bíblicos, pero ahora se daba cuenta de que lo tomaba como algo histórico y no como creencia.

—No me sorprende — dijo Rebeca, dándose cuenta de que Úrsula no era como los demás, y eso le encantaba —. ¿De dónde vienes? ¿De Marte?

—Creo que de aún más lejos — respondió con una sonrisa.

—Entonces, eso quiere decir que nunca has puesto un árbol de Navidad.

—Correcto.

— ¿Te molesta la Navidad? — continuó preguntándole Rebeca mientras cruzaban la puerta de la casa.

— No, para nada me molesta. Es una época muy festiva y colorida. Cada quien es libre de creer en lo que desee.

—Entonces, ¿no te molestaría ayudarnos?

—No, para nada.

Úrsula comenzó a ayudarlas. Poco a poco, el árbol artificial fue tomando vida y cuando quedó listo, sin esperar más, Rebeca fue a encender las luces y las tres sonrieron satisfechas al ver su trabajo. A la muerte le maravilló y le encantó ser parte de ello; por fin comprendía que aquello era lo que llamaban hogar y todo eso lo experimentaba gracias a Rebeca, que le había abierto las puertas de su casa.

Sin embargo, Úrsula por momentos se sentía entre la espada y la pared al saber que le mentía a Rebeca, pero no podía decirle la verdad. Prefería continuar manteniendo oculto ese secreto que posiblemente Rebeca nunca descubriría.

La tarde antes de Nochebuena, Úrsula llegó a casa de Rebeca con un pavo. Tras su exhaustiva investigación sobre las celebraciones navideñas entre los humanos, descubrió que en su mayoría los hogares horneaban un pavo y que la cena era importante para las familias. Por ese motivo, aquella tarde apareció con un gran pavo en manos, mientras Rebeca la miraba inquisitivamente por su curioso presente.

—Nunca sabes llegar con las manos vacías, ¿verdad? — observó Rebeca mirando lo que su novia sostenía.

— ¿Cómo podría no traer algo? Ya es bastante que tu familia me permita venir a molestarlos cada día con mi presencia.

—Ellos no se molestan por tus visitas.

—No tardarán en hacerlo — la contradijo mientras se encaminaban hacia dentro de la casa —. ¿Dónde lo dejo? — preguntó al llegar a la sala.

—En la cocina — respondió siguiéndola —. ¿Dónde pasarás Nochebuena? ¿Irás con tus familiares más cercanos? — inquirió, deseando que Úrsula respondiera que no partiría a ningún lado.

—Se te olvida que no profeso ninguna religión.

—Cierto, pero quizás te gustaría tomar esos días para visitarlos.

—No tengo a nadie a quien visitar, además trabajo.

— ¿No tienes vacaciones?

—No.

— ¿Nunca?

—Nunca.

— ¡Pero eso es injusto!

—Así son las cosas — respondió encogiéndose de hombros mientras colocaba el pavo en la encimera de la cocina.

—Deberías renunciar.

—No puedo.

— ¿Por qué?

—Porque he firmado un contrato por varios años y nunca esperé conocerte.

Rebeca pudo comprender por un momento lo que Úrsula había sentido en su soledad. Quizás eso la había llevado a centrarse únicamente en trabajar y ganar dinero. Úrsula podría ser

un alma solitaria sin nadie en quien refugiarse, pero ahora tenía a Rebeca para ofrecerle lo que le faltaba.

—Entonces ven a cenar con nosotros — dijo Rebeca —. No importa si crees o no, solo acompáñanos, sé nuestra invitada.

— ¿Estás segura de querer invitar a una incrédula?

—Sí — respondió Rebeca con una sonrisa —. Creo que te adaptas a las situaciones, mira lo bien que nos ayudaste a poner el arbolito.

—Eso es porque estoy contigo y me gusta estar donde tú estás y hacer lo que tú haces.

—Entonces eso es un ¿sí?

—Sí.

El día de Nochebuena, la muerte llegó a las nueve de la noche con una canasta de frutas, sobre todo las favoritas de Rebeca, entre ellas había muchas uvas. Sin duda, cada día que pasaba, la muerte se iba empapando de lo que los vivos hacían.

—De nuevo con algo en las manos — manifestó Rebeca al ver a Úrsula —. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no es necesario?

—Así como tampoco es necesario que me invites a tu casa todas las veces — y le dio un beso en la frente antes de entrar.

—Te invito para ver si en algún momento tú me invitas a la tuya — por fin había dejado salir de su boca lo que hacía mucho quería pedirle a Úrsula, pero que sabía no debía hacerlo, que aquello era algo que su novia debía hacer sin necesidad de que ella se lo pidiera.

— ¿Quieres ver mi casa? — preguntó sorprendida.

—Sí, ¿Tiene algo de malo?

—No — respondió Úrsula. Ella no tenía casa, porque no pernoctaba; el único lugar al que deseaba ir y estar era a su lado y no necesitaba más —. Pensé que no estabas interesada.

—Hace mucho que deseo conocer el espacio donde vives, pero no me invitas.

—Entonces, un día de estos te invitaré a ti y a tu familia.

A Rebeca no le agradó mucho que Úrsula mencionara invitar a la familia, ya que deseaba estar a solas con ella, sin nadie más alrededor. Hasta ese momento, Úrsula y ella se habían limitado únicamente a darse besos, pero Rebeca quería ir más allá. Anhelaba entregarse a Úrsula, que la amara en cuerpo y alma.

Esa noche en casa de Rebeca, solo se encontraban algunos familiares cercanos y la cena no fue servida a medianoche, sino que se adelantó porque todos tenían hambre, lo cual obligó a Úrsula a comer nuevamente. Sin embargo, minutos después tuvo que excusarse para ir al baño, donde vomitó.

Las horas pasaron rápido entre conversaciones y algunos chistes bobos hasta que el reloj marcó las doce, hora en que la mayoría de los creyentes celebraban el nacimiento de Jesús. Para Úrsula fue una experiencia nueva, y observó todo con curiosidad al lado de Rebeca, cuyo brazo entrelazado con el suyo le transmitía calor, haciéndola sentir humana y viva.

—Gracias por invitarme — dijo Úrsula al despedirse de la familia de Rebeca después de la medianoche —. He tenido una buena noche, espero no haber incomodado con mi presencia.

—Para nada — respondió Carolina.

—Eres bienvenida en esta casa — dijo Augusto, finalmente contento al ver que Úrsula respetaba y quería a su hija.

—Muchas gracias. Gracias por invitarme. Tengo que irme. Buenas noches y hasta mañana.

— ¿No crees que ya es muy tarde? — dijo Rebeca, dirigiéndose a Úrsula y en especial a

sus padres. Pensar que le podría pasar algo la ponía nerviosa —. No creo que pase un taxi a esta hora.

— No te preocupes, encontraré uno — dijo, contenta de que Rebeca se preocupara por ella.

—Tienes razón — observó Carolina —. En estos tiempos es peligroso que una mujer ande sola a estas horas de la noche. ¿No te gustaría quedarte? ¿O prefieres que te llevemos a casa? Seguro que te costará mucho encontrar un taxi en estas fechas.

—La verdad es que no me gustaría molestarlos — argumentó Úrsula. Sabía que si se quedaba, retrasaría su labor de ir por vidas por el mundo, y la idea de que la llevaran a casa no le agradaba mucho, ya que ella no tenía un hogar.

—¿Por qué no te quedas? — le pidió Rebeca, mirándola con esos ojos que eran su debilidad. Bueno, en realidad, toda Rebeca era su debilidad.

—No quiero incomodar a nadie.

—No creo que a Rebeca le moleste compartir su habitación contigo — intervino Carolina. A Augusto no le gustó mucho la idea, pero no dijo nada.

—O puedes dormir en el sofá — sugirió Augusto.

—Sí, también — dijo Carolina.

—Pero en el sofá dormiré incómoda y debe trabajar mañana — intervino Rebeca en su defensa.

Úrsula aceptó quedarse porque era lo más seguro para ella, dado que no tenía casa y tendría que resolver ese asunto nuevamente, lo que significaba gastar energías y privarse de ver a Rebeca uno o dos días más. A pesar de esto, el hecho de pasar un poco más de tiempo con Rebeca la hizo muy feliz. Solo tendría que esperar a que se durmiera para poder irse a cumplir con sus deberes.

Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, una vez a solas, cierta timidez las invadió a ambas, quedando de pie en medio de la estancia sin saber qué decir ni qué hacer. Rebeca tenía una idea muy clara de lo que deseaba hacer con Úrsula esa noche y cada día, pero en ese momento, intentar algo más en su cama parecía muy arriesgado.

—Voy a arreglar la cama — dijo Rebeca finalmente, moviéndose.

—Sí, te ayudo — se ofreció Úrsula, imitando los movimientos de Rebeca.

— ¿Quieres un pijama? ¿O prefieres dormir con tu ropa? — preguntó Rebeca a Úrsula una vez que terminaron de arreglar la cama.

—Yo... no necesito nada en particular — respondió Úrsula con sinceridad.

—No es ninguna molestia para mí — aseguró Rebeca con una sonrisa amable.

—Entonces préstame uno de tus pijamas — pidió Úrsula con una sonrisa.

Rebeca fue a su cajonera y buscó por unos momentos el pijama que podría quedarle a Úrsula, considerando que su novia era al menos cinco centímetros más alta que ella. Úrsula tomó el pijama con una sonrisa al ver que era de ositos, lo cual le recordó a las primeras veces que habló con Rebeca.

—Sí, puedes cambiarte en el baño si gustas — ofreció Rebeca al ver a Úrsula dubitativa.

—Gracias. Pero sabes de qué me acordé — dijo Úrsula.

— ¿De qué? — preguntó Rebeca.

—De algo que me dijiste en nuestras primeras conversaciones sobre el significado de mi nombre.

— ¡Oh! Pequeña osita.

—Sí, y me diste un pijama de osos.

—Fue porque me acordé de lo mismo y porque es un pijama que me queda grande, así que supuse te quedaría bien.

Úrsula entró al baño y se cambió, sin embargo, terminó más pronto de lo esperado y al abrir la puerta, se encontró con Rebeca semidesnuda de espaldas a ella, así que Úrsula se apresuró en volver a cerrar la puerta despacio para que no se diera cuenta de que la había visto. No obstante, algo dentro de ella, la instaba a querer seguir observando aquel cuerpo cálido y suave.

La muerte experimentó algo más que un deseo, algo que le hizo palpar lo que había temporalmente entre sus piernas, una imperiosa necesidad de tocar aquella piel en lugares que nunca había explorado y deseaba probar ahora. En ese momento, comprendió lo que era el deseo sexual, ella nunca antes lo había experimentado, pero ahora había aparecido inundándola toda con una nueva y humana sensación de poseer a Rebeca, ya no tan solo quería sentirla cerca de manera inocente, sino que la deseaba de una manera carnal y ahora comprendía las razones de Augusto de no quererla cerca y a solas con su hija en su habitación esa noche.

— ¿Úrsula? ¿Terminaste de cambiarte?

— Sí, ya salgo.

Rebeca sonrió al ver a Úrsula con el pijama, se veía linda, aunque a sus ojos siempre se veía espectacular.

— ¿Me veo mal? — preguntó Úrsula al tener la mirada de Rebeca sobre ella, lo que la ponía nerviosa.

— No, para nada. Te queda perfecto. Es solo que nunca me canso de mirarte y me alegra mucho, demasiado, que te quedes a pasar la noche conmigo.

— A mí también me alegra.

Se metieron en la cama, Rebeca del lado derecho y Úrsula del lado izquierdo. Al principio estaban algo incómodas a pesar de lo que sentían y la convivencia que mantenían, compartir una cama y un espacio tan personal ahora era diferente. Sin embargo, fue Rebeca quien dio el primer paso y se acercó a Úrsula, quien sintió su cuerpo tan frío como la nieve cuando se juntó con ella.

— ¿Tienes frío? — preguntó Rebeca mientras tomaba una de las manos de Úrsula entre las suyas —. Tú y tus manos están frías.

— No, estoy bien. Es solo que siempre soy así — respondió Úrsula avergonzada.

— Yo te daré calor entonces, ¿te parece?

— Gracias — respondió Úrsula, acercándose al cuerpo de Rebeca y sintiendo inmediatamente el calor que irradiaba su cuerpo. Suspiró, un gesto que nunca antes había hecho.

El sueño de ambas parecía haberse esfumado de repente, sin duda era una noche maravillosa, pero también una en la que su deseo por tocarse estaba siendo arrollador. Rebeca levantó la vista y miró a Úrsula, en una silenciosa complicidad, juntaron sus pies, Rebeca deseaba darle todo su calor a Úrsula, que con cada segundo que pasaba sentía en su rostro la respiración cálida de Rebeca.

Continuaban mirándose a los ojos y Úrsula no pudo evitar la tentación de observar los labios de Rebeca, deseaba besarla allí y ahora, apretada junto a su cuerpo, Rebeca se dio cuenta de lo que había pasado por la mente de Úrsula, sabía lo que quería y sin dudar llevó una de sus manos al hermoso rostro de su novia, luego deslizó uno de sus dedos hasta llegar a sus labios para poco después acercar su rostro lentamente al de Úrsula y rozó sus labios con los de ella. Úrsula entreabrió su boca y la recibió con todo el gusto y placer, la besó al mismo compás en que Rebeca lo estaba haciendo, hasta llegar a ser un beso profundo que las hizo perder el aliento.

— Te amo — le susurró Úrsula a Rebeca —. Mucho te amo — aquellas palabras salieron desde aquel vacío interior de la muerte, que ahora por alguna razón, se encontraba lleno de esa palabra que acababa de decir y eso solo se debía a Rebeca. Sentía algo muy grande dentro de ella, lo podía sentir, tanto, que creía que podía sentir los latidos de un corazón dentro de su pecho, pero era solo el de Rebeca, que latía por dos, acelerado por haber escuchado aquellas palabras.

—Yo también te amo.

Úrsula sintió que explotaría de felicidad al escuchar aquellas palabras, Rebeca miró como la expresión en su rostro cambiaba y aquello le llenó de ternura. Sin poder evitarlo, se volvieron a fundir en un beso, en uno cargado de amor y deseo, ese que empezaron a contener y reprimir desde que entraron a la habitación. Las manos de Rebeca viajaron hacia la espalda de Úrsula, quien, al sentir aquel tacto agradable, lo imitó y le hizo lo mismo a Rebeca. No obstante, el beso y las caricias comenzaron a volverse cada vez más eróticas, más cargadas de deseo, pero en algún momento, Úrsula tuvo que contenerse y frenarse a sí misma.

—No está bien — dijo la muerte sin dificultad al respirar, y Rebeca se sorprendió de lo fuerte que sonaba —. Estamos en casa de tus padres.

—No pude evitar dejarme llevar.

—Tal vez hubiera sido mejor que durmiera en el sofá — sugirió Úrsula.

—No, no podrías descansar ahí y sería absurdo mandarte al sofá pudiendo dormir juntas.

—Lo sé, pero por eso hay que mantener las manos quietas y así hacer que tu padre me quiera un poco más.

Se acurrucaron y Úrsula arrulló a Rebeca hasta que se quedó dormida. Cuando Úrsula vio que Rebeca estaba en un sueño profundo, se apartó cuidadosamente de ella para colocar en su lugar un enorme oso de peluche blanco que apareció como por arte de magia, al igual que la mayoría de las cosas que había construido a su alrededor. Ese oso ocupó su lugar, ese lugar que no quería dejar, porque Úrsula deseaba permanecer abrazada a ella toda la noche, sintiendo su calor y respirando su aroma. Sin embargo, la muerte debía cumplir con su deber. Aun así, se marchaba feliz de haber escuchado que Rebeca la amaba.

Cuando el amanecer estaba llegando, la muerte regresó con Rebeca, retiró el oso de peluche para ocupar nuevamente su lugar junto a la mujer que ahora era el centro de su universo. Deseaba estar ahí desde hace horas, aunque no fuera para dormir, sino para contemplarla de cerca, tenerla entre sus brazos y respirar su aroma. La muerte sintió que estaba experimentando algo similar a lo que llaman gloria.

La luz del sol empezó a filtrarse por la ventana, y Rebeca comenzó a despertar. Abrió los ojos y Úrsula observó atentamente este momento, especialmente el brillo en esos ojos. Rebeca le sonrió y pronto se acercó para buscar los labios de Úrsula, quien la atrajo hacia su cuerpo. Rebeca aprovechó la cercanía para besarla apasionadamente.

— ¡Pórtate bien! — le susurró Úrsula a Rebeca en voz baja y cariñosa —. Nos pueden ver. No quiero darle la razón a tu padre esta vez y que me eche de su casa.

— ¡Santurrona! — respondió Rebeca bajando de encima de Úrsula —. Pero me encanta tu forma de ser.

La muerte no dejó la casa de Rebeca sin antes desayunar; le resultaba imposible partir sin hacerlo. Como era de esperar, minutos después de salir, devolvió el estómago. Sin embargo, esto no afectó su alegría; la muerte se sentía exultante, perdida en sus pensamientos sobre las palabras de Rebeca la noche anterior. Estaba inmersa en su propio mundo de amor cuando escuchó nuevamente aquella voz.

— *¡No debiste enamorarte nunca y menos de un mortal! Lo que has hecho no será bueno para ninguna de las dos. Has roto las reglas. Su amor dolerá y terminarás sola como siempre.*

La muerte se molestó al escuchar esas palabras. ¿Qué podrían saber ellos allá arriba de la soledad? Estaban rodeados de seres celestiales en algún lugar desconocido para ella. La muerte no tenía acceso a ese cielo; estaba destinada a vagar por la tierra. Después de siglos de pasar inadvertida entre los vivos, se había enamorado de un ser humano hermoso y ahora la reprendían por amar. Ellos predicaban que todos debían dar amor al prójimo, pero le reclamaban a ella por dar amor. ¿Acaso no tenía derecho a ser feliz y a amar? Descubriría por sí misma si le tocaba sufrir y quedarse sola de nuevo; era algo que tendría que averiguar sola, como todo lo demás que había estado experimentando. No le preocupaba sentir dolor, porque al parecer Rebeca aún tenía muchos años de vida por delante.

Capítulo 8

La muerte ignoró esa segunda llamada de atención y se concentró en tener una casa lista para cuando invitara a Rebeca. Sin embargo, al momento en que la casa estuvo diseñada a su gusto, se dio cuenta de algo que antes no había considerado.

Se percató de que ella era un ser que nunca dejaría de existir, al igual que su cuerpo falso que nunca experimentaría cambios. Su cuerpo no envejecería como el de Rebeca, que con el paso de los años iría cambiando, mientras ella permanecería igual, como si estuviera congelada en el tiempo, sin avanzar, siempre realizando lo mismo.

Rebeca no vio a Úrsula en cuatro días desde aquella mañana en que salió de su casa y no había vuelto a aparecer. Sin embargo, recibió algunas plantas de pascua de diferentes colores junto con una tarjeta donde Úrsula explicaba el motivo de su ausencia. Como era de esperar, Rebeca se entristeció al saber que tendría que esperar otro día para ver a Úrsula, pero al menos sabía que volvería y que no se había olvidado de ella. Aquellos días sin verla se le habían hecho largos; nunca imaginó extrañar a alguien de esa manera como estaba extrañando a Úrsula.

Úrsula entró a la librería el 30 de diciembre por la tarde con una rosa roja detrás de su espalda. Durante esos días de ausencia, había intentado alejarse de Rebeca nuevamente, por el bien de ambas, pero sobre todo por el de Rebeca, aunque le resultó imposible. El dolor de no verla era demasiado fuerte. En lo más profundo de su ser, sabía que era incorrecto relacionarse con Rebeca, porque ella era una mujer humana de carne y hueso, mientras que Úrsula era una falsedad, el ángel de la muerte disfrazado de ser humano. Se preguntaba cuánto tiempo podría mantener su engaño, hasta dónde llegaría su relación con Rebeca y qué estaría dispuesta a hacer por ella. Sabía que por Rebeca sería capaz de todo lo que estuviera en su mano, pero también era consciente de los límites que enfrentaba.

—Hola — saludó Úrsula al llegar a la librería. Rebeca la miró y le dedicó una amplia sonrisa a la mujer que acababa de entrar.

—Hola — respondió Rebeca, acercándose a su encuentro —. Te extrañé — dijo mientras la abrazaba fuertemente —. Odio tu trabajo.

—Yo nunca había llegado a odiarlo, pero estoy empezando a hacerlo — respondió, dejándose envolver por los brazos y el calor de Rebeca —. Surgieron algunos problemas que tuve que resolver, pero ahora todo está bien. También te extrañé mucho — añadió, dándole un beso en la frente.

—Tienes ojeras — observó Rebeca, llevando la yema de sus dedos a esa zona oscura bajo los ojos de Úrsula.

—Por trabajar muchas horas de noche.

—Estoy segura de que con un beso se te quitan.

Rebeca la miró a los ojos y Úrsula se perdió en aquellos ojos verdes, en su mirada inocente llena de vida y con el deseo ardiente que se encendía en ella cada vez que la tenía cerca. La besó en los labios con calma pero con un fuego que la quemaba.

—A veces no quiero dejar de besarte — confesó Rebeca, rompiendo el beso para tomar aire, sintiéndose a menudo tonta porque Úrsula no parecía afectada por sus largos besos.

—Ni yo.

—Pero a pesar de todo lo que hago, no sé cómo hacer que te vuelvas atrevida en algún momento y me digas que te gustaría estar a solas conmigo — habló en voz baja. Sin embargo,

notó un rastro de tristeza en sus inconfundibles ojos.

—Quizás cuando seas mi esposa, podremos estar a solas —añadió Úrsula.

Al escuchar esas palabras, Rebeca abrió los ojos y la miró sin poder creer lo que acababa de escuchar. Úrsula quería casarse con ella, pero ¿acaso no era demasiado pronto? Aunque había personas que se casaban después de conocerse cinco meses y permanecían toda la vida juntas, a diferencia de otras que tenían años de noviazgo.

—¿Qué?—preguntó Rebeca.

—Creo que fue una tontería y algo pasado de moda decir eso—respondió Úrsula.

—No, por supuesto que no. Yo me casaría contigo aunque estuviera con los ojos cerrados. Estuviste conmigo cuando no me veía bien, cuando estaba calva, fea y enferma.

—La que tiene que decir eso soy yo.

La muerte no era consciente de cómo su fría manera de ser había cambiado con Rebeca; con aquella joven era todo amor y ternura. La frialdad y el desinterés que mostraba antes hacia el mundo y las personas se transformaron desde que miró a Rebeca; todo fue diferente.

Como era de esperarse, Úrsula pasó año nuevo con Rebeca y su familia, y nuevamente se quedó a dormir con ella. Rebeca ansiaba que los días pasaran rápido para ir a conocer la casa de Úrsula y ver dónde vivirían juntas en el futuro.

Como era de esperarse, Rebeca y Úrsula no pudieron contener las ganas de besarse apasionadamente y abrazarse con el deseo de fundirse en uno solo. Sin embargo, Úrsula tuvo la lucidez suficiente para detener a Rebeca. No quería hacer un espectáculo en la casa de Rebeca y, sobre todo, deseaba respetar a su familia y la confianza que le habían brindado.

Rebeca hizo pucheros cuando Úrsula detuvo sus intenciones de ir más allá de unos besos, pero decidió seguir el consejo de Úrsula, quien la acurrucó y abrazó hasta que se quedó dormida. Como la vez anterior, Úrsula colocó un oso de peluche en su lugar cuando Rebeca cayó en un sueño profundo.

Esa noche, la muerte recorrió el mundo y se dio cuenta de que la mayoría de las personas estaban ebrias y haciendo cosas estúpidas que podrían llevarlas a su fin. A las cinco y media de la mañana, la muerte regresó al lado de Rebeca, la abrazó y respiró su delicioso aroma. Cerró los ojos e inhaló profundamente, llenándose de la esencia de Rebeca. Así, inhalando y exhalando pausadamente por un rato, entró en un estado en el que nunca antes había estado. Era como existir y al mismo tiempo no existir; su conciencia parecía haber quedado en un estado de pausa. No sabía si se había dormido o simplemente se había relajado; no tenía idea. Lo único que sabía era que se sentía bien y se permitió dejarse llevar.

Úrsula estaba tan relajada que no se dio cuenta cuando Rebeca despertó y se encontró entre sus brazos, abrazada con firmeza pero sin lastimarla. Rebeca se movió, tratando de liberarse, pero Úrsula no despertaba; su rostro parecía imperturbable como el de una estatua. Rebeca comenzó a ponerse nerviosa al ver que Úrsula seguía sin reaccionar, a pesar de sus esfuerzos por llamarla y sacudirla.

— ¡Úrsula! — la llamó Rebeca con voz estrangulada — ¡Úrsula! ¡Despierta, por favor! ¡No puedes estar muerta! — exclamó, y al pronunciar esa última palabra, Úrsula finalmente volvió en sí, encontrándose con el rostro lloroso de Rebeca, mirándola con espanto.

— ¿Qué pasa? — preguntó Úrsula, llena de preocupación, mientras tomaba el rostro de Rebeca entre sus manos, quien seguía sollozando — ¿Por qué lloras? — inquirió — ¿Te sientes mal?

—No, no me siento mal. Llora por ti — respondió Rebeca entre sollozos.

— ¡Por mí! ¿Te hice daño? ¿Te lastimé?

— ¡Parecías muerta! — sollozó Rebeca abrazándola fuertemente — Pensé que habías muerto de repente. Estabas tan rígida, sin moverte, parecías no escuchar ni sentir nada. Me asustaste muchísimo, Úrsula.

—Lo siento mucho — la muerte abrazó a Rebeca, sintiéndose tremendamente culpable por permitirse caer en esa agradable nebulosa de descanso — Perdóname, perdóname.

Rebeca continuó sollozando, luego se apartó y comenzó a secarse las lágrimas. Úrsula experimentaba una sensación horrible, tal vez similar a la que Rebeca había sentido momentos antes al no poder despertarla. Era una angustia y un miedo profundo de perder a la persona amada. En ese instante, comprendió el terror que ella representaba para los demás; nunca antes se había sentido tan horrible y repugnante en toda su existencia.

Rebeca notó cómo el rostro de Úrsula pasó de la preocupación a la tristeza y sombrío. Parecía como si en ese momento hubiera caído en la cuenta de algo terrible, como si hubiera cometido el peor crimen.

—No es tu culpa — dijo Rebeca ahora con calma y cariño —. Tal vez fui yo quien hizo una tormenta en un vaso de agua. Probablemente estabas profundamente dormida y yo, con mi miedo a la muerte, lo exageré.

Estas palabras hicieron que Úrsula se sintiera aún más horrible, pero en ese momento decidió que no tomaría más vidas. Estaba cansada de ser el objeto de temor para todos. Estaba segura de que alguien más allá podría ocuparse de eso.

—Te prometo que no volverá a ocurrir. No quiero asustarte más, no quiero verte llorar por mí. No merezco tus lágrimas — dijo Úrsula con determinación.

—Úrsula, no vuelvas a decir que no vales mis lágrimas — respondió Rebeca mirándola a los ojos con firmeza —. Estabas profundamente dormida y fui yo quien hizo un drama. Si lloro, es porque te quiero.

Para Úrsula, no hubo prueba de amor más grande que esa.

Ese día, después de dejar la casa de Rebeca, Úrsula vagó sin rumbo por el mundo, supuestamente decidida a dejar de hacer lo que había hecho durante toda su existencia. Sin embargo, decir algo es muy diferente a llevarlo a cabo. Lo que la muerte no esperaba era sentirse de alguna manera conectada con todas esas personas que estaban a punto de dejar el mundo terrenal. Nunca antes había escuchado los lamentos y sufrimientos de cada persona agonizante dentro de sus pensamientos, ni había sentido el peso de las personas en su conciencia de manera tan abrumadora.

Completamente desesperada por escuchar las lamentaciones y enfadada consigo misma por su debilidad, Úrsula se lanzó en busca de aquellas almas listas para dejar el mundo. Conforme su lista se fue reduciendo, las voces y el peso invisible que cargaba también disminuyeron.

—*Por más que lo intentes, nunca dejarás de ser lo que eres* — le dijo una voz.

— ¡Me han condenado a esto! — exclamó Úrsula.

—*No es una condena, es tu deber. Todos tenemos un don y el tuyo ha sido ese.*

—Yo no lo pedí.

—*Nadie lo pide. Solo se le otorga al adecuado.*

La muerte sintió el impulso de insultar como lo haría un humano, pero se dio cuenta de la futilidad de hacerlo. Sabía que su ira y tristeza por no poder ser más que un ser frío que guía almas al más allá seguirían dentro de ella.

A pesar de su estado de ánimo, Úrsula fue por Rebeca y Lucía para que conocieran su casa.

— ¿Están listas? — preguntó Úrsula a Rebeca cuando llegó por ellas.

— Estoy más que lista — respondió Rebeca, notando de inmediato el semblante de Úrsula —. ¿Estás bien? — le preguntó, acercándose para que su hermana menor no escuchara.

Úrsula rodeó a Rebeca con un fuerte abrazo y se mantuvo así durante unos minutos.

— ¿Vas a contarme qué te pasó? — volvió a preguntar Rebeca.

— Nada importante, es solo que a veces odio mi existencia.

Rebeca la miró a los ojos con cierta preocupación; nunca había visto a Úrsula tan deprimida.

— Si es por tu trabajo, deberías dejarlo — sugirió Rebeca.

— No puedo. Tengo un contrato firmado y deshacerme de él me traería más problemas que soluciones.

— Si no tienes ánimos de mostrarnos tu casa, podemos ir otro día — propuso Rebeca.

— Vamos, ya me siento mejor. Solo necesitaba verte — y le dedicó una sonrisa.

— ¿Segura?

— Muy segura.

Tomaron un taxi para ir a casa de Úrsula, quien estaba nerviosa por no saber si la casa que había rediseñado pensando en Rebeca les gustaría. El taxi se detuvo en la dirección que Úrsula les dio y tanto Rebeca como Lucía, antes de bajar, asomaron por la ventanilla para ver la casa de Úrsula.

— ¡Es enorme! — dijeron las dos hermanas al unísono.

La casa que Úrsula había buscado y rediseñado era de dos pisos, con balcones en la segunda planta. Se notaba que Úrsula no había escatimado en detalles; a diferencia de la casa de Rebeca, que era de una sola planta con cuatro habitaciones, una cocina y una sala comedor, la casa de Úrsula era más espaciosa y con más detalles arquitectónicos.

— ¿Creen que es demasiado grande? — les preguntó Úrsula mientras abría el portal que daba a la calle.

— Sí — volvieron a decir las hermanas al unísono.

Una vez dentro, Rebeca y Lucía no pudieron evitar llevar sus ojos a las flores que había en el jardín. Había flores de todo tipo, de diferentes tamaños y colores, creando casi un efecto arcoíris que a ambas hermanas les encantó.

— ¿Tú hiciste el jardín? — le preguntó Rebeca volteando a ver a Úrsula.

— Sí, ¿no te gusta?

— ¡Me encanta! ¿Por qué no me dijiste que te gusta la jardinería?

— No es que me guste especialmente, pero me relaja.

Después de admirar el jardín, Rebeca contuvo la respiración justo antes de cruzar el umbral de la puerta de la casa de Úrsula. Por fin, entraría al santuario de la mujer a quien amaba con una intensidad juvenil que nunca antes había experimentado, una mezcla de emociones intensas y desconocidas que le resultaban tanto nuevas como profundas.

Todo era exactamente como lo había imaginado, todo reflejaba el estilo y la imagen de Úrsula. Parecía estar dentro de una de las novelas que leía; incluso Úrsula misma parecía sacada de un libro. Por eso, todavía le resultaba difícil creer que fuera novia de alguien tan diferente a ella. No es que fueran completamente opuestas, pero había ciertas diferencias evidentes. Úrsula caminaba con elegancia y seguridad, nunca tropezaba y cada movimiento parecía meticulosamente ensayado. Siempre hablaba con precisión y tenía un vasto conocimiento histórico, como una enciclopedia viviente. En contraste, Rebeca a veces se sentía torpe y con menos conocimientos al lado de ella.

Maravillada, Rebeca observó detenidamente su entorno en silencio, al igual que su hermana Lucía, mientras Úrsula las seguía en silencio desde atrás, con sus ojos fijos en Rebeca. Nunca se cansaba de mirarla y estaba segura de que nunca lo haría. Rebeca y Lucía exploraron cada rincón de la casa, dejando el balcón que se encontraba en la planta superior para el final, al final de un pasillo que separaba las habitaciones de arriba.

— ¡Me encanta tu casa! — exclamó Lucía una vez que se apoyó en el barandal del balcón.

— Me alegra que te haya gustado. ¿Y a ti? — preguntó Úrsula, dirigiéndose a Rebeca.

— Me ha encantado tu casa — respondió con una sonrisa, contemplando la ciudad desde donde estaba, junto a Úrsula tomada de su mano fría —. ¿Sales a menudo aquí? — preguntó, y al mirar a Úrsula, se dio cuenta de que ella ya la estaba observando.

— Rara vez.

— Si no te conociera, diría que estás obsesionada conmigo.

— Es que no puedo dejar de mirarte, a veces me resulta increíble que te haya conocido.

— Yo no tengo nada de increíble — manifestó Rebeca, sonrojándose al percatarse de que Lucía les prestaba atención.

Una vez que dejaron el balcón, Úrsula les invitó a comer, aunque Rebeca no tenía mucha hambre. Lo que realmente deseaba era estar a solas con Úrsula, pero su madre le había impuesto llevar a Lucía como su chaperona y no había podido negarse; sabía que su padre era quien había dado esa orden y no había nada que hacer.

— Lamento no haber podido venir sola — expresó su sentir a Úrsula cuando volvieron a casa de Rebeca —. Me hubiera gustado estar a solas contigo.

— Estoy segura de que habrá otra oportunidad, pero más allá de eso, yo te amo por sobre todas las cosas. No importa si tengo que desafiar al creador, me casaré contigo.

Era la segunda vez que Rebeca escuchaba aquello, pero hasta el momento, Úrsula no le había dado nada significativo para respaldar esas palabras, y esa era una de las razones por las que Rebeca deseaba demostrarle su amor. Estaba convencida de que si se entregaba por completo a ella, Úrsula se convencería de que no era solo una niña consentida.

Úrsula se subió de nuevo al taxi y partió, dejando a Rebeca con la mirada fija en su recuerdo. Temió que esa increíble mujer no regresara, que desapareciera de su vida y que todo lo que habían compartido hasta ahora fuera solo un sueño fugaz.

Capítulo 9

Dos días más tarde, Úrsula estaba en casa de Rebeca y respiró aliviada al confirmar que no estaba soñando y que Rebeca no la veía como una niña. Sin embargo, algo curioso ocurrió antes de la cena. Úrsula anunció que quería hablar de algo importante. Todos quedaron expectantes ante las palabras de la normalmente callada joven, incluso tomó por sorpresa a Rebeca, que no tenía idea de lo que iba a decir.

—Aprecio mucho que me hayan abierto las puertas de su hogar, por dar espacio a una desconocida que un día llegó a la librería y se hizo amiga de su hija. Aunque ser su amiga fue solo una excusa, porque lo que realmente quería era ser algo más para ella — todos rieron al escuchar esta declaración —. Aunque les cause gracia, esa es la verdad y con esa misma verdad, hoy quiero pedirles la mano de Rebeca.

Lo que sucedió a continuación nadie lo esperaba. Augusto tuvo un ataque de tos, Carolina perdió la sonrisa, Lucía miró sorprendida a su hermana, Fernando lanzó una mirada amenazante a Úrsula y finalmente, Rebeca miró a Úrsula con sorpresa e ilusión. Ella menos que nadie se lo esperaba, pero el momento estaba ocurriendo.

—No sé qué opinas tú, pero yo no apruebo esto. Aún no has terminado la universidad — dijo Augusto una vez superado el shock inicial.

—Si es por eso, yo puedo seguir pagando sus estudios — respondió Úrsula.

—No creo que se vaya a concentrar en sus estudios después de casarse — replicó Augusto.

—¡No soy una niña! — se defendió Rebeca.

—Pero vives en mi casa y mientras vivas aquí, respetas.

—Pues si de eso se trata, me marchó hoy mismo con Úrsula.

La sala se quedó en silencio ante lo que Rebeca había dicho. Lo menos que Úrsula deseaba era crear un conflicto, pero al parecer el perder a una hija era difícil para un padre.

—Vamos a calmarnos — dijo Úrsula con su voz que siempre embrujaba a Rebeca y que ahora utilizaba para tranquilizar a los demás —. No quiero crear discusiones ni peleas. Tampoco quiero forzar a nadie a elegir. Rebeca seguirá siendo su hija y ustedes sus padres y hermanos. Estoy segura de que ella no dejará de quererlos, pero así como ustedes formaron una familia, Rebeca también tiene derecho a formar la suya.

—Aún es muy joven — insistió Augusto obstinadamente.

—Si les preocupa que Rebeca no estudie o trabaje, les aseguro que no tienen por qué temer. Ella puede seguir estudiando todo lo que quiera, y yo no me opondré a sus deseos. Creo que cada persona, ya sea individualmente o en pareja, debe realizarse plenamente — afirmó Úrsula con firmeza.

—Me alegra ver que Úrsula es una persona reflexiva y que quiere lo mejor para mi hermana — intervino Fernando.

—No quiero separar a Rebeca de ustedes, ni mucho menos hacerla elegir entre ustedes y yo — continuó Úrsula —. Lo único que deseo es casarme con ella.

— ¿Por qué deseas casarte con ella? — preguntó Augusto aún reticente, incapaz de dar su brazo a torcer.

— Porque la amo y ella me ama. Deseo compartir mi existencia con ella.

La sala se llenó nuevamente de un denso silencio, que a Rebeca le hizo hervir la sangre,

al tiempo que se sentía triste al ver a su padre nuevamente reticente en torno a Úrsula. Para Rebeca le fue imposible contener las lágrimas, que silenciosamente empezaron a deslizarse por sus mejillas, al tiempo que sus manos se cerraban en un puño de impotencia.

— Úrsula no quiere hacerme elegir, pero veo que tú sí es lo que quieres — expresó Rebeca con un nudo en la garganta.

Augusto bajó la cabeza. Él siempre iba a querer la felicidad de sus hijos, pero con Rebeca, debido a su enfermedad, se había sentido más protector con ella y ahora Úrsula había llegado para llevársela de su lado.

— Siempre he querido lo mejor para ustedes, su felicidad. Pero si sientes que tu felicidad está al lado de Úrsula, pues tienes mi bendición.

— Gracias, papá — dijo Rebeca corriendo a abrazarlo.

Una vez que las aguas se calmaron, Úrsula extrajo por fin el anillo de compromiso y todos los presentes se quedaron asombrados al ver la elegancia y el lujo del anillo.

El anillo tenía en el centro un diamante redondo de corte perfecto, brillando intensamente y capturando la luz desde cada ángulo, reflejando un arcoíris de colores. El diamante central estaba enmarcado por una delicada banda de platino, adornada con pequeños diamantes incrustados que añadían un brillo adicional.

Rebeca casi se quedó sin habla al ver el anillo de compromiso tan hermoso y costoso que pronto llevaría en su dedo anular. Al mismo tiempo, sentía emoción por unir su vida a la de Úrsula, incluso si no hubiera boda ni anillo de compromiso.

—Úrsula, es precioso, pero debe ser muy caro — dijo cuando estuvieron a solas —. ¿No crees que deberías haber ahorrado ese dinero para otras cosas más importantes en el futuro?

—No te preocupes por eso ni por los gastos de la boda. Puedo permitirme esos gastos —respondió Úrsula.

—Imagino que sí, trabajas muy duro — dijo con tristeza —. Pero no me importa renunciar a los lujos si puedo tenerte más tiempo conmigo.

—Me gustaría tanto poder hacerlo, pero no puedo —respondió Úrsula.

— ¿Siempre será así? — preguntó, mirándola a los ojos.

—Tal vez — respondió —. Pero te prometo que el tiempo que esté contigo seré toda tuya. Solo soy de ti, Rebeca.



La boda se llevaría a cabo en un mes, y tanto Rebeca como Úrsula deseaban que ocurriera lo más pronto posible, sin alargarla por dos o tres meses. Al día siguiente, Carolina, Augusto y Rebeca empezaron a hacer la lista de invitados, pensando a quién invitar y a quién no, mientras Úrsula no tenía que preocuparse por eso.

Después de finalizar la lista de invitados, Rebeca, su madre y Lucía se dedicaron a buscar el vestido de novia. Este sería el único gasto del que se encargarían ellas, ya que Úrsula se ofreció a pagar por todos los demás aspectos de la celebración.

Cuando Rebeca se probó el vestido que le gustó, experimentó una mezcla de felicidad y nerviosismo al pensar en cómo sería compartir realmente la vida con alguien. Sin embargo, al levantar la vista y mirarse en el espejo con el vestido de novia, no pudo evitar sonreír llenándose de emoción, recordando el momento en que vio a Úrsula por primera vez y la impresión que le causó al ver que se parecía a la protagonista de su novela favorita.

El vestido era de una suave y ligera tela de encaje, con corte sirena que le resaltaba la

figura, el escote en forma de corazón le añadía un toque romántico, mientras que la espalda lucía un diseño abierto, marcando un equilibrio perfecto entre lo sexy y elegante. La falda se ensanchaba suavemente a partir de las rodillas, adornada con capas de tul que añadían volumen y movimiento.

— ¡Te ves muy bonita! — manifestó Lucía acercándose a su hermana mayor para verla mejor en todos los ángulos.

— ¿Sí?

—Te lo juro — dijo Lucía levantando su mano derecha.

— ¿Tú qué opinas, mamá? — preguntó Rebeca, al dirigir su atención hacia ella, descubrió que estaba con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo creer que vayas a casarte — sollozó —. Siempre creí que sería Fernando el que lo hiciera primero. Pero no es para que me ponga y te ponga triste — dijo secándose las lágrimas y acercándose a Rebeca —. Te ves hermosa.

— ¿Te gusta cómo me veo? ¿Crees que le gustaré a Úrsula cuando me vea?

—Estoy segura de que le gustará.

La muerte sentía una fuerte tentación de estar allí, de seguirlas, pero debido a estar enamorada, sus deberes cada vez se atrasaban más y su conciencia se llenaba de las lamentaciones de aquellos que debía llevar al más allá, lo que le costaba concentración y energía para conseguir un cuerpo. Hubo días en los que no se presentó a ver a Rebeca. Sin embargo, en determinado momento, tuvo que hacer acto de presencia para elegir el menú de la boda, así como el pastel y las bebidas.

—Vamos a casarnos, pero siento que no nos estamos viendo mucho últimamente — dijo Rebeca abrazando a Úrsula cuando llegó para ultimar detalles de la boda.

Tan solo quedaba una semana y media para el gran día y a Rebeca le estaba costando dormir por los nervios.

—Lo sé, pero quiero dejar todo en orden para ese día.

—Comprendo, estando fuera algunos días no querrás que el trabajo se junte.

—Solo será un día, Rebeca. El de nuestra boda.

El rostro de Rebeca se mostró confundido por un segundo, pero luego cayó en la cuenta y aquello era un tema que no habían tocado, hasta ese momento en el que por fin terminaban de caer los puntos sobre las íes.

— ¿Eso significa que no habrá luna de miel? — la pregunta de Rebeca dejó ver su decepción y Úrsula sintió que algo se le desgarraba por dentro.

—No puedo.

— ¡Entonces! ¿Cuándo vas a poder? ¡Nunca tienes días libres! ¡Pareces una esclava!

Por primera vez, Rebeca se había enojado con ella.

—Creo que amas más tu trabajo que a mí. Siempre le das prioridad a eso sobre mí. Nunca te he pedido nada. Me pides matrimonio y cuando finalmente pienso que has decidido tomarte un respiro de tu trabajo, me dices que solo tienes un día. ¿Solo piensas dedicarme un día? ¿Valgo menos que tu trabajo? No quiero lujos ni joyas. Lo que quiero es muy simple y barato: solo quiero tu compañía.

Úrsula se quedó callada. No se había dado cuenta de lo egoísta que estaba siendo con Rebeca, al condenarla a la misma soledad que ella misma experimentaba. No quería dejarla, estaba tan aferrada a ella que estaba segura de que, si Rebeca dejara de respirar, ella dejaría de existir en ese mismo instante.

Era la primera vez que Rebeca estaba molesta y disgustada con Úrsula. Incluso se sintió

extraña al reclamarle eso, pero era algo que deseaba expresar desde hacía tiempo y en ese momento no pudo evitarlo.

—Yo... — por primera vez Úrsula no sabía qué decirle a la mujer que amaba —. Buscaré la manera de tener al menos tres días libres.

— ¿Tres? ¿Solo tres?

—Me gustaría tener más tiempo, pero no puedo.

—Tres días no sirven para nada. Pensé que íbamos a viajar a algún lugar. Dijiste que íbamos a viajar, ¿ya se te olvidó?

—Pensé que realmente solo querías pasar tiempo conmigo, Rebeca. En estas fechas es muy difícil conseguir vacaciones. He tratado de hacer todo lo que está a mi alcance para complacerte, pero si no estás segura y yo no soy la persona que puede darte todo, quizás sea mejor detener todo.

Rebeca no dijo nada, bajó la cabeza y Úrsula posó sus ojos en la que podría ser o no ser su esposa, pero ella simplemente le había dicho la verdad, ella nunca tendría días libres, siempre sería esclava de llevar vidas.

—No pienso dejarte por algo tan nimio como eso — murmuró Rebeca —. Es solo que...

—Entiendo. Es cierto que te prometí viajar juntas y lo haremos. Pero no ahora. Y si te propuse casarnos fue porque querías estar a solas conmigo.

De repente, Rebeca levantó la cabeza y miró a Úrsula, quien casi se echa a reír a carcajadas, pero se contuvo al ver la seriedad en el rostro de Rebeca.

— ¿Solo vamos a casarnos para tener sexo? — preguntó Rebeca entre divertida y tratando de entender a Úrsula.

—No, no es solo por eso. Yo te amo y no voy a estar contigo hasta que estemos casadas.

— ¿Por qué? ¿Crees que recibiremos algún castigo por tener sexo antes del matrimonio? Tú me has dicho que ni siquiera perteneces a una religión y, además, la iglesia no acepta los matrimonios homosexuales.

—No es por ninguna de esas razones — dijo mirándola a los ojos.

— ¿Entonces?

—Lo hago porque te amo y deseo que seas mía, solo mía. Porque sé que después de que te tenga, de que te toque, de que te vea como nunca te he visto, voy a desear tenerte cada noche de la misma manera.

Rebeca no pudo evitar ruborizarse al escuchar aquellas palabras y se alegró de que estuvieran en la librería en la que no había ningún cliente que pudiera escucharlas, mucho menos alguno de sus hermanos. Una de las cosas que a Rebeca le gustaba de Úrsula era que decía las cosas de un modo tan natural, que ni siquiera parecía que lo que decía fuera algo tan comprometedor.

—Perdóname — dijo Rebeca.

— ¿Por qué? Soy yo la que debe pedirte disculpas por no haberte dicho antes que no tendríamos luna de miel.

—Me vi un poco egoísta y la verdad, estoy nerviosa.

— ¿Tienes miedo de casarte? ¿Me temes?

—Nerviosa sí, pero no tengo miedo de ti. Es una mezcla de emoción y nervios de que llegue ese día y verte con tu vestido de novia. Creo que siempre te he idealizado demasiado, encasillándote como la mujer perfecta y no lo eres; a veces se me olvida que eres mortal.

—No soy perfecta, aunque quisiera serlo y estar hecha a tu medida — manifestó con sinceridad, sintiendo que se hundía cada vez más en su mentira y que ahora se sentía miserable

en lugar de feliz.

Rebeca notó el sombrío semblante que Úrsula mostró a continuación y se sintió igual de triste y devastada que ella. Se quedaron calladas por un largo momento. La muerte se dio cuenta de que su apatía había contagiado a Rebeca y, sintiéndose culpable, llevó su mano a la de Rebeca y le dio un suave apretón, captando así su atención.

— ¿Crees que nos estamos precipitando? — quiso saber Úrsula.

—Creo que estamos nerviosas. Siento que tú lo estás más por no tener ningún familiar o amigo en este día tan especial para nosotras.

—Pero te tendré a ti a partir de ese día y ya no estaré sola.

—No te preocupes por pedir más días libres, me conformo con el que tendrás el día de nuestra boda.

—Los pediré, tienes razón. No es justo lo que quiero hacer contigo.

Capítulo 10

No había podido dormir mucho la noche anterior. Estaba tan ansiosa y nerviosa al mismo tiempo que feliz por unir su vida con Úrsula, quien le envió varios mensajes esa noche, hasta que finalmente el sueño la venció y se quedó dormida.

Mientras tanto, Úrsula vagaba por todo el mundo llevando vidas. A diferencia de Rebeca, no se preocupó por buscar un vestido de novia ni por quién la iba a arreglar y peinar. Para la muerte, esos eran simples detalles que para los vivos eran de suma importancia en un evento irreplicable para ellos como mortales. La muerte hizo su trabajo hasta el último minuto.

Cuando llegó la hora, se presentó en el salón de eventos que habían alquilado para celebrar su boda, perfectamente vestida de novia con un vestido blanco, un ramo de flores entre sus manos y discretamente maquillada, al igual que con un sencillo peinado. Lo que Úrsula no esperaba era encontrarse con Fernando, su cuñado, quien al verla le dedicó una sonrisa. Él iba elegantemente vestido con un traje de color beige claro. Fue en ese momento cuando Úrsula notó un ligero parecido con su hermana.

— ¿Ha pasado algo? — preguntó Úrsula cuando su cuñado se acercó a ella y la saludó con un beso en la mejilla.

— ¡Wow! Es increíble que estés a punto de casarte con mi hermana y sigas igual de fresca que siempre.

— ¿Todo está bien? — volvió a preguntarle.

La Muerte estaba un tanto molesta por no seguir a Rebeca ella misma todo el tiempo, pero sabía que pasase lo que pasase, ella no podría intervenir en lo que sea que el destino le tuviese preparado, y eso era algo que odiaba al ser quien era.

— Todo está bien — le informó Fernando.

— Entonces, ¿qué haces aquí?

— Vine porque no querían que esperaras sola.

— Muchas gracias.

— ¿De verdad no tienes a nadie? — quiso saber Fernando.

— No, pero ahora tendré a tu hermana y a ustedes como familia.

Fernando le dedicó una sonrisa y después de algunos minutos, los invitados empezaron a llegar. Úrsula agradeció que Fernando hubiera estado allí para interactuar con ellos y acomodarlos en las mesas repartidas para aproximadamente doscientos invitados.

Media hora más tarde, cuando Úrsula comenzaba a sentir mariposas en su falso estómago, Rebeca llegó acompañada de sus padres y Lucía. Los ojos de Úrsula no pudieron apartarse de la hermosa mujer que entraba con su bonito vestido de novia. Como si fuera un ciego, caminó hacia Rebeca sin apartar la mirada de ella. Horas antes se había estado preguntando si lo que estaba haciendo estaba bien. Por un momento estuvo tentada de retirarse, de alejarse, pero ahora que la veía de nuevo, sentía que aquel vacío, miedo y ansiedad que había estado sintiendo desaparecieron en cuanto la vio aparecer, como el ángel más hermoso que hubiera podido ver.

Por otro lado, Rebeca, al ver a Úrsula, se quedó sin aliento. Hizo el intento de saludar a alguien que le habló, pero solo le sonrió y continuó caminando hacia el encuentro con Úrsula, quien parecía sacada nuevamente de la protagonista de su libro favorito. Incluso llevaba el vestido que estaba descrito en la historia.

El vestido que Úrsula llevaba era de tela de seda satinada, con una silueta en corte A. El escote en V profundo estaba acentuado con un delicado ribete de encaje. Los tirantes finos y ajustables se entrelazaban en la espalda, que quedaba parcialmente descubierta. En la cintura llevaba un delicado cinturón de cristal. La falda, confeccionada con capas de gasa, causaba un efecto de ensueño al caminar, lo que hacía que Rebeca se sintiera como viviendo un sueño.

— Te ves preciosa — dijo Úrsula.

— Te ves hermosa — respondió Rebeca.

Ambas se elogiaron al verse, mientras una sonrisa se extendía por todo su rostro, irradiando la más pura felicidad y borrando inmediatamente las dudas y temores que hasta hacía apenas unas horas habían carcomido sus mentes.

Inesperadamente, los aplausos las sacaron de su mundo y, sin más opción, se tomaron de las manos y sonrieron a sus invitados. El DJ contratado para amenizar la ocasión puso música, dando inicio a la celebración.

Media hora más tarde, el juez llegó para unir las por lo civil. Las manos de Rebeca sudaban mientras que las de Úrsula seguían frías como siempre. Sin embargo, ella no temía lo que iba a hacer ni lo que pudieran decirle “los de arriba”; hacía mucho que había dejado de prestarles atención. Se dio cuenta de que mientras cumpliera con su deber, ellos no la molestarían, por eso intentaba no retrasarse demasiado. Sin embargo, ese día, no podría cumplir con su obligación de ser la muerte, sino que solo sería la esposa de Rebeca.

El juez las declaró esposas y ambas estamparon sus firmas en las hojas que las unían según la ley de los hombres, reconociéndolas como cónyuges. Úrsula notó cómo las manos de Rebeca temblaban y las tomó entre las suyas.

— ¿Te encuentras bien? — le preguntó, angustiada al escuchar que tal vez había cometido el peor error de su vida.

— Sí, es solo que aún no me lo puedo creer — respondió Rebeca, y la abrazó. — Creí que nunca encontraría a alguien como tú, alguien que compartiera los mismos sentimientos que yo y el deseo de compartir mi vida y todo lo demás con otra persona.

Como era de esperarse, Úrsula y Rebeca se tomaron fotos con casi la mayoría de los invitados. Comieron, y a la muerte se le complicó eso de ir sola al baño a devolver lo que había comido, pues Rebeca no se apartaba de ella y ella tampoco estaba por la labor. Sin embargo, debido a la situación, necesitaba ir sola para no preocupar a su esposa. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que de ahora en adelante tendría que fingir comer, ir al baño y bañarse todos los días, tendría que hacer cosas que Rebeca comúnmente hacía y ella no. No había pensado en ello antes, pero estaba segura de que valdría la pena.

A pesar de nunca haber bailado en toda su existencia, Úrsula danzó por toda la pista guiando a Rebeca en un perfecto baile que cautivó a todos los presentes, incluida Rebeca, quien también estaba impresionada de que su ahora esposa bailara tan bien.

La fiesta terminó a la hora que la muerte había previsto, alrededor de las nueve de la noche. Ya estaban de camino a su casa, y Rebeca ahora se dirigía con ella y no con sus padres. El día anterior, Rebeca había llevado sus cosas y Úrsula le había ayudado a hacer maletas y llevar sus libros. Un detalle especial que la muerte tuvo para la casa fue crear una sala, o más bien una especie de biblioteca, para los libros de Rebeca. Ella no pudo evitar emocionarse cuando Úrsula le mostró esa parte de la casa que en su visita previa no había visto.

— Este es mi regalo de bodas para ti — dijo Úrsula la tarde anterior, abriendo la puerta de lo que se convertiría en el lugar favorito de la casa para Rebeca.

Cuando Rebeca vio las estanterías de madera, algunas vacías y otras con libros, dio un

gritito de emoción y abrazó efusivamente a Úrsula, quien sonrió contagiada por la alegría de Rebeca.

— ¿Has leído todos esos libros? — preguntó Rebeca.

— No.

— ¿Entonces?

— Acércate y verás.

Rebeca se acercó de inmediato y comenzó a leer los títulos de los libros. Conforme avanzaba, su boca se iba abriendo cada vez más por el asombro. Todos los títulos eran los que estaban en su lista de libros que deseaba leer y ahora se encontraban allí, delante de ella, a la espera de ser leídos. Miró a Úrsula, quien la observaba con una sonrisa en los labios, y Rebeca no hacía más que salivar por la emoción.

— Debiste gastarte una fortuna — manifestó Rebeca.

— Algunos libros son de segunda mano, así que no gasté demasiado.

— Muchas gracias.

Después de despedirse de sus padres, Rebeca finalmente se encontraba a solas en la casa de Úrsula, o mejor dicho, en lo que ahora sería su hogar en adelante. Una vez que Úrsula cerró la puerta, se encontró con la mirada de Rebeca, que reflejaba felicidad pero también una mezcla de tristeza.

— ¿Todo bien? — quiso saber Úrsula.

— Sí, es solo que me resulta un poco extraño no volver con ellos — confesó Rebeca.

Úrsula se acercó a ella, colocó sus manos sobre los hombros de Rebeca y le dio un beso en la frente. Rebeca dejó escapar un suspiro y se calmó; por un momento había estado a punto de echarse a llorar, pero se recordó que no era algo para ponerse así. Era un día alegre, una noche especial para ella y para la mujer que en ese momento le demostraba su afecto y su cariño.

— ¿Se te ofrece algo? — preguntó Úrsula — He surtido la despensa, compré de todo porque no sabía exactamente qué es lo realmente necesario en una casa.

— Ahora mismo no me apetece asomarme a la alacena o al refrigerador, lo único que se me antoja es un vaso de agua fría, desmaquillarme y darme un baño contigo.

La muerte sintió un escalofrío al escuchar eso. Nunca se había mojado ni tocado el agua con ese cuerpo falso que tenía, pero esperaba que no se deshiciera. Primero fueron a la cocina por el vaso de agua, luego Úrsula apagó las luces mientras Rebeca la esperaba al pie de las escaleras. Una vez Úrsula llegó a su lado, Rebeca extendió su mano hacia ella y Úrsula la tomó, siendo conducida hacia su propia y falsa habitación.

Por fin solas en la habitación de Úrsula, Rebeca nunca antes había deseado tanto sexualmente a alguien como a la mujer que tenía delante, quizás porque nunca antes se había enamorado como ahora de Úrsula.

Úrsula no pudo evitar temblar bajo la intensa mirada de la mujer que amaba, pero antes tenían que desmaquillarse. Tomó la mano de Rebeca y la llevó al baño, donde de un pequeño armario sacó algodón y líquido desmaquillante. Aplicó un poco sobre el algodón y comenzó a limpiarle la cara a Rebeca, quien no dijo nada, solo se limitó a esperar y cerrar los ojos cuando fue necesario. Cuando Úrsula terminó con ella, se quitó los zapatos y quedó más baja, lo que hizo sonreír a ambas. Úrsula también se quitó los zapatos y se sentó en el borde del inodoro para que Rebeca pudiera devolverle el favor.

— ¡Listo! — exclamó Rebeca al terminar, tirando el algodón a la basura y colocando el líquido desmaquillante en su lugar —. ¿Me ayudarías con el vestido...? — comenzó a preguntar, señalando el vestido antes de terminar la frase.

— Claro — respondió Úrsula, poniéndose de pie.

Rebeca le dio la espalda y Úrsula le bajó el cierre, la sensación que sentía y la emoción que la invadía fueron alucinantes, que no pudo evitar llevar sus manos a la piel descubierta de la espalda de Rebeca y acariciarla, provocando en Rebeca un estremecimiento de los pies a la cabeza. Sus manos siguieron viajando poco a poco hasta hacer que el vestido cayera a los pies de Rebeca, que quedó en una bonita y sexi braga de encaje en color blanco, causando en Úrsula un impacto demasiado fuerte a su nunca existente deseo sexual, el cual despertó de golpe y de manera salvaje, haciéndola salivar como si ella de verdad, pudiera saborear y disfrutar de la comida como cualquier ser humano.

Rebeca podía sentir la cálida e intensa mirada que su Úrsula le estaba prodigando, a pesar del deseo que sintiera por ella en muchas ocasiones, en ese momento sentía un poco de vergüenza, pero deseaba que su esposa la mirara, que la reconociera, que viera lo que había debajo de ese vestido y si también le gustaba.

Se dio la vuelta y quedó de frente a Úrsula, que le sostuvo la mirada unos momentos para después tentativamente bajarla hacia los pechos de Rebeca, en el cual solo llevaba un cubre pezón, debido a que el vestido no le permitió usar un sostén y aquello, le había servido para que no se notaran sus pezones sobre el vestido.

—Eres hermosa — dijo Úrsula.

—Date la vuelta, ya viste mucho — manifestó Rebeca no sin poder evitar sonrojarse.

Úrsula obedeció y le dio la espalda a Rebeca, estaba tan feliz de que aquellas manos cálidas estuvieran desnudándola. Sin embargo, Rebeca se llevó la sorpresa de su vida, al ver que en cuanto cayó el vestido al suelo, Úrsula no llevaba ningún tipo de ropa interior debajo de ella.

— ¡No llevas nada debajo! — no pudo evitar exclamar Rebeca, al tiempo que admiraba la perfecta anatomía de Úrsula.

Toda su piel era blanca, parecía de alabastro suave y blanca. Rebeca ya había dejado que sus manos vagaran por la piel fría de Úrsula, que solo permaneció inmóvil sintiendo como Rebeca la acariciaba. Poco después se dio la vuelta y dejó ver sus pequeños pechos, a diferencia de Rebeca, Úrsula no tenía pena de estar desnuda.

Rebeca cerró los ojos y se limitó a continuar a acariciando a Úrsula, pero solo se centraba en su abdomen, en donde podía sentir su suave y escasa redondez de su estómago, a la vez que un ligero temblor la recorrió cuando la tocó. Abrió los ojos y se topó con los de Úrsula, que la miraban con tal intensidad, que sintió que le robaba su desbocado corazón. El pudor que antes había sentido, se esfumó y sin temor alguno, acercó su rostro al de Úrsula y la besó en los labios apasionadamente.

Tal vez todo lo que rodeaba a Úrsula podía ser falso, incluso su cuerpo, pero lo que estaba sintiendo en ese momento, era tan real y tan de una persona viva, que se entregó por completo a la pasión de lo que el beso de Rebeca le provocó. Úrsula envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Rebeca y la apretó contra su cuerpo desnudo, deseaba sentirla hasta en el último rincón de su piel. La muerte fue muy consciente de que su existencia nunca más volvería a ser la misma, no es que antes no hubiera cambiado al conocerla, pero ahora, su relación había cambiado, convirtiéndose en algo mucho más íntimo y personal.

—Te amo — susurró Úrsula a Rebeca cuando rompió el beso en busca de aire y aprovechaba para quitarse los cubre pezón.

—Yo también y no sé por qué soy siempre la que termina sin aliento — sonrió.

Sin más distracciones, entraron a la ducha, para ese momento Úrsula se había olvidado de su miedo al agua, al final se dio cuenta de que el agua y el jabón no la desintegraron ante los ojos

de Rebeca. Aquello fue tan solo el comienzo de lo que se avecinaba aquella noche, fue tan solo el reconocimiento de sus cuerpos ante la otra.

Se encontraban en la cama después de salir del baño y ni siquiera habían sido conscientes de cómo fue que lograron salir sin caerse y llegar sanas y salvas a la cama. Lo único que sabían es que se estaban comiendo la boca, fundiéndose en un apasionado beso en el cual sus cuerpos desnudos intentaban hacerlo al igual que sus bocas.

Sus cuerpos vibraron de pasión y amor, aquella era su primera vez y el tiempo dejó de existir para ellas en ese momento. La muerte se sintió tan terrenal que no creyó ser inmortal, el cuerpo que se había creado sentía tanto placer, que creyó por un momento se desintegraría, pero resistió los embates y jadeó cuando su cuerpo terminó de estremecerse.

Rebeca se dejó caer junto a Úrsula, quien pudo escuchar el corazón de Rebeca latir rápidamente, no sabía si en verdad ella jadeaba por imitar a Rebeca o era porque en verdad así había terminado. Era raro, pero estaba empezando a imitar algunas cosas que hacía Rebeca y la mayoría de las personas.

Úrsula no se había dado cuenta de que su cuerpo normalmente frío, se había comenzado a sentir un poco cálido. También fue consciente del cuerpo sudoroso de Rebeca junto al suyo y que su aroma, se había hecho mucho más fuerte y agradable a sus sentidos. Aun llevada por la pasión que sentía, llevó su oído al pecho de Rebeca para escuchar mejor esa música de vida que era el latido de su corazón. Después, deslizó su mano derecha por el seno izquierdo de Rebeca y lo acarició lentamente pensando en que podría permanecer así toda su existencia, Rebeca dejó escapar un suspiro lleno de satisfacción, al tiempo que se le erizaba de nuevo toda la piel, estremeciéndose ante la caricia de Úrsula, que continuó amándola hasta que Rebeca dijo basta sin aliento.

Rebeca cerró los ojos, maravillada por la nueva experiencia que había vivido ese día y por supuesto esa noche, sin duda una fecha inolvidable para ella. Úrsula la había amado de la manera más dulce, tierna, pasional y en algún punto casi salvaje y todas las formas en que expresó su amor, le fascinó y le encantó a Rebeca.

—Estoy tan cansada — murmuró Rebeca abrazándose a Úrsula —. Pero estoy muy feliz.

—Yo también.

Rebeca se durmió más pronto de lo esperado y aunque Úrsula hubiera querido seguir disfrutando de su cálido cuerpo desnudo junto al suyo, su deber la obligó a apartarse de ella y abandonar la habitación. Aunque la realidad es que Úrsula se encontraba en otra dimensión, sus pensamientos simplemente volvían una y otra vez a el momento en que ella y Rebeca se desnudaban, entraban a la ducha y luego se amaban y recorrían sus cuerpos una y otra vez, hasta que Rebeca terminó exhausta.

El mundo a la muerte, ya no le parecía solo una cosa vacía, ahora todo parecía tener sentido y una razón.

Capítulo 11

Cerró los ojos y en su mente pudo ver de nuevo a la perfección la desnudez de Úrsula, su cuerpo delgado y esbelto, sin nada que le sobrara o faltara, quería verla de nuevo y hacerle el amor otra vez. Quería hacer tantas cosas con ella.

Sin embargo, Úrsula se había ido a trabajar esa mañana y fue Rebeca quien se despertó tarde, despertada por su esposa con besos en toda la cara y el desayuno servido en la mesita de noche. Aunque Úrsula no logró conseguir los tres días libres para su luna de miel, prometió a Rebeca que podrían planear un viaje en aproximadamente un mes. A pesar de sentirse inicialmente molesta por no tener a Úrsula para ella sola durante unos días, Rebeca la perdonó por su constante esfuerzo y paciencia.

Rebeca se levantó casi al mediodía, sintiendo un dolor en su cuerpo como nunca antes, pero estaba agradecida de que fuera domingo y no tuviera que ir a la universidad. Estaba a solo unos meses de terminar la carrera de periodismo y estaba emocionada por comenzar su carrera profesional y escribir artículos. Hacía algunos meses que estaba haciendo prácticas en una revista, disfrutando especialmente de la redacción y la edición, aunque a veces también hacía trabajos de investigación, lo cual no le desagradaba del todo. Rebeca deseaba quedarse a trabajar en la revista, donde encontraba el ambiente agradable y los horarios flexibles. Además, esperaba tener las tardes libres como Úrsula para pasar más tiempo juntas.

Tras recordar su noche juntas, Rebeca se dio una ducha, se vistió y bajó con los platos sucios en los que Úrsula le había llevado el desayuno; era evidente que Úrsula también era tan romántica como ella. Con una sonrisa en el rostro, llegó a la cocina y lavó lo utilizado. Una vez que terminó, miró a su alrededor buscando algo más para hacer, pero la cocina estaba impecable, al igual que todo lo demás. Suspiró, sabiendo que el día sería largo, pero volvió a sonreír al recordar que tenía toda una biblioteca por descubrir, así que sin perder más tiempo se dirigió hacia allí para leer un rato.

Rebeca y Úrsula se comunicaron ese segundo día como esposas a través de mensajes. Ambas ansiaban verse pronto, pero el día parecía interminable y la espera, tortuosa. Cuando el reloj marcó las cinco treinta de la tarde, Úrsula entró por la puerta de la casa y lo primero que recibió fue un abrazo de Rebeca, al cual Úrsula correspondió.

—Te extrañé — dijo Rebeca.

—Yo también. ¿Has comido? — preguntó Úrsula.

—Sí, he preparado el almuerzo. ¿Quieres comer? — respondió Rebeca.

—Claro.

Úrsula nunca tenía apetito, pero sintió que sería descortés rechazar el almuerzo que Rebeca había preparado para ambas. Se dieron un beso y fueron a la cocina, donde Rebeca calentó la comida mientras Úrsula colocaba la mesa. Sin embargo, después de comer, Úrsula se disculpó para ir al baño, consciente de que pronto su estómago reaccionaría a la comida.

Como era de esperarse, a pesar de la emoción de vivir juntas, de la novedad de compartir cama y espacio, además de intimidad, había todavía cierta timidez en ellas, miedo de hacer las cosas mal delante de la otra y caminaban de puntillas. No obstante, apenas caía la noche, subieron a su habitación, se desnudaron entre risas y entraron a la ducha, para terminar nuevamente como la noche anterior, desnudas sobre la cama y haciendo el amor una y otra vez.

Y así transcurrió toda la semana, parecía que nunca terminaban de descubrirse y el deseo

entre sus cuerpos no disminuía en lo más mínimo. Lo que más sorprendía a Rebeca era la incansable energía de Úrsula; a pesar de trabajar casi todo el día, su vitalidad y entusiasmo por las noches la dejaban impresionada y, aunque exhausta, se sentía feliz.

En la segunda semana, mientras Rebeca comenzaba a sentirse más cómoda en la amplia casa para dos personas, notó algo peculiar sobre Úrsula. No tenía ningún espejo y además, se percató de que su esposa, con esos ojos singulares, no desayunaba y cada vez que comía, necesitaba ir al baño poco después. No le parecía extraño que algunas personas tuvieran esos hábitos, pero encontró curioso que Úrsula siempre estuviera perfectamente arreglada sin tener un espejo disponible, mientras que ella misma se conformaba con el pequeño espejo de su polvera.

—Úrsula, ¿no tienes un espejo verdad? — preguntó Rebeca, observándola mientras miraban televisión.

La pregunta se la hizo antes de que se le olvidara, normalmente a los pocos minutos de que se sentaran a mirar la televisión, Úrsula se aburría de mirar la pantalla e iniciaba una tormentosa lluvia de besos por el cuello y nuca de Rebeca, que al final no podía evitar sucumbir al deseo que la embargaba cuando Úrsula le mordía el lóbulo de la oreja o le soplabla en ellas, causándole un agradable cosquilleo en todo el cuerpo y en sus entrañas le causaba una fuerte punzada.

—No, no tengo.

—¿Por qué no tienes?

—Se rompió el que había y no he tenido la oportunidad de comprar uno.

Rebeca la observó y descubrió que le estaba mintiendo; no siempre lo hacía, pero había aprendido a saber cuándo no le estaba diciendo la verdad.

—No te creo —dijo, y Úrsula la miró con aquellos ojos que ahora se veían oscuros y no azules como el mar en medio de la tormenta.

Úrsula le sostuvo la mirada y Rebeca aguardó a la espera de la verdad, pero Úrsula continuó en silencio y Rebeca intuyó que su esposa necesitaba un empujón para hablar de ello. Quizás Úrsula era de esas personas que les tenía miedo a los espejos.

—¿Le tienes miedo a los espejos? —preguntó, y Úrsula la miró con asombro de que hubiera intuido lo que le pasaba. Probablemente tener miedo a los espejos fuera algo normal en el mundo de Rebeca y Úrsula decidió seguir la corriente.

—Temo mirarme en uno —admitió.

—¿Qué piensas que va a ocurrir si te miras en uno?

—No sé. Tengo miedo de ver algo horrible en el reflejo.

—¿Crees que eres un monstruo?

—Si yo fuese un monstruo, ¿me amarías? — preguntó de repente. —Si fuese algo que la gente desprecia por lo que hace, aunque sea algo tan natural como el nacer y a mí me tocara la tarea de arrebatar vidas, si yo fuera la muerte, ¿me amarías? — su pregunta fue muy seria, pero tuvo el efecto contrario en Rebeca, quien empezó a reír.

—No creo en los monstruos y sé que no existen. Pero si fueras uno, creo que no cambiaría lo que siento por ti, porque tú no eres para nada un monstruo, o al menos no lo has sido para mí en ningún momento. Y si lo fueras, serías el más hermoso — y la besó en los labios —. Eres demasiado dulce, Úrsula, para ser un monstruo.

Y como un ciego, Úrsula creyó en sus palabras. Le creyó porque alguien que cuidaba al más diminuto ser que se movía por la tierra, seguramente a ella también la amaría, si en algún momento descubriera quién era realmente ella.

— ¿Quieres un espejo? — preguntó Úrsula.

—Lo necesito para mirarme, estos días me he tenido que arreglar con uno demasiado pequeño. No sé cómo te las arreglas sin verte en uno.

—Realmente no lo necesito. Sé exactamente cómo quiero verme sin necesidad de uno — expresó Úrsula, viendo el rostro desanimado de Rebeca al escucharla decir aquello —. Pero compraremos uno mañana por la tarde cuando salga de trabajar.

—Gracias — dijo Rebeca con una sonrisa, abrazándola. En esta ocasión, fue ella quien inició el juego de la seducción.

Como se lo prometió la noche anterior, Úrsula pasó a recoger a Rebeca para ir al centro comercial a comprar su espejo, pero antes aprovecharon para ir a comer pizza. Una vez en la tienda, Úrsula evitaba a toda costa mirarse en la variedad de espejos que había, mientras Rebeca jugaba como una niña de tres años con ellos, y Úrsula tenía sus ojos fijos en ella y nada más.

Úrsula temía reflejarse como los demás humanos la veían; si tan solo pudiera ser vista con los ojos con los que Rebeca la miraba, su seguridad y autoestima serían diferentes. Rebeca observó a Úrsula quedarse de pie en la entrada del pasillo donde se exhibían los espejos, notando su temor en el rostro y sobre todo en esos ojos que tanto le fascinaban por su rareza. No le pidió que la acompañara; la elección del espejo era solo de Úrsula.

Rebeca no tardó mucho en elegir uno, era de cuerpo completo, que pensó quedaría bien en la habitación; si a Úrsula no le gustaba ahí, lo podrían poner en el pasillo.

Ya de regreso, pasaron por una tienda de ropa, donde Úrsula vio un vestido que imaginó que le quedaría perfecto a Rebeca. La arrastró dentro de la tienda y le mostró el vestido en color verde agua que deseaba comprarle.

— ¿Te gusta? — preguntó Úrsula mostrándole el vestido.

—Sí, es bonito. Creo que te quedaría muy bien.

—No es para mí, es para la mujer más bella del mundo, con la que estoy casada.

—No es necesario, ya has gastado bastante últimamente.

Hasta el momento, Rebeca no tenía idea de cuánto dinero tenía en su cuenta bancaria, pero suponía que tenía suficiente para pagar la boda ella sola y seguir gastando.

—No te preocupes por eso. Nos lo podemos permitir — a Rebeca le gustó escuchar que su dinero ya no solo era de ella, sino que era de las dos.

En ese momento, se acercó una vendedora a ellas y cuando les dijeron que una de ellas se probaría el vestido, la mujer amablemente guió a Rebeca hacia un probador y Úrsula las siguió. Pasado algunos momentos, Rebeca corrió la cortina del probador y dejó que Úrsula la observara. A Úrsula le encantaba cómo se veía, pero lo que más le importaba era lo que pensara Rebeca y cómo se sintiera con el vestido puesto.

— ¿Te gusta? — la pregunta tomó por sorpresa a Rebeca.

— ¡Me encanta! — manifestó con una sonrisa, que causó que Úrsula también dibujara una —. ¿Cómo me veo? — quiso saber, aunque sabía de sobra que no hacía falta escucharlo de su boca, gracias a la mirada que Úrsula le dedicaba. Aun así, quería escuchar lo que tuviera que decirle.

—Hermosa, divina. Ya sabes que siempre te voy a ver como mi Diosa.

— ¡Exageras! — dijo sonrojándose.

Rebeca volvió dentro del probador con una sonrisa en los labios y se cambió. Una vez realizadas las compras, volvieron a casa. Apenas llegaron, Úrsula subió el espejo a su habitación y lo colocó cerca del armario, pero no se miró en él. Poco después, Rebeca llegó para ver dónde lo había colocado su esposa. No tuvo nada que objetar, ya que Úrsula lo había puesto en el lugar que ella había pensado.

Con cara de niña traviesa, Rebeca tomó las manos de Úrsula y comenzó a arrastrarla frente al espejo. A pesar de haberlo llevado y colocado en ese lugar, Úrsula no se miró en él.

Cuando la muerte intuyó lo que Rebeca se proponía hacer, Úrsula se negó a caminar, parecía un niño renuente y Rebeca luchaba con ella, en una guerra que Úrsula hubiera ganado de haber empleado todas sus fuerzas.

—Detente — le pidió Úrsula mientras se negaba a caminar.

—No te pasará nada, estoy contigo, estamos juntas.

Rebeca dejó de forcejear con Úrsula y esta se relajó un poco. Rebeca la miró a sus insondables ojos que en ese momento estaban de un azul oscuro, vio lo asustada que estaba y se odió a sí misma por hacerla sufrir. De repente se sintió una mala esposa al tratar de obligarla.

—Lo siento — se disculpó Rebeca —. Creí que sería más fácil de este modo ayudarte a superar tu miedo a los espejos.

—No te culpo por querer ayudarme a superar mis miedos, pero no sé si estoy lista para hacerlo ahora mismo y verme reflejada en él.

—Pues si yo hubiera sido tú en mi adolescencia, me habría pasado besándome en el espejo.

Úrsula rio y Rebeca también.

—Lo único que verás reflejado en el espejo será a una alta y guapa mujer de ojos azul profundo y oscuros — continuó Rebeca.

— ¿Estás segura de que no me veré como un monstruo?

— ¿Por qué sigues insistiendo en eso? ¿Te hiciste cirugía plástica y temes ver a la antigua Úrsula? — bromeó Rebeca.

—No, para nada.

—Perfecto, porque quiero tener hijos que genéticamente vengan de ti.

Úrsula deseaba decirle que ella muy probablemente no podría darle hijos, porque era una semilla vana, pero sin duda amaría los hijos que Rebeca pudiera darle de su propia carne.

— ¿Alguien te ha dicho que eres un monstruo? — inquirió Rebeca, mirándola intensamente a los ojos y leyendo en ellos que no andaba desencaminada.

—Las circunstancias de mi existencia me han hecho pensar que lo soy.

—Pues olvida todo aquello y créeme cuando te digo que no eres un monstruo, eres lo más maravilloso que me ha pasado.

—Solo porque me has convencido con tus palabras, dejaré que me lleves delante del espejo.

Úrsula cerró los ojos y dejó que Rebeca la guiara hacia delante del espejo, aunque Rebeca notó su postura rígida, caminó con ella hasta plantarla frente al cristal.

— ¡Vamos! Abre los ojos, Úrsula — la instó Rebeca con cariño, como hablando a un niño.

— ¿Estás segura de que no ves a un monstruo?

— ¡Que no! Lo único que veo es a la mujer que me enamoró con su particular manera de ser. Así que, por favor, abre los ojos sin miedo.

Rebeca conocía bien el poder de sus palabras sobre su esposa. Úrsula abrió los ojos, pero en lugar de mirarse a sí misma, miró a Rebeca a través del espejo, quien la rodeaba en un abrazo y le sonreía al verla observar.

Úrsula podría haber pasado toda su vida mirándola así y nunca cansarse. Tomando la mano de Rebeca entre las suyas, se animó a ver su reflejo en el espejo, tal como Rebeca se lo había descrito en varias ocasiones y de diferentes maneras.

— ¿Cómo te ves, Úrsula? ¿Cómo te sientes contigo misma?

— Me veo normal.

— Eso es bueno — sonrió Rebeca y le dio un beso en la mejilla —. Por un momento pensé que me dirías que tenías algo así como un cuerno en la frente, como un unicornio.

— Bueno, ahora en realidad solo tengo miedo de ti — dijo Úrsula buscando la mirada de Rebeca.

— ¡De mí! ¿Por qué?

— Porque ahora tú eres la única que puede hacerme daño.

— ¡Yo! ¿Cómo podría hacerte daño? Si tú eres lo que más amo.

— En el momento en que creas que soy un monstruo y me rechaces. En ese momento seré lastimada por ti.

— Jamás haría eso. No, mi amor. No a la persona que me quiso cuando yo no estaba en mi mejor momento — dijo Rebeca con los ojos llenos de lágrimas.

— No llores. Perdóname, no hagas caso a mis locuras. Te he ofendido — manifestó, secando con la yema de sus dedos las lágrimas que habían escapado de los ojos de Rebeca.

Úrsula la abrazó y se colocó por detrás, dejando a Rebeca delante de ella, y la muerte volvió a mirarse en el espejo, esta vez sin tener los ojos de Rebeca sobre ella. La muerte miró una vez más su reflejo y sintió una extraña sensación recorrer su cuerpo.

Úrsula no se reflejó como los humanos la habían pintado; no era un montón de huesos con túnica negra y una guadaña o hoz en la mano, sino que era una mujer normal con una belleza totalmente abrumadora. Y aunque antes se hubiera mirado en el agua, su imagen siempre fue borrosa y ella nunca se permitió mirarse. Sin duda, aquella era Úrsula, no el ser que llevaba vidas.

— Me gusta cómo nos vemos — expresó Úrsula para que Rebeca mirara la imagen que ella observaba a través del cristal.

Rebeca levantó la mirada y se quitó las lágrimas que le empañaban la vista. Luego sonrió al verse.

— Me gusta más la mujer alta detrás de mí.

— Y a mí, la bajita delante mío.

Capítulo 12

Una de las cosas que Rebeca notó días más tarde fue la falta de fotografías de Úrsula en la casa. Hasta ese momento, no había encontrado ni una sola imagen de Úrsula, ni siquiera entre las fotos de sus padres fallecidos. Llena de curiosidad, comenzó a buscar en los cajones y por todas partes de la casa donde pensaba que Úrsula podría guardar recuerdos de su pasado, pero no encontró nada.

Su curiosidad por las fotografías de Úrsula surgió cuando fue a recoger las fotos de su boda. Ella y Úrsula habían pedido que enmarcaran dos de sus imágenes favoritas para ponerlas en algún lugar de la casa y, al tenerlas en sus manos, no pudo evitar la tentación de ver las fotos que Úrsula podría tener.

Casi frustrada por su infructuosa búsqueda, se sentó en el sofá para mirar las fotos de su boda. Cuando vació el contenido del sobre, su corazón latió con fuerza al ver las imágenes en las que ella estaba vestida de blanco. Experimentó la sensación de revivir ese momento en el que unió su vida a la de Úrsula, quien lucía tan hermosa que Rebeca no pudo resistir darle un beso a la Úrsula de la fotografía.

Lo que la llenó aún más de amor fue que en todas las fotos, la mirada de Úrsula estaba puesta en ella. Rebeca sintió una dulce y cálida emoción que estremeció algo dentro de ella, algo que nunca antes había experimentado y que la hizo sentirse aún más enamorada de Úrsula. Fue en ese preciso momento cuando se dio cuenta del dolor que sentiría si llegara a perderla.

Había terminado de ver las fotos justo cuando Úrsula entraba a casa, lo cual le causó a Rebeca una sensación de gran responsabilidad. También le demostraba que era alguien confiable y que le estaba brindando estabilidad, tanto que por momentos no extrañaba la casa de sus padres. Sin embargo, encontraba curioso que su esposa siempre llegara puntual, ni un minuto más ni menos. Rebeca se levantó rápidamente y fue a su encuentro.

—Hola, corazón. ¿Qué tal tu día? — la saludó Rebeca.

—Muy largo — respondió Úrsula con un suspiro, aliviada de ver a su esposa de nuevo y de tener unas horas con ella —. Pero ya estoy aquí. ¿Qué tal el tuyo?

—Igual de largo que el tuyo, pero me entretuve viendo las fotos de nuestra boda. Y antes de eso, me puse a buscar las tuyas pero no encontré ninguna.

Úrsula se tensó ligeramente, pero rápidamente improvisó una respuesta.

—Se perdieron en la mudanza — le comunicó.

—Qué mal.

—Sí, aunque intenté encontrarlas, no pude.

—Lo siento mucho.

—Bueno, ya pasó. Pero ahora comenzaré a formar recuerdos contigo.

Tras besarse, se dirigieron a la cocina. Úrsula se estaba acostumbrando a que Rebeca siempre le preparara algo de comer cuando llegaba del trabajo, al igual que se estaba adaptando a su nueva rutina de simular ser una mortal y disfrutar de que Rebeca la esperara. Estaba empezando a acostumbrarse a las charlas después de comer, donde a veces tenía que inventar algunas anécdotas, pero luego era el turno de escuchar a Rebeca. Aún le encantaba escuchar su voz y ver cómo se ruborizaba cuando la miraba intensamente. En muchas ocasiones, Rebeca casi sentía que estaba desnuda frente a su esposa, no solo físicamente, sino también emocionalmente, como si Úrsula pudiera ver más allá de su alma. Aun así, se sentía protegida cuando estaba con ella.

Una vez que limpiaron la cocina, fueron a la sala para que Úrsula viera las fotografías y decidieran dónde colgar aquellas que habían elegido enmarcar.



Rebeca había cambiado un poco después de su matrimonio con Úrsula. Había adquirido algo de confianza y, tras recuperarse del tratamiento contra el cáncer, cuando regresó a la universidad, logró establecer algunas amistades con sus compañeras de estudio. Una de ellas la invitó a su fiesta de cumpleaños un fin de semana.

Todas sus compañeras deseaban conocer a su esposa. Antes de casarse, Rebeca no se sentía lo suficientemente cercana a ellas como para invitarlas a su boda. Sin embargo, desde entonces, se había dado la oportunidad de conocerlas mejor y se había dado cuenta de que se divertía con ellas. Ahora, tenía una invitación a una fiesta y solo esperaba que Úrsula aceptara ir.

— ¿Cómo te fue? — quiso saber Rebeca como siempre que Úrsula llegaba a casa.

— Como todos los días, pero feliz de estar en casa contigo.

— Me han... bueno. Nos han invitado a una fiesta este sábado. ¿Podemos ir? Ya sé que contigo es después del trabajo, pero no sé si tienes ganas de salir después de esa hora.

— ¿Tú quieres ir?

Úrsula la acalló poniendo un dedo sobre sus labios.

— Entonces iremos y te pones ese bonito vestido que te compré.

Rebeca sonrió y la estrujó en un fuerte abrazo.

El fin de semana por la tarde, cuando Úrsula llegó del trabajo, encontró a Rebeca ya lista para la fiesta y sus ojos azul intenso oscuro la analizaron de arriba abajo, llenos de fascinación.

— Me encanta cómo te ves — manifestó Úrsula acariciándola con su sola mirada, porque si la tocaba, estaba segura de que ya no irían a la fiesta. No sabía si su cuerpo era el del apetito sexual o si solo era ella —. No, espera — dijo Úrsula deteniendo el acercamiento de Rebeca —. Si me tocas y me besas, no creo que sea capaz de querer salir de la casa. Así que espera a que estemos de regreso de la fiesta.

— De acuerdo — aceptó Rebeca con una sonrisa.

Úrsula también se puso guapa en un vestido blanco con estampados de flores rojas, al igual que Rebeca, quien no pudo evitar admirar la belleza de su esposa y sentir la misma tentación de no ir a la fiesta por desear hacer otra cosa, pero habían prometido ir.

Rebeca y Úrsula fueron muy bien recibidas por la cumpleañera, quien hizo señas al resto de amigas para que conocieran a la persona que le había dado un carísimo anillo de compromiso y otro de bodas. La muerte se sintió un poco incómoda al ser el centro de atención de aquellas mujeres que la inundaron de preguntas una tras otra. Rebeca parecía orgullosa de la persona con la que había elegido pasar el resto de su vida. Úrsula agradeció cuando les sirvieron la comida y les dieron espacio para comer tranquilas.

— Lo siento — se disculpó Rebeca con Úrsula, colocando una mano en su muslo como era su costumbre desde que se casaron, y a Úrsula le gustaba esa sensación de familiaridad y posesión que aquel gesto le otorgaba.

— ¿Por qué te disculpas? — quiso saber Úrsula, llevándose un bocado a la boca.

— Por el interrogatorio de mis amigas.

— Solo querían conocerme — restó importancia Úrsula.

— Es mi culpa, les he hablado de ti.

A pesar de que la comida estuvo deliciosa para Úrsula, como siempre, tuvo la necesidad

de retirarse poco después y pidió ir al baño. Debido a que había estado aguantando, su semblante comenzó a ponerse más pálido de lo normal, y Rebeca se dio cuenta de ello, razón por la cual decidió seguir a Úrsula, aunque esta le pidió que se quedara sentada donde estaba.

— ¿Te cayó mal la comida?

La voz de Rebeca sorprendió a Úrsula; no se había percatado de su aroma. Por lo general, la muerte solía notar cuándo Rebeca estaba cerca por su olor, pero ahora, tras haber vomitado, la estancia se había llenado de un olor nauseabundo, demasiado desagradable incluso para la misma muerte, quien no deseaba que Rebeca estuviera allí para percibirlo.

— ¿Úrsula? — la llamó de nuevo —. ¿Estás bien? Si no me respondes, voy a entrar.

—Estoy bien, es solo que creo que comí demasiado — respondió.

Cuando Úrsula salió del baño, Rebeca la esperaba afuera y le dedicó una intensa y larga mirada llena de preocupación.

— ¿Quieres que regresemos a casa? — preguntó acercándose a Úrsula y acariciándole las mejillas.

—Pensé que querías bailar.

—Eso es lo de menos, podemos irnos si quieres.

Úrsula le sonrió y susurró al oído de Rebeca.

—De acuerdo, vámonos para que puedas quitarte ese vestido.

Rebeca la miró a los ojos, se sonrojó y asintió en silencio. Tomadas de la mano, fueron en busca de la cumpleañera y el resto de sus amigas para despedirse. De regreso a casa en taxi, Rebeca observaba atentamente a Úrsula. Pocas veces su esposa se quejaba de molestias o dolores. Nunca mencionaba cuando le llegaba la regla, a pesar de ser irregular y tenerla cada dos meses, parecía no sufrir nada. Además, por las noches, no sufría accidentes como Rebeca, quien mensualmente manchaba las sábanas y se sentía avergonzada ante la perfección de Úrsula.

Subieron las escaleras de la habitación sin encender las luces, tomadas de la mano. Rebeca se dejó guiar por Úrsula, quien parecía tener vista de gato y caminar perfectamente en la oscuridad. Una vez en la habitación, Úrsula tomó entre sus brazos a Rebeca y acercó cuidadosamente sus labios a los de ella, besándola con la dulzura de quien guarda en su corazón un amor eterno. Aunque el suyo era inmortal y no tenía corazón, Rebeca se entregó completamente ante ese beso, disipando por un momento su temor de que Úrsula pudiera estar enferma y no decirle nada.

Las manos de Úrsula recorrieron la piel cálida de Rebeca, impregnándose de su mismo calor, hasta que su boca saboreó su aliento rápido y tibio. Su cuerpo intentó fundirse con el de ella, no lo consiguió, pero con cada movimiento que hacía para formar parte de Rebeca, lograba que sus cuerpos recibieran una deliciosa descarga eléctrica cada que sus sexos entraban en contacto. Úrsula amaba esa sensación, de poder sentir y de poder dar placer a la mujer que amaba. Por eso cada día que pasaba comprendía cada vez más a los humanos y entendía porqué pecaban, llevándole a pensar que los de arriba no podían juzgar a los de abajo a menos que ellos también bajaran y se rodearan de los placeres que les había dado la vida y la naturaleza.

∞∞∞∞

Como tenían pendiente su viaje de luna de miel, Úrsula sorprendió a Rebeca con unas vacaciones como regalo de graduación. Rebeca estaba emocionada al saber que finalmente tendría a Úrsula para ella sola durante al menos una semana en algún lugar del país o del mundo, ya que hasta ese momento Úrsula no le había revelado el destino exacto y había hecho las

maletas para ambas.

No obstante, cuando estaban en el aeropuerto, Rebeca finalmente descubrió su destino cuando Úrsula tomó su mano al escuchar que su próximo vuelo era hacia Grecia.

— ¿Vamos a Grecia? — preguntó Rebeca sorprendida, deteniéndose y haciendo que Úrsula también se detuviera para mirarla.

— Sí — respondió Úrsula con una sonrisa al ver el rostro ilusionado y emocionado de Rebeca.

— ¿A dónde exactamente?

— Lo descubrirás más adelante.

— De acuerdo, sígueme sorprendiendo.

Rebeca no podía estar más feliz; el destino al que se dirigían era Santorini, Grecia, una isla en el mar Egeo famosa por sus impresionantes paisajes y arquitectura única. Su hotel estaba en Oia, una villa privada con Suites & Spa que ofrecía vistas impresionantes al mar. Rebeca estaba completamente sobrecogida por el lujo que Úrsula había elegido para esas vacaciones y la luna de miel atrasada.

La habitación era completamente blanca, decorada de manera sencilla pero con detalles modernos y románticos. La cama era enorme y había una terraza desde la cual se podía disfrutar del inmenso mar y los impresionantes acantilados. Rebeca se sentía abrumada por lo que veía y por la experiencia que estaba viviendo; aún no podía creer estar en un lugar como ese junto a Úrsula.

— ¿Te gusta? — quiso saber Úrsula al ver que Rebeca no decía nada y solo miraba el mar que tenía delante de ella.

— ¡Me encanta! — respondió girándose para ver a Úrsula, que aguardaba de pie detrás de ella —. Muchas gracias — dijo acercándose a su esposa.

— Por un momento pensé que no te había gustado — manifestó aliviada, tomando las manos de Rebeca.

— Esto te debió haber costado una fortuna — expresó mirando ahora la lujosa habitación.

— Es lo que te mereces.

Visitaron el pueblo de Oia, donde a Rebeca le encantó ver las casas encaladas de techos azules agrupadas en los acantilados de la caldera. También quedó fascinada por las calles estrechas y empedradas, así como por las iglesias con cúpulas azules y numerosos miradores desde donde se podía disfrutar de vistas al mar.

Otra cosa que llamó la atención de Rebeca fue la arena volcánica de colores negro, rojo y blanco, además de los paseos por la playa y en barco por la caldera. También visitaron las antiguas ruinas de Akrotiri y por las tardes-noches disfrutaron de las bodegas locales para degustar vino de la isla, junto con platillos típicos como la moussaka y el souvlaki.

No obstante, a pesar de las deliciosas comidas y demás, Úrsula sentía la constante necesidad de escaparse de su esposa por momentos después de comer para poder ir al baño. Pero una noche, Úrsula creyó que Rebeca seguiría hablando por teléfono con su madre y aprovechó para ir al baño a devolver el estómago. Sin embargo, Rebeca terminó antes de lo esperado y al escuchar los sonidos característicos del vómito, se apresuró hacia el baño. Para desgracia de Úrsula, el baño era totalmente transparente y Rebeca la observó claramente. Úrsula lamentó que Rebeca la viera en ese estado, dado que el olor era bastante desagradable.

— Otra vez estás vomitando — dijo Rebeca.

— Comí demasiado.

— Siempre me dices lo mismo, Úrsula, y no me gusta — manifestó cruzándose de brazos

mientras Úrsula tiraba de la cadena del baño.

—Estoy bien.

—No lo estás. Seguramente debes tener gastritis o algo parecido por el estrés, y si sigues sin comer, ¡Dios sabe qué te puede pasar! — la voz de Rebeca se quebró y Úrsula se sintió culpable.

—Te aseguro que estoy bien — expresó acercándose a ella para abrazarla.

Pero a Rebeca no le bastó su consuelo. Lo que había respirado en el baño no era el olor de un vómito común; parecía que Úrsula había devuelto un cuerpo en descomposición.

La situación creó un aura de preocupación y angustia en ambas. Rebeca por la salud de Úrsula y Úrsula por el temor a que Rebeca descubriera su verdad, una que posiblemente no estaría encantada de descubrir. En lo más profundo, Úrsula sabía que Rebeca la despreciaría y le temería en el momento en que descubriera quién era realmente.

Y de la única manera que Úrsula sabía que Rebeca olvidaría aquel momento, era haciendo lo que hacían más normalmente por la noche.

Se acercó a Rebeca de manera sutil, porque, aunque no lo dijera, estaba enojada, y mostrar distancia era el modo en que se lo hacía saber a Úrsula y esta, como si fuese un gusanito, se iba acercando a ella poco a poco, haciendo pequeños avances con ridiculeces que jamás llegó a imaginar haría por una persona. Y de esa forma, Úrsula consiguió que Rebeca sonriera y que poco a poco sucumbiera a los besos inocentes que dejaba por sus hombros, cuellos, mejillas y nuca.

—No se vale — murmuró Rebeca cuando ya estaba en la cama con Úrsula encima de ella comiéndole la boca.

— ¿El qué? — inquirió Úrsula mirándola a los ojos.

—El que me seduzcas para que se me olvide que estoy enojada o preocupada por ti.

—Yo solo quiero amarte, la vida es demasiado corta como para desperdiciarla en estupideces — dijo mirándola a los ojos.

—Te doy la razón en este momento, así que deja de hablar y continúa con lo que estabas haciendo.

Úrsula la besó una última vez en los labios y descendió con su boca por todo el abdomen de Rebeca hasta alcanzar el anhelo de su deseo, donde se entrelazaban los suspiros y las caricias, encontrando su refugio más secreto.

Rebeca lamentó el día en que tuvieron que partir de la isla. Ella hubiera deseado quedarse más tiempo, pero ya no podían. Úrsula necesitaba volver al trabajo y, por otro lado, Rebeca deseaba ver a sus padres y hermanos para abrazarlos y contarles sobre su viaje, el cual le había maravillado. Sin embargo, también regresaba con una preocupación.

Capítulo 13

Cuando cruzaban la casa tras la llegada de su viaje, Rebeca se puso pálida de repente. Úrsula se asustó al notar el cambio de color en su esposa y rápidamente soltó las maletas para acercarse y sujetarla para que no cayera.

— ¿Qué te pasa? — preguntó llena de preocupación — ¿Te sientes mal? Te has puesto pálida de repente.

— Eso creo. De repente me ha dado un mareo y me vino una imagen de ti. Algo muy extraño.

— ¿De mí? — preguntó Úrsula, extrañada.

— Sí. No me vas a creer, pero... — articuló Rebeca, observando a Úrsula con una mirada que la muerte no pudo descifrar —. No me vas a creer si te digo que me pareció haber visto tu rostro mucho antes de conocernos. No fue en sueños, sino una noche en la que me desmayé e iba camino al hospital. En algún momento, entre abrir los ojos por unos instantes durante el trayecto, vi tu rostro. Estabas tan seria y al mismo tiempo parecías estar preocupada por mí. Pero luego perdí el conocimiento y olvidé todo hasta ahora — Rebeca sonrió feliz sin dejar de mirar a Úrsula —. Eso significa que el destino ya me anunciaba tu llegada.

Úrsula nunca había creído realmente que Rebeca la hubiera visto aquel día. Eso significaba que no se lo había imaginado y tal vez para Rebeca fuera realmente especial, que no la viera como un ser espantoso como otros la habían descrito, algo que Úrsula misma llegó a creer.

— Te amo — dijo Úrsula —. Y me alegra que me hayas visto.

Rebeca posó ambas manos en las mejillas de Úrsula y la miró a los ojos. Le fascinaba la manera en que la miraba y la trataba. En los meses que llevaban casadas, habían tenido pocas diferencias o disgustos entre ellas. Quizás se debía a que ninguna pasaba mucho tiempo junta durante el día, ni siquiera los fines de semana, pero las noches siempre eran maravillosas. Aquello que Úrsula le dijo pocos días después de casarse no había sido mentira. Por lo general, hacían el amor todas las noches, salvo cuando estaban menstruando, pero por lo demás todo era pasión, y a Rebeca le encantaba. Ahora era el momento de dejarle algo muy claro a Úrsula.

— Yo también te amo. Te amo tanto que, así como te amo, no te perdonaría una mentira o un engaño. Confío en ti, Úrsula, hasta con los ojos cerrados. Si me dices que el cielo es verde y yo lo veo azul, yo creo que es verde y no como lo ven mis ojos. Si alguien te acusara de algo grave, no le creería porque tú has sido la mejor persona para mí y no creería algo malo de ti — Úrsula escuchaba estas palabras como si Rebeca supiera lo que ella había hecho para poder estar cerca de ella.

— Me das miedo — manifestó Úrsula —. ¿No me perdonarías aunque fuera por una mentira para poder ofrecerte lo mejor de mí?

— No lo sé, depende del tamaño de la mentira y de cómo me lastime.

— Lo menos que quiero es lastimarte, cariño mío. Nunca he deseado ni desearé ningún mal para ti.

— Te creo, pero no me mientas — le advirtió —. No importa lo que haya pasado, pero quiero que me lo digas, aunque me duela. Prométeme que lo harás.

— Te lo prometo — dijo Úrsula, sintiendo una amarga sensación.

Como era de esperarse, el miedo se hizo presente en ambas, pero de manera silenciosa,

corroía sus corazones como el agua que corroe el metal en el mar.

Sin que Úrsula se diera cuenta, Rebeca comenzó a espiarla cada vez que iba al baño, y para su gran desazón, en cada ocasión que la siguió, la escuchó vomitar y ese mismo olor nauseabundo, como de un animal en descomposición, siempre llegaba hasta ella.

Dejó pasar una semana esperando que Úrsula le contara algo sobre sus recurrentes vómitos después de comer, pero nada sucedió. Úrsula actuaba tan tranquila como siempre y entonces Rebeca comenzó a creer que lo que Úrsula estaba padeciendo era bulimia y algo más, por el extraño olor de su vómito.

Aunque la muerte tenía los sentidos más alertas y agudos que los de los mortales, se había acostumbrado a Rebeca, a tenerla cerca, a su manera de caminar, a su olor, a todo. Cuando estaba en casa, se olvidaba de que era un ser inmortal; allí era simplemente Úrsula, una mujer bajando la guardia de lo que debía o no debía hacer. Por eso, se sorprendió al ver a Rebeca en el baño; ni siquiera la había escuchado entrar, ya que sus pasos siempre resonaban en su cabeza como música de fondo, al igual que su respiración y los latidos de su corazón. Úrsula se había abotargado y relajado como venía haciendo últimamente cada vez que llegaba a casa.

—Me asustaste — dijo Úrsula, recibiendo una dura mirada de Rebeca. Aunque asustar a la muerte era casi un eufemismo —. No te escuché entrar.

—Me vas a decir qué te pasa — exigió saber Rebeca.

—Nada — respondió Úrsula.

— ¡No me mientas! — levantó la voz.

—No te estoy mintiendo, estoy bien.

—Entonces, ¿por qué has estado vomitando cada vez que terminas de comer?

—¿Me has estado espionando?

Rebeca no dijo nada, solo se sostuvieron la mirada, enojadas la una con la otra, y el miedo en ambas crecía y crecía, ramificándose en todas las direcciones.

—¿Vas a decirme?

—No tengo nada que decirte.

Rebeca salió de la habitación enojada como nunca con Úrsula, tanto que su frustración la llevó a llorar de impotencia. Le hervía la sangre al pensar que Úrsula le estuviera ocultando lo que le pasaba, sabiendo de sobra lo que hacía unos días le acababa de decir. Pero le aplicaría la ley del hielo.

Úrsula se maldijo por su descuido, por su falta de tacto a la hora de hacer las cosas con Rebeca, que sabía que no era tonta, al menos ya no era aquella misma joven inocente que conoció. Ahora era toda una mujer, con experiencia y malicia; ambas se habían mostrado las vivencias de distintas maneras, solo que Úrsula quería seguir viendo a Rebeca como la niña inocente y ya no lo era, y Úrsula se había vuelto una tonta, sorda y ciega enamorada.

Rebeca se comportó fría con Úrsula. No le dirigió la palabra esa noche, ni dejó que la tocara, y mucho menos le dedicó una mirada. La ignoró por completo y esto fue para Úrsula peor que si le hubiera dicho que era el ser más despreciable de la tierra.

Se acostó y por primera vez, Rebeca lo hizo en el otro extremo de la cama. No se acercó a ella, le dio la espalda y Úrsula intentó acercarse, pero fue detenida en su intento.

—Ni se te ocurra moverte de donde estás — le advirtió.

Úrsula se quedó inmóvil, boca arriba, mirando el techo, sintiendo una sensación tan desagradable que una lágrima escapó de sus ojos. Fue un momento extraño, nunca antes había llorado de esa manera y por un instante pensó que estaba enferma, pero luego se dio cuenta de que simplemente estaba llorando como cualquier persona herida.

Lloró en silencio mientras sus lágrimas caían sobre la almohada que nunca usaba. Algo le dolía y no sabía exactamente dónde. Quizás era todo su cuerpo el que le dolía, no lo sabía, pero estaba segura de que lo que experimentaba era lo más horrible.

Permaneció allí, lo que le pareció una eternidad, esperando a que Rebeca se durmiera. Cuando creyó que había pasado suficiente tiempo y que probablemente Rebeca ya estaba dormida, desapareció.

No obstante, en esta ocasión se equivocó; Rebeca no estaba dormida, simplemente estaba tan enojada que su rabia se hallaba enroscada en su garganta. Al igual que Úrsula, lloró en silencio. No podía dormir; era la primera noche que se acostaban enojadas y separadas. Habían dejado que el silencio y su enojo las envolvieran por completo. Cuando Úrsula quiso acercarse, la detuvo.

Cansada de lo que sentía, decidió girarse y enfrentar el problema de una vez. Pero al hacerlo, se encontró con un enorme oso de peluche al otro extremo de la cama. Su ira y enojo no hicieron más que crecer como una bola de nieve al descender.

Tomó el oso de peluche entre sus manos y lo estrujó como si quisiera hacerlo con Úrsula. Cuando se cansó de zarandearlo con la rabia en los ojos y lágrimas, se levantó de la cama en busca de la persona que la tenía con las emociones tan revueltas.

— ¿Úrsula? — llamó Rebeca, pero no obtuvo respuesta. Con creciente angustia y miedo, se apresuró al baño de la habitación, temiendo que Úrsula se hubiera desmayado, pero tampoco la encontró allí.

Con el enojo corriendo nuevamente por todas sus venas, encendió la luz de la habitación para buscar a Úrsula y tratar de hablar con ella. Antes de eso, se acercó a la cama para ver el enorme y bonito oso de peluche blanco que había estrujado con todo su enojo e indignación.

—Perdóname —le dijo al peluche—. Tú no tienes la culpa.

Abandonó la habitación para buscar a Úrsula en alguna parte de la casa. No podía haberse ido sin que ella se diera cuenta. Comenzó por las habitaciones de al lado, pero no la encontró. Luego fue a la biblioteca y tampoco estaba. Se dirigió a la cocina y ni rastro de ella. Por último, buscó en la sala de estar y en el patio, pero no la encontró.

Aún más enojada que antes, regresó a la habitación en busca de su celular, que estaba sobre el buró cerca de la cama. Miró la hora; era casi medianoche y un escalofrío recorrió su cuerpo. La sensación no le gustó nada; era un mal presentimiento y deseaba que lo que presentía no fuera real, que solo fueran imaginaciones suyas.

A Rebeca no le quedó más opción que esperar con las luces apagadas en la habitación, sentada en el centro de la cama, recostada contra el respaldo con el celular en mano para verificar la hora en que llegaba Úrsula. Pasaron las una, las dos, las tres y las cuatro de la madrugada. Finalmente, a las cinco de la mañana, Úrsula apareció como por arte de magia en la habitación, y ambas se sobresaltaron al verse. Úrsula se asustó al encontrar a Rebeca despierta, y Rebeca se sorprendió al ver aparecer a su esposa de repente en medio de la habitación.

Rebeca miró a Úrsula con ojos grandes, mostrando sorpresa, miedo y curiosidad en su rostro, mientras que Úrsula solo sentía miedo, temor de perderla por el error que había cometido. Ambas se quedaron en silencio sin saber qué decir. Rebeca ya no estaba tan enojada, sino más bien confundida sobre la persona que tenía delante.

— ¿Qué eres? — logró articular Rebeca luego de que su desconcierto superara su enojo —. ¿Quién eres en verdad?

A Úrsula le dolió ver que la mirada de Rebeca ya no era la misma, sino muy diferente; en sus ojos ya no se reflejaba afecto hacia ella, solo miedo y desconfianza.

—Estaba en el baño, cariño — respondió Úrsula, tratando de salvar lo que sabía estaba perdido. Había aprendido de Rebeca que la esperanza era lo último que se perdía.

— ¡No mientas más! — exclamó Rebeca —. ¡Ya no lo hagas más y no te acerques! ¿Qué eres, Úrsula? ¿Quién eres realmente?

—Soy quien te ama.

—Quien te ama no te miente y tú lo has hecho. Te atreves a decir que me amas cuando dejas en su lugar este oso de peluche — argumentó, tomándolo para darle más énfasis a sus palabras —. Antes no veía con claridad lo rara y diferente que eres. No tienes familia, ni fotografías de nadie ¡Me mentiste! ¡Me has mentido durante todo este tiempo! Ahora entiendo por qué nunca te he visto bostezar. Toda tú eres una gran farsa, una gran mentira, ahora dime ¿Quién eres?

—Tal vez todo lo que construí a mi alrededor es falso, pero lo que siento por ti es real, puro y sincero. Mi amor hacia ti es infinito, Rebeca.

— ¿Amor? — dijo en tono de burla —. Una cosa como tú no puede amar. Alguien que miente a la persona que quiere no ama. ¿Por qué aún no lo entiendes? Dime de una vez ¿Quién eres?

— No puedo decírtelo. ¿Por qué no simplemente crees en lo que siento por ti? Te he dado lo mejor de mí y me rechazas por ser diferente. ¿Acaso te he hecho daño a ti o a tu familia? Te amé desde el primer día en que te vi y no sabía que era amor. Te amé cuando tú te sentías triste. Te amé cuando estabas enferma de cáncer y te sentías deprimida y fea. Te amo dormida y despierta. A ti que me miraste diferente al resto de las personas en este mundo.

— ¡Me mentiste! — volvió a decirle —. La vida que me mostraste fue una mentira, tú eres una mentira, Úrsula. Me siento engañada y estúpida por dejarme envolver por ti, por tu dulce y linda apariencia.

— Todo lo que he hecho ha sido por ti, únicamente por ti.

— No quieras culparme a mí de lo que has hecho.

— Si te digo la verdad, ¿me perdonarás? — inquirió con la voz más triste que Rebeca hubiera podido escuchar —. No te alejarás de mí, ¿verdad? — preguntó mirándola a los ojos verdes, pero en ellos no encontró más que desprecio.

— No lo sé, te lo dije una vez ¿Recuerdas?

Hubo un largo silencio entre las dos, un aire denso e incómodo que reinaba en la habitación. A Úrsula se le escapó una lágrima, pero Rebeca no la miró. Se sentía acorralada y llena de miedo por perder a la mujer que amaba, pero ya no había nada que hacer; Rebeca había descubierto su engaño, encontrando un oso de peluche en su lugar. Úrsula trató de acercarse a Rebeca, pero vio cómo se tensaba y se alejaba de ella, así que desistió de su intento.

— Serás la primera en este mundo en conocerme realmente. Si te lo digo, espero que no me mires ni me odies como lo han hecho el resto de los humanos en esta tierra — habló tratando de sonar tranquila, aunque por dentro se sentía hecha pedazos —. Rebeca, solo tú me has mirado diferente, me has visto tal como soy. Yo soy la muerte.

Capítulo 14

El rostro de Rebeca se desencajó, incrédula de lo que acababa de escuchar de labios de Úrsula. No podía imaginar que aquel hermoso rostro y persona comprensiva, calmada y cariñosa, fuera en realidad el ser encargado de llevarse las vidas de las personas, aquel al que todos temían, incluso ella.

— ¡¿Qué?!

— Soy la muerte. Soy la encargada de llevarme las vidas de cada persona en este mundo.

— Entonces, muéstrame cómo es tu verdadero ser — la retó.

Úrsula se volvió invisible ante los ojos de Rebeca y desapareció y apareció en distintas partes dentro de la habitación, pero nunca se acercó a Rebeca. Esta se ponía cada vez más lívida al ver a Úrsula moverse de un lado a otro como un fantasma. Rebeca no resistió ver más cómo la persona por la cual albergaba sentimientos era ahora alguien totalmente desconocida para ella. Aquello era como una pesadilla, no podía creer lo que estaba sucediendo: la persona que amaba no era un ser humano, sino algo completamente diferente.

Rebeca se desmayó, pero Úrsula la tomó en brazos antes de que tocara el suelo y la llevó a la cama. La cubrió con la sábana y apagó las luces, quedándose en la penumbra de la habitación para cuidarla.

Rebeca durmió sin interrupciones durante toda la noche. La noticia la había dejado agotada y Úrsula, en cierta manera, lo agradeció. No deseaba que Rebeca despertara solo para recalcarle su desprecio, horror y desagrado al descubrir quién era Úrsula. Bastante tenía con saber que la había perdido.

La mañana llegó y Úrsula no intentó despertarla. Permitió que continuara durmiendo, pensando que tal vez cuando despertara, ya no estaría tan enojada y estaría más despejada. Quizás le permitiría explicarse y su mirada sería la misma de antes. Sin embargo, se equivocó, porque Rebeca despertó sobresaltada y al verla de pie junto a la cama, su rostro se puso blanco y volvió a mostrarse enojada.

— ¡Sigues aquí! ¿Por qué no te has ido? — le espetó —. Se me olvida que tú tienes todo el derecho de estar en esta casa, soy yo quien debe irse — manifestó levantándose de la cama.

— Yo no te estoy corriendo ni pidiendo que te vayas — expresó Úrsula —. Creo que es mejor que descanses, anoche te desmayaste.

— Por tu culpa — la acusó, sintiendo cierto temor hacia la mujer que hasta hace poco era la última persona que le causaba miedo.

De repente, a Rebeca se le llenaron los ojos de lágrimas. Aquello le dolía demasiado y no podía evitar llorar, porque se sentía engañada por la persona que amaba con todo su corazón y que le había hecho ver el mundo de una manera tan distinta y maravillosa. Rebeca aún no podía creer que el ser que ponía fin a todo fuera la misma que le había mostrado la cara dulce de la vida.

— ¡Lo siento! — la voz de Úrsula fue apenas un murmullo que se dejó escuchar en la habitación, pero Rebeca pudo percibir su dolor.

— Ahora entiendo por qué me preguntaste si yo te seguiría amando si tú fueras un monstruo.

— Y tú me dijiste que sí — dijo Úrsula sosteniéndole la mirada a Rebeca.

— ¡Porque en ese momento no sabía quién eras! Me vendiste a una Úrsula falsa, ni

siquiera sé cuál es tu verdadero nombre.

— No tengo uno.

— ¿Y Úrsula?

— Todo lo que soy es gracias a tu libro favorito, quise ser lo que tú más anhelabas en esta vida, Rebeca.

— Estás loca.

— ¡No estoy loca! ¡Soy esa persona que tú deseabas en la vida real! Yo me hice al deseo de ti.

— ¿En qué momento fue que te fijaste en mí?

— En el momento en que te vi salvar a una mariquita de la tela de una araña. Para mí fue algo muy curioso que un ser tan frívolo como un humano se preocupara por algo tan pequeño.

— ¿Crees que somos frívolos?

— Por todo lo que he visto a lo largo de mi existencia puedo decirte que sí. Aunque ahora sé que no todos son de ese modo. El mundo ha sufrido a consecuencia de sus propios actos y, sin embargo, la historia se repite una y otra vez, de distintas formas, pero siempre lo mismo. No obstante, a pesar de todas las cosas malas que pueden haber, hay un poco de luz, esperanza y amor. Para serte sincera, Rebeca, yo nunca había sentido nada de nada, pero gracias a ti, descubrí sentimientos.

— Creí que era verdad lo que dijiste — dijo Úrsula luego de unos instantes en silencio —. De quererme a pesar de saber que soy un monstruo.

— ¡Eres la muerte! ¿Cómo se supone que debo sentirme por amar a un ser como tú? A un costal de huesos con capa negra y guadaña que viene por nosotros los vivos — aquellas palabras hirieron en lo más profundo a Úrsula, quien no esperaba escucharlas de la única persona que amaba con todo su ser —. Ahora entiendo todo — manifestó cayendo en la cuenta —. Dinero sin problemas, trabajo todo el día y todos los días. ¿Yo qué soy para ti? ¿Tu mascota? ¿Un entretenimiento para tu aburrida existencia?

— Tú eres lo que más amo y no tienes idea de lo que en verdad siento por ti, así como tampoco sabes lo que se siente ser yo.

Rebeca notó un brillo extraño en los ojos de Úrsula que le hizo sentir miedo por primera vez. Era terrorífico, aunque ahora no sabía si era solo su percepción por saber quién era en realidad o si ese brillo estaba realmente en sus ojos de raro color.

— ¡No me importa saber! — manifestó al salir a toda prisa de la habitación. Pero cuando Rebeca estaba a punto de llegar a las escaleras, se topó con Úrsula plantada delante de ella y sintió que la piel se le ponía de gallina.

— Ahora me tienes miedo — dijo Úrsula dolida —. Ya ves por qué era mejor que no supieras la verdad.

Rebeca la esquivó y volvió a echar a correr escaleras abajo hacia la puerta de la casa, pero Úrsula evitó que la abriera al llegar antes de que lograra su cometido de escapar.

— No te dejaré ir hasta que me escuches y entiendas — expresó Úrsula.

— ¡No te quiero escuchar! — dijo Rebeca forcejeando con Úrsula, quien le había tomado de los brazos —. ¡Auxilio! ¡Ayúdenme! — gritaba Rebeca.

— Deja de gritar — le pidió Úrsula, con sus ojos ahora completamente oscuros como el océano en plena tormenta.

En ese momento, el rostro de Úrsula volvió a ser inexpresivo. Rebeca le miró a la cara y se dio cuenta de que era como si Úrsula hubiera dejado de tener vida.

— ¡Auxilio! — gritó una vez más.

—Nadie podrá escucharte — continuó Úrsula —. Cálmate. Soy yo quien se va. Esta es tu casa ahora.

Úrsula desapareció ante la mirada atónita de Rebeca, quien poco después posó su mano en el picaporte de la puerta para marcharse, pero se dio cuenta de que estaba en pijama, despeinada, con ojeras y ojos rojos. En resumen, lucía bastante desaliñada para salir a la calle, además de que se le había hecho tarde y debía ir a trabajar. Rebeca sabía que no podía contarle nada a nadie sobre Úrsula, ni siquiera a su familia, pues pensarían que estaba loca y ella sería vista como la mala que intentaba inventar una historia falsa sobre Úrsula para justificar un divorcio rápido. Rebeca estaba segura de que sus padres pensarían eso.

Se sentía demasiado asustada y confusa para ir a trabajar, pero quedarse en casa no ayudaría a calmarse. Al final del día, siempre terminaría allí, recordándolo todo, recordándola a ella. Decidió ir a trabajar con la esperanza de que estar ocupada la ayudara a distraerse o al menos a olvidarse por algunas horas de Úrsula.

Sin embargo, ir a trabajar no sirvió de mucho. No podía concentrarse; su mente regresaba una y otra vez a lo ocurrido la noche anterior. Ahora todo estaba claro para ella. Comprendía cómo Úrsula le llevaba flores que nunca había visto y que resultaban ser especies únicas de otros países cuando las buscaba en Internet. Siempre recibía flores sin ser un día especial, y ese gesto le gustaba mucho. Cuando pensaba en eso, no podía evitar sentir dolor en su corazón. A pesar de todo lo que ahora sabía, seguía amándola pero también le tenía miedo, se sentía traicionada y engañada.

Rebeca se sentía tan confundida que no sabía si odiarla o amarla. Pensar en lo que Úrsula realmente era la hacía sentirse extraña. Lo que más le dolía era sentirse traicionada de alguna manera por esa verdad que era Úrsula. En pocas palabras, le dolía que Úrsula fuera una mentira verdadera.

La muerte continuaba con su labor en todo el mundo, pero esta vez su estado de ánimo era profundamente triste. Le dolía enormemente el amor y, sobre todo, el rechazo de Rebeca. Le dolía que la única persona que la había visto sin prejuicios ahora la despreciara por lo que era, aunque ella no había elegido su destino. Todo había cambiado de golpe. Rebeca no solo la miraba con enojo, sino que ahora la despreciaba y le temía. La muerte se cuestionaba si Rebeca realmente podía sentir todos esos sentimientos hacia ella, si verdaderamente la amaba en el fondo de su corazón, si apenas unas horas atrás la había besado con deseo y amor.

A pesar de todo, la muerte seguía amándola y nunca dejaría de hacerlo. ¿Qué importaba si Rebeca la odiaba? Siempre podría amarla en silencio, como lo hacía antes de que cruzaran palabras. Ahora pensaba que habría sido mucho mejor haber permanecido en las sombras e invisible. De esa forma, habría causado menos dolor a ambas. Pero su egoísmo y curiosidad la llevaron a hacerse carne y hueso. Ahora también sufría por amor.

La muerte, aun sabiéndose rechazada, no dejó de preocuparse por Rebeca, ya que cuando calculó que llegaría a casa ese día, le llevó la cena, ya que había visto que esa mañana se había ido sin desayunar. Esperó un momento en la cocina y cuando la escuchó entrar, se esfumó.

Sin embargo, Rebeca apenas entró a la casa, respiró aquel mismo aroma a dulce y margaritas que percibió muchas veces en su habitación cuando aún vivía con sus padres y que sin duda, era el mismo que había estado respirando cada noche cuando estaba con Úrsula en la cama, pero se había acostumbrado tanto aspirarlo, que a veces ya no lo notaba tanto, como hasta en ese momento, que se hallaba ausente desde anoche.

Rebeca corrió hacia la cocina para ver si la hallaba aun allí, pero ya no estaba, se había marchado dejándole la cena en la mesa. Rebeca dejó escapar una lágrima, le dolía y le daba

miedo el saber que la mujer con la que había estado compartiendo su vida, familia y cama, le había mentado fingiendo ser quien no era.

— ¡No quiero tu comida! — gritó, arrojando la comida al suelo, aunque en realidad esperaba verla, aunque fuera por un instante.

Rebeca no tuvo más remedio que limpiar lo que había tirado al piso. Esperó a que Úrsula apareciera para que viera lo que había hecho con la comida, pero nunca apareció.

Cuando Rebeca finalmente entró a la habitación, se sintió sola y triste. En el fondo de su ser, deseaba que Úrsula apareciera, pero por más que esperó, nunca llegó. Sus párpados sucumbieron al sueño y al cansancio de la noche anterior.

La muerte apareció mientras Rebeca dormía profundamente. Como antes, la contempló en silencio e invisible por unos instantes, y luego se entregó a llorar amargamente en la penumbra de la habitación. Sentía el dolor de no estar a su lado y, sobre todo, saberse despreciada por la mujer que amaba. Ahora que había descubierto el dolor y el llanto, le era difícil contenerse, aunque siendo invisible y sin un cuerpo, solo podía gimotear.

— ¡Úrsula! — fue el nombre que pronunció Rebeca al despertar esa mañana.

Se le formó un nudo en la garganta al percibir el aroma tan familiar que ya extrañaba profundamente. Con esperanzas, exploró la habitación con la mirada, pero no encontró rastro de ella, o quizás estaba en su estado invisible.

— ¿Úrsula? — la llamó nuevamente, con todos sus sentidos alerta, pero no obtuvo respuesta alguna.

Por tres días, Rebeca sufrió su ausencia hasta que una tarde del miércoles, al llegar a casa del trabajo, encontró a Úrsula sentada en uno de los sillones de la sala, mirando la fotografía de su boda con el rostro inexpresivo. Su aura era sombría y melancólica. Aun así, Rebeca se acercó a ella despacio, temiendo que se fuera, pero Úrsula ya la había escuchado y sentido llegar. Con cautela, Rebeca tomó asiento en el mismo sofá que Úrsula, manteniendo cierta distancia entre ambas, aunque Úrsula ni siquiera la miró.

— ¿Cómo estás? — preguntó Úrsula, dejando la fotografía sobre la mesita de centro.

—Creo que bien. ¿Y tú? — Rebeca decidió continuar la conversación.

—No tengo idea de cómo me siento — respondió Úrsula sinceramente.

Las dos se quedaron calladas, sin siquiera mirarse. Nunca antes se habían sentido tan incómodas la una delante de la otra como en ese momento, en que ninguna sabía qué hacer. No obstante, Úrsula sí quería arreglar las cosas y hacer entender a Rebeca las razones que tuvo para ocultarle su verdadera identidad.

— ¿Por qué no me dijiste la verdad? — preguntó Rebeca. Úrsula la miró directamente a los ojos luego de varios días sin poder hacerlo y sintió que algo dentro de su extraño ser se removía con alegría e inquietud.

—Por miedo a tu reacción.

— ¿Solo por eso?

— Sí, solo por eso. Y no me equivoqué al imaginar cómo reaccionarías. Al final, también soy un monstruo para ti.

La voz de Úrsula fue tan triste que Rebeca sintió que su corazón se dolía aún más y tuvo el impulso de lanzarse sobre Úrsula y abrazarla con todas sus fuerzas, pero reprimió su deseo. Antes debía estar segura de que Úrsula no la lastimaría.

— ¿Y si te digo que ya no quiero volver a verte?

Los ojos de Úrsula se volvieron oscuros y se quedaron sin vida.

— Muy fácil, volvería a ser ese ser que vaga día y noche por el mundo sin descanso. La

misma yo solitaria de siempre y para siempre.

— ¿No me quitarías la vida?

— ¿Por qué habría de quitarte la vida?

— Por rechazarte.

Úrsula le dedicó una sonrisa amarga.

— Solo le quito la vida a quien ya ha terminado su misión en la tierra, Rebeca. Yo no voy por el mundo decidiendo a quién se la arrebato y a quién no.

—Entonces, ¿cómo es?

—Llevo una inmensa lista y solo a quien está en ella le toca dejar este mundo.

— ¿Tú elegiste hacer lo que haces?

—No — respondió —. Yo no elegí ser lo que soy. Estoy cansada de hacer lo mismo día tras día, llevo siglos haciéndolo y para mi desgracia, soy inmortal.

— ¿Podrías mostrarme tu verdadera imagen?

—Si piensas que es la que me han dado tus semejantes, te advierto que no lo es. Ni yo misma sé quién soy o qué aspecto tengo realmente.

—Me gustaría verte realmente como eres.

—Entonces no me verías, soy como el aire, invisible e intangible.

—Si no existes ¿Cómo hiciste para mostrar identificaciones y demás?

—Gracias a mis dones. Aunque puedo hacer aparecer una isla en medio de la ciudad, eso me cuesta energía y no puedo hacerme visible por algunos días.

—Ahora comprendo todo, entonces, cuando no venías a verme ¿es porque habías agotado tus energías?

—Así es.

—Entonces nunca has trabajado en nada y el dinero para ti no es problema. Pero no pudiste concederme una luna de miel.

—No podía.

— ¡Pero tú eres quien se lleva a todas esas almas!

—Sí, pero al igual que todos, tengo un jefe. Qué más quisiera que ser mortal, qué más quisiera ser eso que tú quieres que sea.

Úrsula desapareció antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas, mientras que Rebeca se quedó nuevamente con un nudo en la garganta al ver el dolor reflejado en el rostro de Úrsula. Aquel no solo era el dolor de la muerte, sino también el de Rebeca por no poder amar a Úrsula por sobre todas las cosas. Quizá su amor no era tan grande ni tan intenso como pensó que era, y se preguntó: ¿quién había engañado realmente a quién?

Capítulo 15

Rebeca despertó más tarde de lo habitual para ir al trabajo. La noche anterior le costó conciliar el sueño y se quedó dormida sin darse cuenta. Se levantó de la cama apresuradamente, tomó una ducha rápida y se vistió. Al mirarse al espejo, notó que tenía los ojos rojos y unas enormes ojeras.

Cerró los ojos y respiró hondo para detectar cualquier rastro de Úrsula en la habitación, pero esa noche no había ido, ya que no percibió su característico aroma y algo dentro de su pecho se apretó. La extrañaba, pero al recordar lo que realmente era, sentía un escalofrío. A pesar de todo, la amaba.

Bajó a la cocina para tomar un café y se sorprendió al encontrar el desayuno preparado en la barra junto con una nota. Decía: *“Espero que esta vez te lo comas”*.

Rebeca sintió mariposas revoloteando en su estómago y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Moviéndola la cabeza de un lado a otro, indecisa. Por un lado, estaba herida, pero por otro, sabía que Úrsula siempre había querido lo mejor para ella. Con un suspiro de exasperación y alivio, sin más excusas para sí misma, Rebeca decidió comer el desayuno que Úrsula le dejó.

Úrsula no se dejaba ver, pero continuaba dejándole el desayuno y la cena a Rebeca. Sin embargo, se había resignado a que Rebeca nunca la amaría como ella la amaba a ella. Se conformaría con ser su ángel guardián, amarla desde la distancia, como siempre debió haber sido desde un principio.

La semana transcurrió sin que se volvieran a ver, pero Úrsula seguía dejando comida para Rebeca en la encimera de la cocina. El domingo por la tarde, Rebeca fue a visitar a sus padres. Ellos se extrañaron de que Úrsula no la acompañara, ya que desde que se casaron, nunca se separaban, salvo para ir a trabajar. Siempre estaban juntas en las compras o los paseos.

Tras la extraña ausencia de Úrsula, Rebeca explicó que estaba trabajando debido a un problema urgente que surgió. Sin embargo, se sintió incómoda cuando su madre mostró preocupación por enviarle comida a Úrsula ese día.

Al regresar a casa y encender las luces, Rebeca encontró a Úrsula sentada en el sillón de la sala, contemplando la misma fotografía de su boda.

—Hola — saludó Úrsula cuando Rebeca dejó las llaves en el perchero.

—Hola — respondió Rebeca, observándola desde donde estaba, sin avanzar hacia ella. Sentía alivio al verla después de tantos días.

— ¿Cómo están tus padres y hermanos? — preguntó Úrsula.

—Bien. ¿Por qué preguntas por ellos? ¿Me estabas espiando? — preguntó Rebeca con mal humor.

—No te estaba espiando, pero supongo que es de donde vienes — respondió Úrsula.

—Pues te equivocas. No vengo de allí. Salí con mis amigas a conocer gente nueva, alguien menos aburrido que tú — dijo Rebeca, tratando de herirla, pero luego se arrepintió. No entendía por qué había dicho eso cuando, en realidad, estaba aliviada de encontrarla en casa.

—Tienes razón. Siempre he existido así, mirando cosas horribles, gente moribunda y triste. Es todo lo que he conocido y experimentado. Contigo he llegado a sentir lo más hermoso que he experimentado, algo que incluso envidiaba a los ángeles. Pero tú te convertiste en uno para mí y también en el juez más severo. Me hiciste descubrir el amor y también sentirlo. Has despertado sentimientos en mí que nunca antes había sentido. Casi me has hecho sentir humana.

Incluso ahora que me muestras el dolor, me siento agradecida de poder experimentarlo también.

Rebeca sintió un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Hasta ese momento, no se había detenido a pensar en los sentimientos de Úrsula ni en lo que ella experimentaba respecto a su trabajo. Conmovida, caminó hasta ella y tomó asiento en el mismo sofá.

—Tú eres mi hogar, ¿sabes? — expresó Úrsula, mirando a Rebeca a los ojos ahora que estaban juntas.

— ¿De verdad no tienes un lugar donde pertenecer? — preguntó Rebeca.

—No, soy una vagabunda — respondió Úrsula.

Ambas se quedaron en silencio, observando la fotografía de su boda que estaba de nuevo sobre la mesa.

— Ahora entiendo por qué decías “*de mi existencia*” y no “*de mi vida*” — expresó Rebeca, recordando las palabras de Úrsula —. Solo existes.

—Así es, solo existo. No tengo vida humana, ni calor, ni un corazón que lata tan vivo y puro como el tuyo.

—Ahora entiendo por qué tus manos y pies siempre están fríos.

—Pero si lo vemos de este modo, es un buen equilibrio. Tú eres cálida — manifestó Úrsula, mirándola a los ojos —. Tu cuerpo tibio junto al mío es la sensación más maravillosa. Tu respiración en mi rostro es aliento para mí — en ese momento, el rostro de Úrsula estaba muy cerca del de Rebeca —. Más que ver tu cuerpo, fueron tus ojos los que me mostraron la pureza de tu alma. Te amé sin importar tu apariencia. Te amo con y sin defectos. Te amo por ser quien eres y por lo que me haces sentir, pero veo que a ti te cuesta aceptar lo que soy y eso me duele.

— ¿Y crees que a mí no me duele? ¿Acaso crees que no siento? — dijo Rebeca apartándose del rostro de Úrsula.

— Me duele que hayamos terminado así, Rebeca. Pronto serás una mujer libre y no quedará evidencia de que alguna vez estuvimos casadas.

La muerte le dedicó una última mirada intensa a Rebeca y desapareció ante el rostro sorprendido de esta, quien no esperaba escuchar esas palabras. Le dolieron profundamente, haciéndola llorar casi de inmediato. Le afectó más que el hecho de estar separadas en los últimos días y no verse.

A pesar de todo lo que Úrsula representaba, Rebeca se alegró de verla, aunque le costara tenerla cerca por conocer su verdadera identidad. El dolor de separarse y de borrar cualquier rastro de su relación la afectaba profundamente. ¿Por qué se empeñaba en no perdonarla? ¿Qué era lo que realmente esperaba de Úrsula? ¿Qué más debía hacer para obtener su perdón? ¿Acaso esperaba que Úrsula le trajera el cielo, la luna y las estrellas?

Rebeca sabía que Úrsula la había amado de la única manera que ella deseaba e imaginaba. Pero el pensar en que había estado con la muerte le erizaba la piel. Quizás hubiera sido mejor seguir el consejo de Úrsula de mantenerse ajena a su verdadera naturaleza. Después de todo, como dice el dicho, “ojos que no ven, corazón que no siente”. Rebeca podría haber seguido creyendo ciegamente en Úrsula, esperándola cada tarde junto a la puerta como siempre. Deseaba con todas sus fuerzas no haberla espiado ese día en el baño para que todo continuara igual.

Rebeca quiso llamar a Úrsula, pero su voz se quedó ahogada por el llanto, atravesada en su garganta como si se tratara de un alambre con púas haciéndole daño. Se dejó caer en el sillón y se abandonó al llanto de nuevo hasta que se quedó dormida.

La muerte volvió a hacer del mundo su hogar; su rostro volvió a ser inexpresivo y sus ojos retomaron su habitual tristeza, junto con la que sentía ahora de verdad en todo su ser.

El mayor dolor de la muerte era saber que el amor de Rebeca hacia ella había sido desigual, mientras que su amor por Rebeca era sempiterno y seguía intacto, a pesar de su desprecio. La amaba demasiado y dolía por igual, pero no volvería a molestarla porque sabía que ahora le tenía miedo. Aunque Rebeca fingiera estar tranquila ante su presencia, la muerte sabía que no era así y no quería infundirle temor.

Sin embargo, a pesar de haberse prometido no ver más a Rebeca, la muerte no pudo soportar más sin verla y apareció por la noche en la habitación. Rebeca ya estaba en la cama, pero aún no dormida, por lo tanto, se dio cuenta de inmediato de la presencia de Úrsula. Había estado esperándola varias noches y ahora, después de una larga espera, allí estaba. Lo supo porque su inconfundible aroma inundó la habitación.

Rebeca permaneció inmóvil y con los ojos cerrados, aguardando a que Úrsula se acercara a ella. No tuvo que esperar mucho, ya que enseguida sintió sobre su mejilla el gélido y suave tacto de su dedo, lo suficientemente delicado para no interrumpir su sueño. Rebeca inhaló su aroma, que había echado de menos durante días de separación, extrañando a Úrsula a pesar de todo. Ahora, después de varios días sin verla, entendía que, sea lo que sea que Úrsula fuera, la amaba sinceramente. Se dio cuenta del sacrificio que Úrsula había hecho al fingir ser quien no era, quizás adoptando comportamientos humanos que probablemente no le gustaran. De repente, Rebeca se sintió vil y egoísta por no corresponder el amor de Úrsula de la misma manera.

Anhelando más cercanía con Úrsula, Rebeca tomó su mano entre las suyas y abrió los ojos para ver su reacción. Sin embargo, la expresión de Úrsula no cambió; mostraba cierta reserva, pero permitió que Rebeca mantuviera su mano sobre su mejilla.

Hubo un largo silencio entre las dos. Rebeca continuaba observando a Úrsula y viceversa. Úrsula esperaba escuchar las palabras de Rebeca, deseando saber qué pensaba en ese momento. Aunque guardaban silencio, sentían una comodidad mutua al estar juntas, sintiendo la presencia y la piel una de la otra.

— ¿Y comes? ¿O no comes? — preguntó de repente Rebeca tras varios minutos en silencio, aunque hacer esa pregunta le pareció algo tonta.

— No, no lo necesito. Hasta que me vi en la obligación de comer ante ti y tu familia. Me gusta masticar la comida y saborearla. Pero el vómito no es algo muy agradable.

Volvió a instalarse el silencio mientras Rebeca mantenía la mano de Úrsula sobre su mejilla.

—No te vayas — dijo Rebeca, reteniendo el brazo de Úrsula para que no se marchara.

— ¿Ya no estás enojada conmigo?

—Perdóname — pidió en voz baja, con unas lágrimas asomando en sus ojos verdes.

—Creo que debemos perdonarnos las dos.

—Tal vez, pero ahora entiendo las razones que tuviste para no decirme la verdad sobre ti.

Úrsula se inclinó y acercó su rostro al de Rebeca. Esta buscó un beso de sus labios, pero Úrsula se lo negó al interponer un dedo entre el espacio que separaba sus bocas. Con su otra mano, Úrsula acarició la mejilla de Rebeca y comenzó a cantarle un arrullo que Rebeca nunca había escuchado. En pocos segundos, los párpados de Rebeca comenzaron a pesarle y sus ojos, antes de cerrarse, volvieron a mirar a aquella mujer que había visto inconsciente aquella vez en el coche de sus padres.

—Siempre has sido tú — murmuró Rebeca.

—Yo que te he amado desde el primer momento en que te vi.

Sintiéndose nuevamente segura y sin temor, Rebeca sucumbió al sueño mientras Úrsula le dejaba un beso en la frente. No dejó de cantarle hasta asegurarse de que se encontraba en un

sueño profundo. Antes de marcharse, Úrsula le dio un último beso, esta vez en los labios.



Cuando Rebeca despertó, el sol ya había amanecido y Úrsula no estaba. Se sintió triste y decepcionada al no encontrarla, pero comprendía las razones de Úrsula para mantener su distancia. Había tratado mal a Úrsula a pesar de todo el amor que esta le había dado en silencio durante tanto tiempo.

Ahora que conocía la verdad, Rebeca entendía que era normal la ausencia de Úrsula. Probablemente ya estaría cumpliendo con su deber en algún lugar del mundo, llevando almas a San Pedro como siempre. Decidió no darle importancia a su ausencia, confiando en que Úrsula regresaría por la tarde para estar con ella y continuar la conversación.

Mientras tanto, Úrsula percibió que para Rebeca ya había amanecido. Aunque deseaba aparecer y comérsela con besos, decidió esperar a que avanzara el día. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, comenzó a sentir una extraña sensación de preocupación y angustia, que la llevaba a pensar en Rebeca más de lo habitual. Estos últimos días había estado experimentando esa sensación, pero lo que sentía ahora era similar a la de peligro.

Rebeca, de regreso a casa después del trabajo, tenía la mente en otra parte y no se percató de que dos hombres la estaban siguiendo. Cuando estaba cerca de llegar a casa y entró en una zona poco transitada, los hombres aprovecharon la oportunidad. Uno de ellos se le adelantó y el otro se posicionó detrás de ella, mostrándole una navaja.

—Dame todo lo que traes — exigió el hombre, con una apariencia tan ordinaria que parecía no ser peligroso, aunque las apariencias engañan.

—No traigo mucho — respondió Rebeca, descolgándose el bolso del hombro y entregándoselo.

El hombre la examinó detenidamente y notó sus anillos de compromiso y matrimonio, joyas con las que Rebeca se sentía tan familiarizada que parecía haber nacido con ellas.

—Pero yo veo que llevas dos anillos muy valiosos. ¡Dámelos! — insistió él.

Rebeca miró sus anillos, que significaban mucho para ella no por su valor material, sino por su valor sentimental.

— ¡Vamos! — dijo el hombre que estaba detrás de Rebeca, poniendo la navaja en sus costillas —. Solo danos lo que llevas en la mano, ¿o prefieres que te cortemos los dedos?

De repente y sin previo aviso, apareció un hombre alto y robusto que se acercó rápidamente para ayudar a Rebeca. Sin temor alguno, se interpuso entre ella y el hombre con la navaja, golpeándolo con fuerza y dejándolo aturdido en el suelo. Mientras Rebeca se alejaba presa del miedo, el segundo ladrón intentó escapar, pero el desconocido lo detuvo, lo enfrentó y lo golpeó con contundencia en el rostro, haciendo que cayera al suelo. No contento con eso, se volvió hacia el primer ladrón, que intentaba alejarse arrastrándose, lo agarró del cuello de la camisa y lo golpeó con más fuerza.

Cuando parecía que había logrado deshacerse de los asaltantes y se dio la vuelta, el ladrón caído logró ponerse de pie y apuñaló al héroe por la espalda, justo delante de Rebeca, quien observaba horrorizada. Paralizada por el shock, intentó moverse y ayudar al hombre que la había defendido valientemente, pero se sentía incapaz de hacerlo, como si sus pies estuvieran cementados al suelo. Solo pudo mirar con impotencia mientras el desconocido, con una determinación renovada, golpeaba al agresor hasta dejarlo inconsciente en el suelo.

—Hay que llamar a una ambulancia — articuló Rebeca con voz estrangulada, obligando

a su cerebro a reaccionar mientras sentía que temblaba como gelatina.

—No te preocupes por eso, solo vámonos de aquí — dijo aquel hombre con voz de Úrsula, acercándose a Rebeca y rodeándola con un brazo para obligarla a caminar.

— ¿Úrsula? — manifestó, abriendo aún más los ojos si era posible, y temblando más que antes —. ¡Dios mío! Necesitas ir al hospital — dijo al ver cómo Úrsula se desangraba.

—No es necesario, solo vamos a casa — fue su respuesta, mientras con la mano libre presionaba la herida. No iba a morir, pero su energía mermaría y antes de volverse invisible, quería llevar a Rebeca a casa.

— ¿Te duele? — quiso saber Rebeca mientras era arrastrada por Úrsula.

—No me duele nada, no te preocupes. Estaré bien, solo lleguemos a casa. No puede morir alguien como yo ¿Recuerdas?

Caminaron a prisa hasta llegar a casa. Rebeca no habló más durante el trayecto, pero sí agradeció que Úrsula no fuera humana; alguien común y corriente ya estaría agonizando. Apenas cruzaron la puerta, Úrsula tomó su forma femenina, se apartó de Rebeca y se levantó la blusa para mostrarle cómo su herida sanaba.

—Pensé que no tenías sangre — expresó Rebeca, llevando sus manos al lugar donde estaba la herida de Úrsula.

—Tengo sangre cuando tengo un cuerpo. Pero eso es todo, en realidad no siento nada ¿Te hicieron daño a ti? — preguntó Úrsula, tomando a Rebeca de ambos brazos para buscar alguna herida.

—Estoy bien, solo estoy asustada — dijo Rebeca, mientras dejaba que Úrsula la revisara en busca de algún daño mínimo, y se sintió feliz al saber que Úrsula todavía la quería y se preocupaba por ella como siempre.

Rebeca la abrazó con fuerza.

—Me alegra que seas quien eres, me asusté mucho.

Úrsula le devolvió el abrazo y dejó un beso en la coronilla de su cabeza.

—Gracias por cuidarme.

—Daría todo por ti, Rebeca. Pero no debiste negarte a entregar las argollas, te podrían haber hecho daño.

—Lo sé, pero es difícil entregar algo que significa mucho para mí.

—Yo los habría recuperado de vuelta.

—Estoy segura, pero a veces se me olvida que...

— ¿Soy la muerte?

—Sí.

—Aunque hay cosas que no puedo hacer.

— ¿Cómo cuáles?

—No puedo curar a nadie ni salvarlo de morir. Tampoco puedo entrar al cielo ni convivir con los seres de allá arriba. Estoy destinada a estar aquí abajo. Mucho menos tengo permitido interactuar con los humanos.

— ¿En serio?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho conmigo?

—Ya te lo dije, porque a mis ojos fuiste muy diferente a los demás.

—O sea, que rompiste las reglas por mí.

—Sí, y me han llamado la atención por estar contigo.

Rebeca lo miró fijamente.

— ¿Recibiste o recibirás algún castigo por haber desobedecido?

— No lo sé. Pero creo que en última instancia, cada uno se castiga a sí mismo con sus acciones.

La muerte estaba segura de que pagaría un precio, pero por ahora prefería no pensar en ello. Lo más importante era disfrutar nuevamente de la compañía de Rebeca, y nada más.

— Perdóname — volvió a decir Rebeca —. Sé que me amas más de lo que yo creo que me amas. Yo también te amo y quizás no me creas, pero te he extrañado cada día y cada noche que he pasado sin ti a mi lado. Sé que te he lastimado, pero te amo. Extraño tu mirada, la manera en que me haces sentir. Te extraño a ti, a todo lo que eres. No tengo problemas en dormir sola cada noche o cocinar solo para mí. Úrsula, regresa — le pidió, mirándola a los ojos para que creyera en sus palabras —. Vuelve a casa, por favor.

— Ya he regresado — le comunicó Úrsula, hundiendo su rostro en el cuello de Rebeca —. No soporto estar alejada de ti ni un día más.

— Yo tampoco lo soporto. Al principio estuve enojada y confundida, pero en los días en que no te veía ni hablaba contigo, me dolía. Pero lo que más dolió fue escuchar que desaparecerías de mi vida.

— Si supieras lo difícil que es estar lejos de ti — dijo Úrsula, uniendo su frente al de Rebeca, deseosa de besarla y amarla de nuevo, cubrirle el cuerpo de besos.

Rebeca la miró a los ojos y vio en aquellos inconfundibles ojos el deseo que encerraban, era el mismo que la había embargado a ella. La muerte escuchó el corazón de Rebeca latir en ese ritmo que sabía era el que indicaba su deseo y como desde hacía un tiempo deseaba, la levantó en brazos y la llevó hasta la habitación. Una vez allí, sin decir media palabra, ambas comenzaron a desnudarse y con todo el derecho que Úrsula se sintió tener sobre Rebeca, reclamó sus labios en un apasionante beso que hizo gemir a Rebeca.

Tantos días sin poder saborear aquellos labios que tenían un sabor dulce, la hizo desfallecer. Úrsula se dio cuenta y la estrechó con más fuerza contra su cuerpo frío que sintió de inmediato el calor de Rebeca, que se estremeció ante el cuerpo menos cálido, pero al cual se adaptaba rápidamente y lo hizo más pronto, en el momento en el que la lengua de Úrsula comenzó a delinear sus labios y luego explorar el interior de su boca.

Un beso largo e intenso para celebrar que volvían a estar juntas, que volvían a tenerse. Las manos de Rebeca se deslizaron por la espalda de Úrsula hasta llegar a sus glúteos, allí detuvo sus manos y los apretó, provocando que Úrsula riera de una manera baja y ronca, gesto que excitó aún más a Rebeca.

Sin necesidad de palabras, Rebeca obligó con un suave empujón a Úrsula a tumbarse de espaldas sobre la cama y esta, descaradamente se puso a su disposición ofreciendo todo su cuerpo a la mujer que amaba. Rebeca la observó con el mismo descaro de arriba abajo y se lamió los labios. Trepó a la cama y se sentó a horcajadas sobre Úrsula, haciendo que su sexo quedara justo encima del de Úrsula, quien cerró los ojos ante el cálido y húmedo contacto.

Rebeca deslizó sus manos desde los hombros de Úrsula hasta su abdomen, acariciando a su paso aquellos senos que tanto le gustaban, sobre todo, le encantaba la forma en que Úrsula la miraba cada que la tocaban sus manos. Poco después. Rebeca buscó sus labios y la besó, al tiempo que friccionaba su sexo con el de Úrsula, de una manera lenta, pero haciendo notar su embestida. Sin embargo, no pudieron mantener por mucho tiempo su juego, ya que ambas, llevadas por el deseo y la necesidad de sentir placer, aumentaron la velocidad, corriéndose casi al mismo tiempo.

Capítulo 16

Úrsula terminó con varias marcas en su piel, era como si Rebeca hubiese querido marcar su territorio, pero el placer de Rebeca por verlas en aquella piel blanca solo tardó algunos minutos en lo que el cuerpo de Úrsula volvía todo a la normalidad. En cambio, Rebeca, ella sí que conservaría por algunos días las que Úrsula le hizo y agradecía que sus marcas se encontraran en zonas menos visibles, sus pechos, muslos y abdomen, eran las zonas en las que Úrsula se empeñó en morder y succionar.

Los ojos de Úrsula se hallaban completamente oscurecidos cuando se acercó de nuevo a Rebeca para besarla en los labios y esta la atrapó entre sus brazos y no la dejó ir hasta que se quedó sin aliento. Pero como Úrsula no necesitaba del aire, bajó a los senos de su amante para comérselos a besos y caricias nuevamente. Rebeca dejó escapar otro gemido lleno de placer, al tiempo que sus dedos se aferraban a la piel suave de la espalda de Úrsula, que volvió a buscar sus labios por unos instantes antes de ir por el blando lóbulo de su oreja, ya que sabía lo sensible que era su esposa en esa zona.

Tras demorarse en acariciar y recorrer todo el cuerpo de Rebeca, que temblaba por la excitación, Úrsula la cubrió con besos y caricias. Con su lengua trazó una línea húmeda sobre su vientre, para ir a saborear el fruto anhelado. En esa ocasión, había tardado más de lo acostumbrado para tomar la miel del cuerpo de Rebeca. Antes de llegar a su preciado ser, trazó su cuerpo con el suyo, escuchó a su acelerado corazón e inhaló sus jadeos, bebió su sudor y ahora bebería el néctar de su pasión. Úrsula besó la cara interna de sus muslos antes de posarse como la mariposa en la flor, Rebeca contuvo la respiración por unos segundos cuando sintió a Úrsula pasearse por sus líneas húmedas resbaladizas, luego volvió a respirar entrecortadamente cuando Úrsula por fin tocaba tierra fértil.

— ¡Ah, Dios! — exclamó Rebeca cuando Úrsula acarició su interior con la lengua.

Recorrió sus líneas despacio, en círculo y a todo lo largo, mientras Rebeca se retorció y le sujetaba la cabeza con ambas manos de vez en vez, instándola a que se quedara en el mismo lugar y Úrsula estaba concentrada y atenta en darle todo placer a su esposa, que se ponía cada vez más mojada. Sus fluidos corrían facilitándole las caricias a Úrsula, que no preguntó ni dudó en llevar un dedo a dónde nunca sale el sol en el cuerpo de Rebeca, quien no se disgustó por la invasión en su interior, pues se sintió ahora completamente llena cuando dos dedos de Úrsula la llenaron. Úrsula entraba y salía, unas veces rápido y otras lento, provocando que Rebeca se encontrara cada vez más en el límite. Rebeca no podía pensar en nada, su cuerpo era el que había tomado la conciencia de todo y únicamente estaba obedeciendo al placer que estaba recibiendo. El orgasmo la arrasó y se estremeció bajo la boca de Úrsula que no paró de moverse en el punto exacto en que Rebeca la necesitaba, hasta que su amada esposa le pidió que parara.

Sin embargo, Úrsula estaba tan excitada que no esperó a que Rebeca se recuperara de su avasallador orgasmo para complacerla, sino que lo que hizo fue estirar una pierna de Rebeca, para a continuación sentarse sobre su muslo y comenzar a moverse. Rebeca tan solo la miró dejándola hacer, al tiempo que disfrutaba de la cálida, mojada y resbaladiza sensación del sexo de Úrsula sobre su muslo. Comenzó con un lento vaivén, que poco a poco fue haciéndose más rápido conforme a sus necesidades la fueron urgiendo, sus miradas se encontraron y no dejaron de verse a los ojos, hasta que a Úrsula comenzó inundarla el placer, llevándola a cerrar los ojos para disfrutar de aquello que le hacía sentir en la gloria.

Úrsula nunca imaginó que, poseyendo un cuerpo, fuese capaz de sentir los placeres carnales de los humanos. Ahora casi era una adicta, pero estaba convencida que de lo que a más era adicta, era a Rebeca, a todo lo que ella representaba.

Una vez liberada de su excitación, se dejó caer suavemente sobre Rebeca que la envolvió en sus brazos. La muerte permaneció quieta recibiendo las caricias que su esposa le prodigaba, encontrándose sumamente feliz de que su esposa la aceptara esta vez sabiendo la verdad y todo de ella, sabiendo que era el ángel de la muerte, aquél que no respetaba edad, ni sexo y que algún día tendría la tarea de llevarse a los seres queridos de Rebeca y a esta misma.

La muerte agradeció infinitamente que su esposa fuera comprensiva, que no la odiara, que cada vez que la miraba a los ojos, viera a la mujer que era cuando estaba con ella, no lo que otros suponían de ella. Sin que la muerte misma lo supiera, lo que ella había estado buscando era a alguien que la amara tal y como era, que le diera confianza en sí misma y no la señalara como hacían los demás humanos.

—Te amo — dijo Úrsula a Rebeca, y esta la besó en los labios en respuesta a esas palabras que siempre aceleraban su corazón.

Ambas permanecieron en silencio por un momento, hasta que el estómago de Rebeca comenzó a gruñir, rompiendo así la burbuja en la que se encontraban después de haber hecho el amor. Úrsula miró a su esposa con aire interrogativo y Rebeca le dedicó una mirada que hacía que Úrsula le perdonara todo. Al ver que había conseguido evitar una reprimenda de la muerte, Rebeca sonrió victoriosa.

—No puedo creer lo que haces conmigo — manifestó Úrsula, mirándola intensamente a los ojos mientras Rebeca se tapaba el rostro con las manos, llena de vergüenza.

—Ahora vengo — anunció Úrsula levantándose de la cama y al instante estaba vestida.

—¿A dónde vas? — quiso saber Rebeca de inmediato, extendiendo su mano para alcanzar la de Úrsula, quien la tomó y la sostuvo entre las suyas.

—Voy por algo de comer. No has comido y no quiero que estés hambrienta. Ahora vuelvo, no tardo — dijo Úrsula, acercándose luego para darle un casto beso en la frente y otro en el dorso de la mano que sujetaba, antes de desaparecer.

Rebeca aprovechó la ausencia de Úrsula para ir al baño, hacer pis, lavarse la cara y peinarse un poco el cabello. Se miró en el espejo y envidió la perfección de Úrsula, ya que ella había terminado con el cabello alborotado, mientras que su esposa se levantó con el cabello perfectamente alisado. Sonrió al alegrarse de que Úrsula amara y apreciara esa parte imperfecta de ella.

Y ahora, viendo todo desde una perspectiva distinta, se dio cuenta de lo mucho que Úrsula se había esforzado por aparentar ser alguien normal, de lo paciente que era y de lo complaciente que siempre solía ser. Rebeca comprendió que tal vez ahora Úrsula ya no tendría que inventar cosas falsas sobre un supuesto trabajo, sino que por fin podría compartir aspectos de su existencia en la tierra. No habría más secretos entre ellas, ya que lo que Úrsula le había estado ocultando ahora estaba revelado y no habría más ocultamientos de ahora en adelante.

Cuándo Rebeca salió del baño, Úrsula ya se encontraba en la habitación, seguramente había llegado mucho antes de lo que Rebeca creyó, pero no tocó a la puerta, sino que le permitió su espacio y privacidad. Esto hizo henchir más de amor el pecho de Rebeca, quién se abalanzó sobre Úrsula para envolverla en un fuerte abrazo y esta la recibió gustosa, ya que Rebeca aún continuaba desnuda y las manos de Úrsula se posaron en sus glúteos.

—Qué antojable — dijo Úrsula a Rebeca antes de besarla en los labios con dulzura —. Ven, vamos para que comas — la levantó en vuelo y la llevó fuera de la habitación, para después

comenzar a descender las escaleras.

— ¿Piensas llevarme de este modo abajo?

— Sí.

— ¡No puedo estar en el comedor de esta manera! — manifestó cuándo Úrsula la depositaba de nuevo en el suelo.

— ¿Por qué no?

— Porque estoy desnuda y tú vestida y me siento ridícula e indefensa contigo a mi lado.

— Si ese es el problema — y sin pudor alguno, Úrsula se quedó desnuda.

— Siento que estoy en una película porno — expresó Rebeca completamente ruborizada —. Hubiera preferido comer en la habitación.

— Solo estamos tú y yo, nadie puede vernos en estas cuatro paredes. En el principio del mundo estar desnudo era muy natural y los bebés vienen desnudos, ellos no conocen la vergüenza o el pudor.

— Pero yo sí y quiero vestirme.

A Úrsula no le quedó más remedio que ir por la ropa de Rebeca, para que se vistiera y una vez cubriéndose, se sentó a la mesa a comer.

— ¿Quieres? — preguntó Rebeca a Úrsula cuando se metía su tercer bocado de comida a la boca y tenía sobre ella, aquellos ojos que tanto le fascinaban.

— No. Sabes que no necesito comer, pero sí que necesito de ti y de tus besos — manifestó seria.

— ¿Alguna vez me miraste desnuda? — quiso saber Rebeca cuando casi terminaba de comer.

— Sí, justo hace unos momentos.

— Me refiero a si lo hiciste antes, a escondidas, antes de que fuéramos tú y yo.

— No, nunca — dijo Úrsula mirándola a los ojos —. Siempre te he respetado, Rebeca, y siempre lo haré — Rebeca sonrió al ver el rostro serio de Úrsula.

— Te creo — manifestó, dando unas palmaditas en la delgada y delicada mano de Úrsula —. Si hubiera tenido la oportunidad de verte, sí que te habría mirado desnuda — declaró cínicamente, con una sonrisa traviesa en los labios.

— Ya veo por qué lo preguntaste, creí que eras un poco menos perversa.

— Mira quién habla de perversión.

Más tarde cuando se encontraban en la ducha, a penas Úrsula sintió el agua sobre su piel, se le endurecieron los pezones, lo cual llamó la atención de Rebeca que sonrió con malicia y sin dudar los acarició con la yema de sus dedos, para luego llevar su boca, pero en ese momento todo quedó simplemente en ese pequeño y breve juego. Se concretaron en terminar de ducharse; sin embargo, mientras se secaban con una toalla, Rebeca se acercó a Úrsula y la provocó con un beso sensual, al tiempo que llevaba una de sus manos a su sexo para acariciarla despacio sin dejar de besarla. Úrsula la imitó, buscó el sexo de Rebeca, el cual ya encontraba húmedo e introdujo dos dedos para recorrerla, pero poco después, Rebeca la llevó a la cama con suaves empujones y cuando Úrsula cayó tendida de espaldas, la boca de Rebeca se apoderó inmediatamente de su sexo, que no tuvo más remedio que rendirse ante lo que su esposa le estaba ofreciendo.

— Ya te puedes ir — dijo Rebeca a Úrsula cuando descansaba sobre ella y aún yacían desnudas sin la menor intención de moverse, pero Rebeca sabía que Úrsula debía marcharse para cumplir con sus obligaciones.

— ¡Abusas de mí y ahora me echas! — se quejó Úrsula —. Me siento utilizada.

—Ahora sé que tienes obligaciones y ya te he retrasado bastante — declaró mientras recibía besos de Úrsula en el cuello —. Como tu esposa, debo entender tus ocupaciones. Aunque te eche de menos.

—Yo también te echo de menos, Rebeca. Un beso más y me voy — le susurró al oído.

Le dio un último beso en el cuello y poco después desapareció, aunque la muerte regresaba cada pocas horas para asegurarse de que Rebeca estaba bien y dormía. Recorrió el mundo cumpliendo con sus obligaciones, pero esta vez se sentía feliz por haber resuelto las cosas con Rebeca y se prometió no ocultarle nada.

Úrsula regresó por la mañana, antes de que Rebeca despertara. Se deslizó suavemente en la cama y se acurrucó con ella durante los pocos minutos de sueño que le quedaban. Rebeca se removió un poco al sentir el contacto de la piel fría de Úrsula junto a la suya.

—Ya llegaste — murmuró Rebeca con voz adormilada.

—Sí, ya llegué, cariño.

—Te amo — susurró Rebeca mientras se giraba para abrazarla y acomodaba su cabeza en el hueco del cuello de Úrsula.

—Yo también te amo.



Dos años después

El tiempo había pasado rápido. Rebeca trabajaba seis días a la semana, con los sábados desde las tres de la tarde libres, y los domingos los dedicaba a leer y realizar algunas tareas del hogar, mientras Úrsula se encargaba de la limpieza con sus habilidades especiales, algo que Rebeca valoraba mucho.

Las noches seguían siendo similares desde que se casaron. A menudo, Rebeca dormía sola, pero en ocasiones despertaba por la madrugada para encontrarse con Úrsula observándola dormir a su lado, o descubría que Úrsula se había metido en la cama justo antes de levantarse. Rebeca aprendió a adaptarse al estilo de vida de Úrsula, tal como Úrsula había hecho por ella.

Por otro lado, Úrsula se angustiaba cada vez que acompañaba a Rebeca a sus chequeos por el cáncer, temiendo que la enfermedad regresara. Hasta ese momento, todo había salido bien y Rebeca empezaba a ilusionarse con la idea de ser madre, aunque aún no se lo había comentado a Úrsula.

—Sigues pareciendo muy joven — dijo Rebeca a Úrsula una noche en la que estaban tumbadas en el sofá, mientras Rebeca llevaba un rato mirándola en silencio, trazando con sus dedos las cejas y la nariz de Úrsula hasta terminar en sus labios.

—Tú también, corazón. Aun sigues siendo joven y hermosa.

—Sí, pero no tanto como tú — declaró Úrsula, depositando un breve beso en los labios de Rebeca.

—Soy tan vieja que si te dijera mi edad te daría asco besarme — Rebeca se rió divertida ante aquello. Podría ser cierto eso de ser vieja, pero Rebeca no podía imaginársela llena de arrugas y desdentada.

—No puedo imaginarte vieja, eso me es imposible porque eres una belleza de mujer — manifestó Rebeca, mirándola y acariciando sus cejas, al tiempo que la observaba a los ojos. Descubrió en aquella mirada amor y una gran devoción hacia ella. Así que se atrevió a decirle lo que le había rondado por la cabeza hacía unas semanas —. ¿Te gustaría que tuviéramos un bebé?

Por primera vez, Rebeca había tomado por sorpresa a Úrsula, quien se quedó

completamente perpleja mientras la miraba a los ojos.

— ¿Qué?

— ¿Qué si te gustaría ser madre conmigo?

— Yo no puedo darte hijos.

— Tú no, tonta. Pero hay otras maneras de hacerlo.

Úrsula continuaba seria, mientras Rebeca la observaba detenidamente, a veces le resultaba imposible leer sus emociones y expresiones. Aunque Rebeca solía conseguir lo que quería, en esta ocasión no estaba segura de que Úrsula estuviera de acuerdo con ella y cediera a su petición.

Úrsula se dio cuenta de que la expresión de Rebeca había cambiado a una de inseguridad y miedo al ver que no respondía. Pero lo que realmente sucedía era que aquello la había tomado por sorpresa. Nunca había esperado que Rebeca quisiera ser madre y criar a un niño con la muerte.

— ¿Quieres criar un bebé conmigo? — preguntó con voz baja.

— ¿Qué tiene de malo? ¿No quieres? — su voz fue temerosa.

— Creí que pensabas que yo no cualificaba para algo así en tu vida.

— ¿Por qué? Yo te amo y pese a lo que piensen los demás, eres un ser maravilloso. Lo único que haces es seguir el ritmo de la vida, lo que te ha tocado ser, y me hubiera gustado tener una pequeña Úrsula.

— ¿Qué voy a hacer contigo cuando me dices esas cosas tan bonitas? — expresó Úrsula abrazándola fuertemente.

— Amarme.

— Yo ya te amo, más de lo que creo poder y luego me descubro haciéndolo cada vez más.

Ahora que Rebeca había expresado su deseo a Úrsula, se sentía mucho mejor y más alegre al saber que su esposa inmortal no se había negado, pese a saber que seguramente ella tendría que llevarse a toda su línea sucesora, porque Rebeca era consciente de esto y esperaba que Úrsula también lo fuera; al menos sabía que hasta el final irían de la mano.

Capítulo 17

Con la emoción, no tardaron demasiado en visitar clínicas de fertilidad para informarse y buscar la mejor opción. Después de varios días de buscar por toda la ciudad, encontraron una con la cual se sintieron cómodas. Sin embargo, a los pocos días volvieron a visitar al médico, pero esta vez para el chequeo de Rebeca que se realizaba periódicamente para saber si aún se encontraba sana.

No obstante, la noticia que recibieron les borró la alegría que días atrás habían venido sintiendo.

— Me temo que en esta ocasión tengo que darles malas noticias — les dijo el doctor una vez que vio los resultados de los exámenes.

Tanto Rebeca como Úrsula miraron al doctor con rostro perturbado y con el cuerpo completamente rígido por lo que acababan de escuchar.

— ¿Volvió el cáncer? — preguntó Úrsula sintiendo un nudo en el estómago.

— Lamento decirles que sí, pero estamos a tiempo de combatirlo nuevamente — trató de darles ánimo —. Ya lo venciste una vez, así que puedes hacerlo una vez más.

Rebeca no dijo nada, se había quedado callada completamente inmersa en la mala noticia; su sueño de ser madre pronto se había derrumbado y ahora tendría que someterse nuevamente al tratamiento del cáncer.

Rebeca se quedó en estado de shock y fue Úrsula quien tuvo que tomar las decisiones y arreglar todo para que Rebeca comenzara el tratamiento cuanto antes. Sin embargo, una vez que llegaron a casa, Rebeca se soltó a llorar y Úrsula la abrazó, sintiendo el mismo dolor o incluso mayor que su esposa.

— ¿Por qué? — sollozó —. ¿Por qué? ¿Por qué justo ahora que estábamos a punto de iniciar el proceso de embarazo?

— Lo podremos hacer más adelante, aún eres joven y tienes mucha vida por delante — le aseguró Úrsula.

— ¿Estás segura? — preguntó Rebeca mirándola a los ojos.

— Estoy segura.

Ante la seguridad que Úrsula le mostró, Rebeca creyó en ella. ¿Quién mejor que su mujer para asegurarle que viviría lo suficiente como para ser madre?

Como era de esperarse, Rebeca se deprimió un poco y, aunque trató de llevar su vida como antes de saber la noticia de que el cáncer había regresado, no podía evitar pensar demasiado en eso mientras trabajaba o cuando estaba en casa sola. No obstante, Úrsula comenzó a estar más presente y Rebeca se dio cuenta.

— Si no te das cuenta de que estoy enferma, no pasas más tiempo conmigo ¿verdad? — le reclamó Rebeca sin poder evitarlo.

Úrsula no le respondió, consciente de que era el dolor, la frustración y el enojo los que hablaban por ella. Úrsula hubiera deseado poder eliminar su dolor, ser ella quien padeciera la enfermedad de Rebeca, pero desafortunadamente no podía curarla ni aliviar su sufrimiento. Se sentía impotente, a pesar de que no lo demostrara, y ninguno de sus dones podía salvar a Rebeca de su enfermedad.

— Lo siento — se disculpó Rebeca con Úrsula cuando ya estaban en la cama y Úrsula se había mantenido callada, manteniendo su distancia —. No es tu culpa que esté enferma y no

debería desquitar mi mal humor contigo.

—No estoy enojada contigo, si es lo que te preocupa.

—Entonces, ¿por qué has estado callada y no me has abrazado como otras noches?

—Quería darte espacio.

—A veces eres demasiado cabeza fría — declaró Rebeca.

—Discúlpame.

—Solo abrázame hasta que me duerma, ¿sí? Después, puedes marcharte.

Úrsula se acercó y la rodeó con sus brazos, colmándola de pequeños y dulces besos.

—Yo también debería disculparme por no ser una buena esposa y no dedicarte más tiempo.

—No quise hacerte sentir culpable — dijo Rebeca girando entre los brazos de Úrsula para mirarla a la cara —. Entiendo que tengas que ir por el mundo recogiendo vidas todo el tiempo.

—Sí, pero no es excusa. Te he descuidado, pero prometo que pasaré más tiempo contigo y te acompañaré en tu tratamiento.

—Eso tarda un poco.

—No importa.

—Tengo miedo, miedo a morir — confesó Rebeca con apenas voz —. He visto casos en los que cuando el cáncer vuelve, muchas personas no se salvan como la primera vez — al final su voz se quebró y comenzó a llorar.

—No llores por algo que aún no sabes, amor — dijo Úrsula, sintiendo de nuevo esa impotencia y la extraña sensación que le recorría el cuerpo —. Si pudiera, te quitaría el dolor y la angustia, pero no puedo y me siento tan impotente.

— ¡Oh, Úrsula!

—No tengas miedo, Rebeca. Yo estoy y estaré contigo siempre, siempre, no lo dudes, cariño.

Tras desahogarse y expresar lo que sentían, Rebeca finalmente se quedó dormida. Úrsula, aún cargando un cúmulo de emociones, partió para realizar sus deberes. Sin embargo, en algún momento de su jornada, cansada de sus responsabilidades y pensando en Rebeca, se detuvo en el lugar más solitario del mundo y gritó.

— ¡¿Por qué no enfermas a alguien más?! — rugió Úrsula, llena de frustración al no tener el don de curar a quien amaba —. ¿Por qué tenías que enfermarla de nuevo? ¿Por qué no la dejas cumplir su sueño? ¡Eres despreciable!

—Su destino ha sido trazado mucho antes, desde el día en que vino al mundo, su vida estaba diseñada de este modo — le respondió una voz —. Te dije que no debías hacer lo que estabas haciendo. Ella, al igual que todos, es un ser frágil y tú eres alguien que no puede morir.

—Entonces, hazme mortal — pidió una vez más.

—No puedo hacerlo.

— ¡Claro que puedes! Pero no quieres, porque a mí nunca me has tratado como al resto de los seres que tienes allá arriba.

—Es que tú no eres como el resto. Por eso te hice diferente a los demás. Sin embargo, has formado sentimientos hacia esa mujer. A pesar de todo, eres un ser capaz de dar amor.

— ¿Y de qué me sirve darle amor, si no puedo curarla?

—De eso también se trata el amor. De querer hacer hasta lo imposible. Permanecer a su lado en lo bueno y en lo malo.

— ¡Por favor! ¡Hazme como ella! — imploró una vez más —. Sin ella no quiero seguir existiendo.

—No puedo. Asume las consecuencias de tus propios actos.

Úrsula estaba sola en aquella fría y solitaria parte del mundo. Las auroras boreales se dejaban ver sobre el cielo, pero a pesar de ser un espectáculo maravilloso, para ella en ese momento no lo era. Comenzó a llorar y su llanto en aquel solitario lugar sonaba espantoso, el eco hacía que pareciera aterrador. Llevada por su rabia, golpeó el suelo frío cubierto de hielo una y otra vez con todas sus fuerzas hasta que se cuarteó bajo sus pies. Una vez que desahogó su frustración, se prometió que sería la última vez que lloraría. Ahora debía ser fuerte por Rebeca. Al sentirse desahogada, abandonó el lugar para ir con Rebeca, dejando atrás a los humanos que la esperaban.

Rebeca y Úrsula esperaron dos semanas antes de dar la noticia a Carolina, Augusto y sus hermanos. Querían asimilarlo primero, y como era de esperarse, la noticia los impactó como un balde de agua fría. Sin embargo, al ver la entereza de Rebeca y la esperanza en los ojos de Úrsula, no se sintieron tan desmoronados.

Dos días después de dar la noticia a sus padres, Rebeca se encontraba recibiendo su primera sesión de quimioterapia de 24. Sin duda, iba a ser largo, pero tanto ella como Úrsula tenían la esperanza de que volvería a curarse. Como se lo había prometido, la muerte la acompañó y se quedó con ella todo el día, cuidándola y asegurándose de que comiera. Fue hasta la noche, después de dejar a Rebeca dormida, que partió para realizar sus deberes.

Conforme Rebeca recibía el tratamiento, el cáncer no parecía retroceder, sino volverse cada vez más agresivo y extenderse. Esto causó que el miedo se apoderara de ambas, pero Úrsula se mostraba positiva y Rebeca se mantenía fuerte por ella, aunque en realidad estaba llena de miedo.

En uno de sus chequeos, el oncólogo dijo que tendrían que operarla. Era necesario realizar una mastectomía radical modificada, ya que el cáncer se había diseminado a los ganglios linfáticos. Rebeca volvió a quedarse sin palabras ante lo que había escuchado. Las cosas no estaban mejorando, sino empeorando; ahora querían dejarla sin senos.

— ¿Entonces la quimioterapia no está haciendo nada? — preguntó Úrsula, visiblemente molesta.

— No está teniendo el resultado que esperábamos, pero si operamos, es más probable que al removerlo, las células restantes retrocedan.

Para ese momento, Rebeca estaba sin cabello. Hacía unos días había hecho que Úrsula se lo rapara, ya que solo le quedaba en algunas zonas de la cabeza y se veía rara. Sin embargo, no le preocupaba tanto su imagen de mujer ante Úrsula, ya que esta se había enamorado de ella cuando estaba en esa misma etapa. No obstante, ahora, querían quitarle un seno; esta vez, su apariencia y seguridad como mujer se verían aún más deplorables y el temor de que ya no le gustara a Úrsula apareció. Para Úrsula fue muy difícil verla llorar por lo que el médico había dicho.

— ¿Te seguiré gustando igual, aunque ya no tenga un seno? — preguntó Rebeca a Úrsula mientras intentaba que no se le quebrara la voz, pero al final fue imposible.

—Por supuesto, yo amo a Rebeca en todas sus formas. Con o sin senos, seguirás siendo tú.

Dos días más tarde, Rebeca entró a cirugía y Úrsula no se separó de ella en ningún momento. Agradeció ser invisible para todos, de esa manera pudo permanecer junto a la mujer que amaba justo en el momento en que le quitaban parte de su cuerpo.

— ¿Te seguiré gustando aún si me falta un seno? — le volvió a preguntar poco antes de entrar a cirugía.

Úrsula casi se sintió herida de que Rebeca no le creyera, pero entendía que se sintiera

insegura ante lo que iba a pasar. Su cuerpo volvería a sufrir cambios y probablemente pensaría que ya no se sentiría tan femenina ni atractiva como antes.

—Rebeca, siempre serás mi amor, siempre — y la besó en los labios para asegurarle que no dejaba de gustarle y atraerle.

—Me veré diferente cuando salga de esa cirugía, si ya no me veo bien ahora, después mucho menos — murmuró Rebeca.

—Eso no me importa, yo te querré de igual manera, mucho más aún. Me seguirás gustando y sobre todo te seguiré admirando más por ser tan valiente —respondió Úrsula con dulzura.

—Yo no soy valiente.

—Por supuesto que sí.

Rebeca quería decirle que si mostraba fortaleza era por ella, porque creía en la esperanza que Úrsula tenía en su recuperación, y por ella estaba dispuesta a intentarlo todo.

Una vez dentro de la sala de operaciones, Úrsula creyó que podría soportar ver cómo operaban a su esposa. Sin embargo, no aguantó ver cómo cortaban a la persona que amaba y desapareció. La Muerte sabía que Rebeca no podía sentir dolor en ese momento, pero presenciar aquello fue demasiado para sus ojos. Por un instante, estuvo a punto de llevársela lejos de allí para protegerla, pero al recordar que la intervención quirúrgica era para recuperar su salud, se resignó y se marchó.

Mientras Rebeca estaba en cirugía, Úrsula cumplió con su deber y regresó al hospital más tarde, calculando que la operación había terminado. En la sala de espera, encontró a Carolina y Augusto, quienes ya la esperaban para obtener noticias de Rebeca, pero ella aún no sabía nada. Minutos más tarde, el médico salió y les informó que Rebeca se encontraba bien y que ya la habían llevado a una habitación para su recuperación. Minutos después, Carolina, Augusto y Úrsula entraron a verla, pero Rebeca aún estaba bajo los efectos de los sedantes. Aunque se alegraron de que todo hubiera salido bien, rogaron al cielo por la recuperación de Rebeca del cáncer.

A pesar de que Carolina se ofreció a quedarse con Rebeca esa noche, Úrsula insistió en quedarse con su esposa. Sabía que lo primero que haría Rebeca al despertar sería buscarla a ella, y la muerte deseaba estar allí.

Rebeca pasó dos días en el hospital antes de que la enviaran a casa y se sentía aún más débil y cansada que antes, pero se alegraba de tener a Úrsula y a su madre cuidándola algunas horas cuando Úrsula supuestamente se iba a trabajar. La mujer enferma agradecía la infinita paciencia y dedicación de Úrsula, ya que la mayoría de las veces Rebeca se negaba a comer y Úrsula hacía todo lo posible para encontrar alimentos que satisficieran su paladar y no afectaran su salud.

Cuando entraban a la ducha, Úrsula la ayudaba a lavarse y vestirse, y Rebeca se sentía avergonzada mostrando ahora su desnudez ante su esposa.

—No tienes por qué sentirte cohibida conmigo — le dijo Úrsula mirándola a los ojos y luego tomando una de sus manos entre las suyas.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, me siento rara e incompleta.

—Rebeca, yo siempre te voy a querer. Recuérdalo y tenlo siempre presente — manifestó besando sus labios.

—Apenas tengo unos años contigo y ya me veo como una anciana. Qué rápido me descompose.

—No digas tonterías, recuerda que estamos juntas en la salud y en la enfermedad — y la

levantó en brazos para llevarla a la cama.

—No sé qué haría sin ti.

—Lo mismo que ahora, seguir viviendo.

Capítulo 18

Con su enfermedad, Rebeca dejó de trabajar y se mantuvo en casa bajo el cuidado de Úrsula y Carolina, su madre, quien a menudo pasaba algunas horas con ella. Los fines de semana, toda la familia se reunía en su casa para almorzar junto a Rebeca y Úrsula.

Además de leer durante su tiempo libre, sus amigas también iban a visitarla. Rebeca comenzó a escribir como una forma de desahogo, y Úrsula se convirtió en su lectora y fan. Todas las noches, Úrsula leía lo que Rebeca había escrito durante el día. Rebeca sabía que no podía cargar toda su carga emocional sobre Úrsula, quien cada vez estaba más pensativa, callada y distraída. Cuando Rebeca la llamaba, Úrsula se angustiaba y pasaban varios minutos antes de que pudiera tranquilizarse.

Los meses seguían pasando y a Rebeca solo le dijeron que le darían un descanso; el cáncer no retrocedía y se había diseminado rápidamente por otras partes de su cuerpo, a pesar de todos los tratamientos. No se sabía decir quién de las dos estaba más triste por los resultados de los últimos exámenes realizados.

—Me siento tan cansada — dijo Rebeca una noche mientras estaban en la cama, después de un largo día y de enterarse de que el cáncer no daba tregua.

—Quisiera meterme a tu torrente sanguíneo y matar yo misma esas malditas células ¡Pero no puedo! No puedo hacer algo como eso y me siento tan impotente — expresó Úrsula con voz quebrada.

—Ya haces demasiado — manifestó Rebeca atrayendo a Úrsula hacia ella para consolarla —. No te atormentes, solo ámame — y Úrsula la miró a los ojos al escuchar aquello.

—Dijiste que estabas cansada.

—Sí, pero de que mi cuerpo sienta puros malestares. Deseo sentir algo más que náuseas y fatiga, ¿sabes?

Con toda la ternura del mundo, Úrsula la besó en los labios y esta vez no la dejó sin aliento, porque sabía lo mucho que a Rebeca le costaba ahora mantenerse en pie, ambas sabían que su vida se estaba apagando, se notaba en sus ojos y eso era lo que más le dolía a Úrsula. La colmó de besos de los pies a la cabeza mientras la desnudaba, sobre todo le dio la misma atención a la zona en la que alguna vez tuvo dos pechos y ahora solo uno. Rebeca volvió a sentirse sexi y atractiva para la mujer que amaba, haciendo que la seguridad que había perdido, regresara.

Úrsula la llevó de nuevo al paraíso, a ese que ya creía perdido, devolviéndole esa confianza en su amor, porque Rebeca pensaba y suponía que Úrsula continuaba con ella solo por pena y lastima, pero en el momento en que comenzó a besarla con ese amor y esa dulzura, su miedo e inseguridad se esfumaron. Porque su esposa la amó de una forma en que nunca la había amado antes, la amó con calma, con mucha calma, se tomó el tiempo para desnudarla y no hubo rincón de su cuerpo que las manos y los labios de Úrsula no acariciaran y Rebeca agradeció que su esposa la amara de esa manera, ya que su cuerpo no era el mismo de antes y todo lo tomaba a menos revoluciones, pero una vez que llegó al punto de la excitación y todo su ser se mojó, fue imposible no alcanzar el orgasmo.

Y como otras veces, Úrsula buscó su liberación en el muslo de Rebeca, que terminó completamente exhausta como para tratar de complacer a su esposa, pero sí que le gustó sentir la forma en que Úrsula se recreaba en ella y lograba correrse. Se alegró de sentir los fluidos de su

esposa deslizarse por su muslo, era una prueba más de que aún le causaba emociones.

—Gracias — dijo Rebeca a Úrsula cuando terminó de limpiarla y se acurrucó junto a ella.

— ¿Por qué me das las gracias?

—Por amarme y por hacerme sentir que aún soy una mujer deseada — y se le quebró la voz.

—Nunca dejaré de hacerlo, Rebeca. Yo te amaré siempre.

Durante los días en que Rebeca tendría su descanso del tratamiento, su hermano Fernando le dio la noticia de que se casaría pronto. Una tarde había ido a visitarla con Elena, su novia, con la cual salía desde hacía ya más de un año. La razón de su visita era anunciarle que se casarían pronto y querían que fuera su madrina de lazo.

—Sé que tú y Úrsula quizás no están en el mejor momento económico, pero nos gustaría a Elena y a mí que fueran nuestras madrinas de lazo.

— ¡Nos encantaría! — dijo Rebeca animada, mirando a Úrsula que se hallaba sentada a su lado —. ¿Verdad, Úrsula?

— Por supuesto.

La boda de Fernando se llevaría a cabo en dos meses, así que Rebeca y Úrsula tenían tiempo de sobra para elegir un vestido y comprar el lazo. Sin embargo, tenían algo mucho más importante antes que la boda, y eso era volver a realizarse exámenes para saber cómo iba su enfermedad y de qué modo pensaban contraatacar. Pero una vez que estuvieron con el oncólogo y revisó los resultados de sus exámenes, tuvo más malas noticias.

— ¡Usted hizo todo esto para que su enfermedad avanzara! — le gritó Úrsula al doctor.

— Por supuesto que no, señora — respondió el doctor con calma —. Era necesario que Rebeca tomara un descanso, el tratamiento como usted bien sabe es agotador.

— ¿Y ahora? ¿Qué podemos hacer?

— Lo mismo, pero más potente.

— ¿Pero servirá?

— No lo sé.

Úrsula miró al doctor con ganas de arrancarle la cabeza y estaba a punto de hablar de nuevo cuando fue Rebeca quien rompió el silencio.

— Ya no quiero tomar quimioterapia — dijo con una voz tan serena que incluso ella misma se sorprendió.

— Podemos intentar con radioterapia — ofreció el oncólogo otra alternativa.

— No tomaré nada — declaró con toda la seguridad del mundo, y Úrsula la miró sorprendida —. No quiero prolongar mi sufrimiento, sabes que no voy a curarme. El cáncer se ha propagado por todo mi cuerpo y estoy cansada de sentirme mal.

— ¿Es verdad eso? — preguntó Úrsula al doctor.

— Es... verdad.

— ¡Entonces, ¿por qué nos estaba vendiendo falsas esperanzas?! — le espetó Úrsula, levantándose de su asiento —. Yo quiero que sane, no quiero torturarla con un tratamiento que no la salvará.

Úrsula tomó la mano de Rebeca para sacarla del consultorio. La muerte sentía la rabia atascada en su garganta, al igual que el dolor de saber que perdería a Rebeca, y odiaba sentirse impotente.

— Recorreremos el mundo si es necesario — le dijo Úrsula cuando estaban fuera de la clínica.

— Creo que sería inútil, Úrsula.

— Eso no lo sabes.

— Lamento decirte que mi cuerpo está lleno de células malignas y no creo que nada ni nadie pueda ayudarme.

— No lo creo.

Ambas se miraron intensamente a los ojos y Úrsula se consideró egoísta al querer que Rebeca continuara sometiéndose a tratamientos que quizás no dieran resultados, pero ¿y si había la posibilidad de que realmente sobreviviera? Ella lo intentaría.

— De acuerdo, es tu cuerpo y es tu decisión, pero si puedo llevarte a cualquier parte del mundo para intentar salvarte, lo haré, solo pídemelo.

— Gracias por entenderlo y por querer llevarme por todo el mundo en busca de esperanza.

— Yo no tenía esperanza, pero si la tengo es gracias a ti.

Úrsula no se había dado cuenta del momento en que se había vuelto humana, no porque fuera capaz de poseer un cuerpo, sino por la manera en que experimentaba las cosas y las emociones. Su sentir, siempre inamovible, ahora sufría cambios: se enojaba, se angustiaba, lloraba, reía y, sobre todo y lo más importante, amaba.

— Como todos en la familia de Rebeca estaban emocionados con la boda de Fernando, ellas no informaron sobre lo que Rebeca había decidido sobre su salud. Esperarían a que la boda se llevara a cabo y, sobre todo, necesitaban procesarlo también.

— ¿Sigues sin querer volver a intentarlo? — le preguntó Úrsula la noche antes de la boda de Fernando.

— Mi respuesta sigue siendo la misma, Úrsula. Me siento mejor ahora, que con esos tratamientos. Pero si quieres podemos recorrer el mundo, por placer, ahora que puedo.

— Entonces recorreremos el mundo.

∞∞∞∞

Rebeca y Úrsula se vistieron para la ocasión. Hacía varias semanas que habían ido a comprar sus vestidos, zapatos y el lazo para la boda de Fernando y Elena. Se les hacía tarde, y Rebeca había pasado horas frente al espejo, insegura de cómo lucía, aunque Úrsula le aseguraba repetidamente que se veía estupenda. Rebeca no le creía, argumentando que Úrsula la veía con ojos de amor y no con objetividad.

— ¡Vámonos ya! O llegaremos tarde — instó Úrsula, de pie detrás de Rebeca, observando su indecisión.

— No sé si este vestido me queda bien — continuó Rebeca.

— Te ves preciosa — afirmó Úrsula, girándola para que la mirara a los ojos.

— Eso lo dices porque me amas.

— Entonces no debes preocuparte por cómo te vean los demás, a quien le debes gustar es a mí y a ti.

— Ese es el caso, que no me gusto a mí misma en este momento — y cuando volvió a girarse frente al espejo, este ya no estaba.

— Lo siento, pero si seguía dejándolo ahí seguirías con lo mismo. Estás perfecta, no tener cabello no significa que te veas mal — manifestó Úrsula cuando Rebeca se giró para reclamarle por el espejo desaparecido.

Rebeca hizo un puchero, pero al final terminó brindándole una sonrisa a Úrsula, porque siempre le daba la seguridad y la confianza que últimamente no tenía y necesitaba. Llegaron a la

iglesia justo a tiempo, ya que poco después dio comienzo la ceremonia religiosa. Al terminar la misa, comenzaron las sesiones de fotos y luego se dirigieron al salón de eventos donde se celebraría la fiesta.

En esta ocasión, Rebeca no se contuvo de comer y beber todo lo que quiso y aunque Úrsula por momentos tuvo la intención de detenerla, no lo hizo. La dejó porque su esposa ya había tomado una decisión y ella la respetaría, además de que le gustó ver aquel rostro de satisfacción que ponía al llevarse lo que le gustaba a la boca. Tanto así, que Rebeca tuvo las ganas y las energías suficientes para pedirle a Úrsula que bailara con ella.

— ¿Ya te cansaste? ¿Te quieres ir? — preguntó Úrsula a Rebeca cuando esta recargó la cabeza en su hombro.

—Sí, me he cansado. Pero aún no me quiero ir.

— ¿Te sientes mal?

—No, solo estoy agotada, pero feliz.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy.

—Cuando quieras volver a casa, me dices ¿de acuerdo?

—Sabes que sí — respondió, tomando una mano de Úrsula entre las suyas.



Dos días más tarde de la boda, Rebeca compartió con sus padres la noticia y la decisión que había tomado. Como era de esperarse, al igual que Úrsula, estaban inicialmente en desacuerdo, pero una vez que Rebeca les explicó por qué no pensaba continuar, ellos aceptaron sus razones y lloraron. Sin embargo, como en ocasiones anteriores, Rebeca mostró fortaleza y Úrsula la admiró aún más por ello.

Una vez comunicada la decisión, Rebeca y Úrsula comenzaron su viaje alrededor del mundo. El primer destino fue Estados Unidos, seguido por Canadá y así sucesivamente, explorando Europa, Asia, África y finalmente la Antártida, que fue uno de sus últimos destinos. Pasaron varios meses viajando, meses en los que Rebeca estuvo libre de los malestares de su enfermedad.

Sin embargo, mientras exploraban su propio país en el tramo final del viaje, Rebeca comenzó a sentirse mal. Experimentó mareos, fiebre y debilidad. A pesar de no sentirse en las mejores condiciones, quiso seguir explorando un poco más los lugares que sabía que nunca volvería a ver. No obstante, una noche decidieron regresar a casa, ya que Rebeca determinó que era lo mejor.

—Estoy cansada y lo mejor será volver a casa para descansar — dijo Rebeca con voz apagada.

—Te dije que volviéramos antes, pero no quisiste — respondió Úrsula, angustiada al sentir la piel de Rebeca más caliente de lo normal.

—Quería ver un poco más — murmuró Rebeca, tomando la mano de Úrsula y colocándosela en la frente.

—Pero ahora has gastado todas tus energías.

Rebeca quería decirle que no era solo cansancio, que era el cáncer avanzando en su cuerpo, pero prefirió guardar silencio. Lo primero que hizo al llegar a casa fue darse un baño, acompañada por Úrsula, y luego ponerse el pijama para irse a dormir. Ni siquiera quiso comer y Úrsula se quedó un buen rato mirándola mientras dormía, sintiendo una inmensa angustia y miedo que últimamente la acosaban, revisando cada tanto la lista que llevaba consigo como si

fuera su única posesión.

Rebeca no despertó en toda la noche, pero cuando finalmente lo hizo se sintió mucho mejor, casi enérgica. Sorprendió a Úrsula llenándola de besos, quien la miraba con ojos llenos de preocupación y alivio. Sin embargo, esa recuperación fue solo una ilusión momentánea, una falsa esperanza que hizo creer erróneamente a todos que Rebeca se había curado mágicamente. La verdad era que el cáncer se había extendido y aquello solo marcaba el comienzo del fin.

Capítulo 19

Úrsula no podía creer lo mucho que la salud de Rebeca había empeorado. Ahora le costaba mantenerse en pie por sí misma, se mareaba frecuentemente y los médicos no tenían más opciones que esperar lo inevitable. A pesar de sentirse miserable cada día, Úrsula se esforzaba por ocultar sus verdaderos miedos y sentimientos cuando estaba con Rebeca, quien aún estaba viva pero claramente perdiendo la batalla contra la enfermedad.

Rebeca no era ingenua y percibía el sufrimiento de Úrsula, así como el de sus padres y familiares que la visitaban con frecuencia. Aunque también padecía, a veces lograba distraerse de su propio dolor al preocuparse por el futuro de Úrsula una vez que ella partiera de este mundo. No quería que Úrsula volviera a una vida solitaria; deseaba que fuera feliz, aunque ella ya no estuviera presente.

Cada día que pasaba, Rebeca se debilitaba más. Ahora dependía completamente de Úrsula para todo, su cuerpo ya no respondía como antes y la muerte, demasiado ocupada cuidando a la mujer que amaba, parecía haberse olvidado de que Rebeca aún sentía algo más que fatiga y debilidad.

— ¿Aún me quieres? — preguntó Rebeca a Úrsula una noche, justo después de haberla acostado en la cama y mientras la arropaba con ternura.

— Claro que te quiero, Rebeca. Te amo con todo mi corazón — respondió Úrsula, mirándola profundamente a los ojos.

— Entonces, ¿por qué ya no me tocas ni me besas como antes?

La pregunta tomó por sorpresa a Úrsula, quien se había dedicado intensamente a cuidar de Rebeca con todo su amor, pero no había prestado atención a los gestos íntimos que solían compartir.

— Rebeca, trato de cuidarte lo mejor posible.

— Es precisamente eso lo único que haces últimamente, cuidarme como si fuera una enferma, y eso me hace sentir peor. Ya no me besas ni me acaricias como antes... — su voz se quebró —. Necesito sentir que aún me deseas, que me amas de verdad, y no solo que lo digas automáticamente.

Las palabras de Rebeca golpearon el corazón de Úrsula. Se sintió devastada al darse cuenta de cómo sus acciones habían afectado a Rebeca, cómo su miedo y preocupación habían oscurecido su relación.

— No me había dado cuenta de lo que estaba pasando. Tengo tanto miedo... — Úrsula quería decir “*miedo de perderte*”, pero se contuvo —. A veces pienso que quizás ya no quieres que te bese ni te acaricie.

— No sé si en algún momento más adelante perderé el deseo por ti, pero ahora necesito sentir que soy importante para ti, que me quieres y me deseas.

Úrsula acercó su rostro al de Rebeca y sosteniéndole la mirada la besó en los labios y en aquel beso bebieron sus lágrimas. El beso fue intenso, Úrsula la besó de aquella forma en la que siempre dejaba a Rebeca sin aire, Úrsula le dio tregua y esperó a que recuperara el aliento para besarla otra vez y mientras esperaba, sus labios se posaron en el cuello, hombros y mejillas de Rebeca, para poco después volver a su boca y sin decir media palabra, comenzaron a desnudarse.

Úrsula se dejó desnudar por Rebeca, pero en esta ocasión su esposa era más lenta, aun así, se encontraba disfrutando de lo que aquellas manos provocaban en ella.

—De saber qué haríamos esto, te hubiera dejado desnuda — comentó Úrsula cuando le quitaba el pijama a Rebeca.

Cuando terminaron de hacer el amor o mas bien cuando Úrsula terminó de hacer el amor para las dos, se puso a llorar, rompió en llanto pese a que se repitiera mil veces dentro de su cabeza que no lo hiciera, que Rebeca aún estaba viva, que, con un cuerpo frágil, aún seguía allí, pero para ella que era inmortal y ver un cuerpo acabarse lentamente como lo estaba haciendo el de Rebeca, se le hacía una lenta agonía.

— ¿Por qué lloras? — quiso saber Rebeca.

— Porque te amo.

— ¿Hubieras preferido nunca haberme conocido?

— Soy feliz de haberte conocido.

— En este momento no lo eres — su voz era serena y Úrsula envidiaba su fortaleza.

— Lo siento — dijo hundiendo su rostro en el cuello de Rebeca e inhalando su aroma —. Es solo que a veces me puede y se me hace difícil imaginar mi existencia sin ti.

— ¿Y qué vas a hacer cuando ya no esté? — quiso saber Rebeca y Úrsula se quedó callada.

— Cuando ya no estés, buscaré la manera de dejar de existir.

Rebeca se quedó callada, no sabía si eso sería posible, pero tampoco tuvo la fuerza para hablar, un fuerte nudo se le había formado en la garganta. Desde que se casara, imaginó que viviría una larga vida con Úrsula, que tendría hijos y posiblemente sería abuela en un futuro lejano. Sin embargo, la vida le había planeado algo distinto, pero al menos le había puesto en su camino el amor de un ser que no esperó y se consideraba afortunada de haber podido vivir algo único en la vida.

— No deberías sentirte triste — habló Rebeca luego de un rato en silencio —. Me alegro de haber podido conocerte y vivir contigo un amor que siempre soñé.

Úrsula la abrazó con fuerza y Rebeca correspondió con las pocas fuerzas que le quedaban. No lloró, porque ya no quería hacerlo, ni debía. No tenía miedo a la muerte porque era su esposa y sabía que no podía haber nada malo cuando dejara de respirar. Qué había más allá, no lo sabía, pero estaba segura de que al menos ya no habría sufrimiento.



Rebeca cada vez necesitaba más aire, y Úrsula ya no la besaba largamente como antes, sino que le daba cortos besos que la hacían feliz. A pesar de ser breves, Rebeca sentía que se asfixiaba. Antes, ese efecto era por su enamoramiento, pero ahora, aunque seguía enamorada de ella, aquel mareo no era por la emoción, sino por su enfermedad.

— ¿Podrías llevarme a nuestra habitación? — pidió Rebeca mientras se ponía de pie del sofá. Al hacerlo, sus piernas se debilitaron, haciendo que Úrsula se apresurara a sostenerla.

— Ya te dije que me digas cuando vayas a ponerte de pie — la reprendió Úrsula.

— Lo siento. A veces se me olvida que ya no soy la misma de antes y que necesito ayuda para todo. No te enojés.

— No me enojo, es solo que me asusté — dijo Úrsula dejando un beso en la coronilla de Rebeca.

Al día siguiente, la salud de Rebeca empeoró considerablemente. Ya no pudo sentarse en la cama por sí sola. Sus fuerzas se habían ido de un día para otro, había perdido el apetito, y Úrsula se sintió aún más frustrada al no poder hacer nada por ella.

Todo comenzó a dolerle. En la boca empezaron a aparecer llagas que le causaban molestias al masticar y tragar, por lo que Úrsula tuvo que alimentarla únicamente con suplementos alimenticios líquidos, dándoselos a beber con una pajilla.

Además de las llagas y el dolor, a Rebeca se le dificultaba cada vez más respirar, por lo que necesitó usar oxígeno. Las noches se volvieron interminables, ya que no podía dormir como antes. Todos los días parecían iguales para ella: de un sofá a la cama y viceversa.

Además de las llagas en la boca, comenzaron a salirle ampollas en la espalda y apenas le apetecía agua. No soportaba que Úrsula tocara esa parte, pues el dolor era terrible incluso con el mínimo contacto. En resumen, ambas agonizaban de manera diferente: una padeciendo la enfermedad y la otra viendo sufrir. Era desgarrador para Úrsula desear con toda su alma poder quitarle la enfermedad a su esposa, pero no poder hacerlo. Su castigo era ver cómo la mujer que amaba moría lentamente de la manera más cruel y dolorosa.

Y finalmente, Carolina vio a Úrsula desmoronarse. Su belleza ahora estaba velada por la tristeza y la amargura, aunque Úrsula continuaba mostrándose amable y atenta con todos, especialmente con Rebeca. Esto hizo que Carolina la apreciara aún más, al observar el amor profundo que Úrsula sentía por su hija.

Un día, de repente, Rebeca perdió el habla y con ello también el conocimiento. Fue un golpe duro para sus padres, pero aún más devastador para Úrsula, quien ya no pudo escuchar su voz. Los ojos verdes de Rebeca se volvieron distantes puntos verdes, y por primera vez, Úrsula enfrentó la más difícil situación de su vida: acompañar a la mujer que amaba en su partida de este mundo.

Aunque era difícil, Úrsula no quería ver a Rebeca sufrir más. Su cuerpo estaba cubierto de llagas sangrantes y tocarla se había vuelto doloroso. Los gemidos de Rebeca desgarraban el alma de Úrsula mientras ella lloraba en silencio, especialmente cuando Rebeca lograba dormir. Úrsula lloraba mientras navegaba por el mundo y deseaba poder dejar de existir junto a ella.

Y un día, la muerte odió haber podido sentir, haber podido amar y enamorarse de la mujer más maravillosa sobre la faz de la tierra. Estaba segura de que sin ella y de no haberla conocido, su existencia no habría cambiado, ni habría tenido sentido alguno como lo tenía ahora, comprendiendo las emociones humanas. Úrsula rompió a llorar de nuevo, como en tantas otras ocasiones, porque no quería dejarla ir, pero tampoco podía tenerla para siempre. Ahora tenía que pagar el precio por hacer lo que no debía.

—Si con cada lágrima pudiera devolverte la vida, lloraría toda mi existencia — susurró Úrsula estas palabras al oído de Rebeca, quien ya ni siquiera era capaz de atender a las voces que le hablaban —. Si pudiera ser mortal y morir contigo. Aunque de igual manera moriré cada día y cada noche de mi larga existencia al no estar junto a ti, mi amor.

Y cuando Úrsula menos lo esperaba, mientras recorría el mundo en busca de vidas, al revisar su lista, se encontró con el nombre de la mujer que amaba. Era su turno de dejar este mundo y la muerte, al ver aquel nombre y rostro, se detuvo. Fue como si se congelara, aunque sabía que era imposible. Llena de dolor, dio un grito desgarrador al saber que en unos segundos le quitaría la vida a Rebeca, la mujer a quien había querido proteger de todo y de todos, pero no pudo protegerla de sí misma. Con toda la tristeza del mundo y cargándola a costas, apareció en la habitación de su casa, se sentó en el borde de la cama y miró a Rebeca con detenimiento. Era consciente de lo mucho que Rebeca había desmejorado y de lo mucho que sufría y solo por eso, era la razón que tenía para arrebatarse su vida. En unos instantes, Rebeca dejaría de padecer y de agonizar, era lo mejor, así fuera duro perderla.

Antes de exhalar su último aliento, Úrsula acarició el rostro de Rebeca con ambas manos,

venerando a la mujer que amaba. Luego, tomó sus manos frías y flácidas y las besó, para finalmente darle un breve beso en los labios con devoción. Le dedicó una sonrisa triste a su esposa, cuya mirada estaba perdida y desprovista de toda viveza. Úrsula abrió la boca ligeramente frente al rostro de Rebeca como si fuera a darle un beso y en menos de un segundo tomó su vida. Su preciosa vida. Rebeca apareció a su lado de manera casi intangible; esta vez parecían ser iguales. Úrsula, para no hacer más doloroso aquel momento, sin más preámbulos tomó la mano de Rebeca y la llevó hacia esa enorme puerta, donde llevaba a todo aquel a quien se le terminaba la vida en la tierra.

— No puedo acompañarte más allá de esta puerta — dijo, conteniendo el llanto e intentando sonar fría e indiferente, al tiempo que soltaba su mano para no volverla a tomar jamás. Ese era su adiós —. Te amo, Rebeca, y te amaré siempre. Y si en otra vida estás, te buscaré hasta encontrarte, para volver a verte y amarte. Adiós, Rebeca.

La muerte desapareció y Rebeca no pudo seguirla; era como si sus pies se hubieran quedado clavados en cemento. Lo irónico era que ya no poseía un cuerpo, que no tenía nada, ya no era nadie. Poco después, se dio cuenta de que ya no sentía dolor; había desaparecido. Su lenta agonía había terminado al fin, pero se sentía extraña. La gran puerta donde la había dejado Úrsula se abrió y dio paso a un ser alado sin una forma en especial. El ser desprendía solo una luz demasiado luminosa como para poder verlo claramente, así que Rebeca solo fue capaz de distinguir sus hermosas alas blancas y nada más.

Úrsula regresó a la habitación donde reposaba el cuerpo inerte y sin vida de su esposa, contemplándola durante unos largos minutos. Se dio cuenta de que ahora estaba sola de nuevo. Ese cuerpo ya no le pertenecía totalmente a Rebeca; era solo una parte mínima de ella. Úrsula tendría que darle sepultura, comunicar la terrible noticia a sus padres y hermanos, además de organizar el funeral. Antes de hacer esas llamadas, se dejó llevar por el dolor y se soltó a llorar sobre el cuerpo de su esposa, el único lugar donde podía expresar su dolor. Después de calmarse un poco, desconectó el oxígeno, acarició su rostro y le dio un último beso en la frente. Luego llamó a la casa de sus suegros, esperando que fuera Lucía quien respondiera.

— Hola — saludó con voz apagada cuando atendieron.

— ¡Úrsula! ¿Cómo estás? — respondió Lucía con su característica voz juvenil.

— Yo... — Úrsula no pudo contenerse y sollozó.

— ¿Qué pasa, Úrsula? — preguntó Lucía, con el corazón acelerado y temiendo lo peor —. ¿Rebeca está bien? — hubo un largo silencio tras la pregunta.

— Ella... acaba de morir.

La llamada se cortó mucho antes de que Úrsula pudiera decir algo más. Necesitaba un tiempo a solas antes de enfrentarse a la familia de Rebeca y a los amigos y conocidos que seguramente vendrían a darle el último adiós a su esposa.

Antes de que llegaran sus suegros, vistió a Rebeca con aquel vestido que tanto le gustaba y en el que siempre se veía espectacular. Aunque podría haberlo hecho con sus dones, prefirió hacerlo ella misma; quería sentir a Rebeca por última vez entre sus manos.

Desvistió a Rebeca despacio y con cuidado. Aunque su cuerpo ya no era ligero como solía ser cuando estaba viva, eligió un vestido verde claro, recordando los ojos de Rebeca. Después, la maquilló como solía hacerlo Rebeca, asegurándose de que se viera tan hermosa como siempre. Cuando terminó, las lágrimas empañaban sus ojos y justo en ese momento, tocaron a la puerta de la casa.

Capítulo 20

El cuerpo de Rebeca yacía ahora dentro de un ataúd, y Úrsula sintió que estaba al borde de perder lo poco que le quedaba de sí misma. En pocas horas, el cuerpo de su amada sería consumido por los gusanos. Úrsula estaba presente físicamente, pero su mente estaba lejos de allí, evitando estar donde estaba el dolor. Sin embargo, no podía marcharse, pues temía que pensarán que lo hacía para liberarse de cuidar a una mujer enferma y buscar a otra persona. Ella sabía que nunca volvería a enamorarse.

El día transcurrió lentamente para Úrsula, apenas consciente de las personas que entraban y salían de la casa para darle el pésame. Los rostros que le expresaban sus condolencias eran borrosos y sin definición. Por la noche, como era su rutina desde que estuvo con Rebeca, subió a su habitación y en algún momento esperó encontrar a Rebeca acostada en la cama, como en las últimas semanas. Pero solo encontró un lecho vacío.

Rebeca nunca más estaría allí, ni en ninguna otra parte de la casa. Úrsula sollozó mientras tomaba el pijama que le había quitado esa misma mañana, abrazándolo con añoranza y respirando su aroma. Se tumbó en la cama y comenzó a llorar hasta que ya no pudo más, quedándose sumida en su tristeza, mirando hacia la nada en la oscuridad de la habitación. Después de un rato, Lucía tocó a la puerta de la alcoba, preocupada por la larga ausencia de Úrsula. Al no recibir respuesta, entró sin esperar permiso.

— Entré porque no has respondido — se excusó Lucía al ver a Úrsula acostada en la cama, hecha un ovillo.

— Lo siento, no te escuché — respondió Úrsula con voz apagada.

— Me han mandado a buscarte para que vayas a comer.

— En un momento bajo — contestó Úrsula, sin ganas de fingir que tenía hambre.

— Si no bajas, vendré a buscarte de nuevo — advirtió Lucía —. No has comido nada durante el día.

— No tengo hambre.

— Lo sé y te entiendo, pero debes obligarte a hacerlo aunque sea un poco, o te enfermarás.

Úrsula bajó después de obligarse a levantarse de la cama, evitando que Lucía tuviera que ir por ella de nuevo. Fue directo a la cocina, pero no mostró interés en lo que Carolina le ofreció, limitándose a aceptar una taza de té que tomó entre sus manos antes de salir hacia donde yacía Rebeca en el ataúd. Verla allí le parecía todavía tan irreal que no podía creer estar viviendo esa experiencia de lamentar la pérdida de su ser amado. Ella, que siempre había sido la muerte, ahora perdía todo por su propia mano.

Rebeca tuvo una misa de cuerpo presente y luego fue llevada al lugar donde descansaría su cuerpo. Cuando llegó el momento de la sepultura, Úrsula sintió el deseo de desaparecer mientras el féretro descendía lentamente hacia la fosa que sería su morada eterna. A pesar de ello, se mantuvo de pie, tan rígida como una estatua de piedra. Consciente de que los padres y hermanos de Rebeca lloraban desconsolados, Úrsula no sabía si ella se sentía igual o peor que ellos.

Cuando todo terminó y el cemento cubrió la superficie del sepulcro, Úrsula no podía marcharse. Incluso cuando los demás empezaron a retirarse, ella se quedó inmóvil. Fue entonces cuando sus suegros la llevaron de vuelta a casa, arrastrándola de ahí.

— Te podemos hacer compañía esta noche — ofreció Carolina —. O bien, puedes venir a nuestra casa por unos días.

— Gracias, pero no es necesario — respondió Úrsula, mirando a su alrededor.

— ¿Estás segura?

— Sí, de verdad. No me gustaría incomodarlos.

— No sería ninguna molestia — insistió Carolina.

Todos ellos temían dejarla sola y que pudiera hacer algo imprudente.

— Estaré bien, no se preocupen.

— Nos quedaremos esta noche contigo — decidió finalmente Carolina.

— Está bien. Entonces buscaré ropa de cama — dijo Úrsula, dirigiéndose hacia las escaleras.

— Luci, ve a ayudarla.

— Sí, mamá.

A las nueve de la noche, todos se fueron a dormir, excepto Úrsula, que no dormía. Se encerró en su habitación, pero no soportaba estar allí sin la presencia de Rebeca, quien le daba vida. Después de cerrar la puerta con seguro, se marchó a realizar su trabajo, el cual había dejado de lado por más de veinticuatro horas. Estaba segura de que más de uno se encontraba en una lenta y larga agonía, y envidiaba silenciosamente que ellos pudieran morir mientras ella no podía.

Regresó por la mañana, calculando que sus inquilinos despertarían y tocarían a la puerta de su habitación para asegurarse de que estaba bien. Como lo pensó, sucedió. Bajó a desayunar y con asco se obligó a comer unos cuantos bocados. Después de un rato, se quedó sola y, una vez sin compañía, se sentó en el sofá y tomó el portarretratos con la fotografía de su boda, mirándola por mucho tiempo. Cuando sintió que las lágrimas estaban a punto de brotar de nuevo, desapareció para recorrer el mundo. Intentaba huir de lo que sentía, pero le resultó imposible contenerse. No podía escapar de sí misma. Por eso, en cada lugar que visitaba, algunas personas que se cruzaban en su camino escuchaban su llanto, el cual les erizaba la piel y les hacía sentir miedo.

La muerte vagó sin descanso, como lo hacía antes de conocer y estar con Rebeca, antes de amarla, antes de sentir que pertenecía a alguien. Para la muerte, ya no habría una cama tibia, ni un cuerpo cálido que la recibiera con besos y caricias por las mañanas, ni un cuerpo tibio en el que encontrar consuelo por las noches. La muerte volvía a su propia oscuridad, a su inmundicia.



— ¡Úrsula! — fue lo único que Rebeca logró articular con voz quebrada, pero fue demasiado tarde, la muerte se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos sin darle oportunidad a nada.

Todo estaba sucediendo tan rápido que apenas comprendía que Úrsula la amaría siempre, y eso era demasiado para un ser que viviría a lo largo de la eternidad. Rebeca hubiera deseado correr tras ella, pero algo invisible la detenía. El ángel esperaba pacientemente a que ella cruzara la puerta, pero Rebeca dudaba; tenía miedo de que cruzar significara separarse para siempre de Úrsula, y ella quería un “siempre” junto a ella. Estaba segura de que nada las volvería a unir si tuviera la oportunidad de vivir otra vida, porque sabía que la olvidaría, olvidaría todo el cariño y amor que compartieron. Entonces, comenzó a llorar, más como un reflejo de su vida humana que como un acto consciente.

— *¡Así que eres tú!* — dijo el ser alado, llamando su atención y asustándola.

— ¿Yo? — respondió Rebeca con voz débil.

— *Sí, tú. La que ha puesto a ese ángel solitario de cabeza. El Creador está enojado.*

— ¿Conmigo? — preguntó Rebeca, preocupada por la posibilidad de ir al infierno.

— *Él nunca se enoja con los que ama* — respondió el ser alado —. *Ni siquiera con el ángel solitario de la muerte.*

— Entonces, ¿por qué dijiste que lo estaba?

— *Porque solo quería que dejaras de llorar.*

— Creí que los ángeles no decían mentiras. Tú eres un ángel, ¿verdad? — Rebeca se dio cuenta de que había dejado de llorar al asustarse con las palabras del ser alado.

— *No soy un ángel.*

— Pero tienes alas.

— *Eso no significa que sea un ángel.*

— ¿Intentas confundirme?

— *No.*

— Eso no es lo que me parece.

— *Yo no estoy aquí para discutir eso ahora. La pregunta importante es si ¿vas a cruzar o no esta puerta?*

— ¿Qué hay al cruzar? — preguntó Rebeca.

— *No te lo puedo decir.*

— ¿Por qué?

— *No me está permitido. Solo puedes saberlo cuando cruces, no antes.*

Rebeca pensó que todos esos seres eran igual de misteriosos que Úrsula.

— ¿Cruzarás o no? — volvió a preguntarle el ser.

— No quiero.

— ¿Por qué?

— Porque quiero saber cómo está, no quiero dejarla sola.

— *Ella estará bien.*

— ¿Cómo lo sabes?

— *Soy un ángel.*

— ¡Me dijiste que no lo eras! — reclamó Rebeca, frustrada.

— *Lo siento, puedo decir muchas cosas, al igual que ella.*

— ¿Cómo quién?

— *Como tu ángel solitario.*

— ¿Qué quieres decir?

— *Que ella puede decir que te ama, pero ¿crees que sea cierto?*

Rebeca se dio cuenta de que aquel ser quería persuadirla para que cruzara la puerta o para que se decepcionara de Úrsula.

— Digas lo que digas, no voy a entrar.

— ¿Quieres vagar por todo el mundo con ella? ¿Crees que serás feliz viviendo una existencia de ese modo?

— No lo sé, lo único que sé es que quiero estar con ella.

— *Si es lo que has decidido ahora, te daré la oportunidad de regresar por ti misma a este mismo punto en tres días; si no, te quedarás vagando sin un lugar a donde ir.*

Rebeca aprovechó para irse antes de que el ser alado se arrepintiera y cambiara de opinión sobre la prórroga de tres días que le había otorgado para volver. Viajó rápidamente a

través del viento hacia la casa donde había sido feliz con Úrsula, el ser más despreciado sobre la faz de la tierra pero a quien ella amaba con toda su locura. Cuando llegó a la habitación, se alegró al encontrarla allí. Lo primero que hizo fue correr hacia ella, intentando hablarle y tocarla, pero fue en vano. Aunque ambas eran invisibles, Rebeca se dio cuenta de que se encontraba en una dimensión mucho más pequeña que la de Úrsula.

— ¡Mírame, Úrsula! ¡Siénteme! ¡Estoy aquí! — dijo Rebeca cargada de desesperación.

Frustrada y sin más qué hacer, se quedó observando a Úrsula mientras, después de llorar, le quitaba el pijama con cuidado y le ponía aquel vestido que les gustaba a ambas. Cuando terminó, Úrsula comenzó a maquillarla.

Rebeca estaba conmovida por lo que veía y sentía un deseo enorme de abrazar y consolar a Úrsula, pero no podía tocarla; ella era la nada. Fue entonces cuando Rebeca comprendió a Úrsula. Por fin estaba en sus zapatos, pero a pesar de saber que no podía ser palpable, Rebeca se acercó a Úrsula y la rodeó con sus brazos, con la esperanza de que su amor la hiciera sentir, pero no pudo. Se sintió aún más frustrada y se alejó de Úrsula. Ahora lamentaba no sentir nada, después de tanto desear no sentir dolor ni sufrir, ahora no sentía ni una cosa ni la otra.

Rebeca presenció todo lo que sucedió alrededor de su partida de este mundo. Vio a su familia llorar junto con Úrsula, la colocación en el ataúd y luego cómo amigos y familiares llegaban con arreglos florales para colocar junto a su féretro.

Rebeca nunca imaginó que la noche fuera a ser tan larga, mucho menos que vería a Úrsula aferrarse a su pijama, vulnerable y frágil como cualquier persona que pierde a su ser amado. Se dio cuenta de lo que aquel ser quería: evitar a toda costa que volviera a la tierra para ver todo lo que estaba presenciando. Intentaba engañarla sobre los sentimientos de Úrsula hacia ella, pero nada de lo que dijera podía convencer a Rebeca, porque había visto muchas veces los ojos de Úrsula y en ellos solo encontraba la verdad de sus propios sentimientos.

El momento que Rebeca temía llegó finalmente, y no soportó ver a sus padres, hermano y a Úrsula llorar. Observaba cómo Úrsula parecía estar ausente, como si también hubiera muerto. Eso aterrizó a Rebeca, porque si Úrsula ya no podía verla, todo lo que habían compartido podría desvanecerse con su pérdida. Si Rebeca no lograba que la viera, no habría un para siempre para ellas.

Decidió intentarlo una vez más, las veces que fuera necesario, hasta lograrlo. Haría lo imposible por conseguir que Úrsula perdiera esa venda que parecía haberse puesto en los ojos, nublando su sentido del amor y la esperanza.

— ¡Úrsula, mírame! — le exigió, poniéndose delante de ella, pero Úrsula parecía tener la vista muy lejos de allí —. ¡Estoy aquí! ¡Mírame, carajo!

Úrsula parecía haber sido enterrada junto con su cuerpo y agradeció que sus padres la arrastraran de vuelta a casa con ellos. En casa, Úrsula se sentía como un león enjaulado, bajo el mismo techo con sus padres, esperando a que se durmieran para cumplir con su deber. Rebeca la vio desaparecer de inmediato apenas puso seguro a la puerta. Quiso seguirla, pero no pudo; Úrsula estaba en otro nivel al que ella jamás alcanzaría. Sin más remedio, tuvo que esperar el regreso de Úrsula en la habitación, la misma que ya extrañaba. Se tendió en la cama a esperarla como era su costumbre, aunque esta vez no sentía la textura de las sábanas, ni podía dormir porque ya no sentía ni hambre ni sueño. No sentía nada, aunque sí le pareció extraño saber que era de noche y no iba a dormir como lo hacía cuando estaba viva.

La noche se le hizo larga y Rebeca comprendió aún más la soledad de Úrsula. Mientras esperaba el amanecer, caminó y divagó por toda la casa hasta que terminó en el balcón, donde contempló la noche hasta que llegó el amanecer. Cuando el sol comenzaba a asomarse, escuchó a

Úrsula llegar a la habitación, así que Rebeca corrió hacia allí para verla.

Se encontró con una Úrsula sombría y con el rostro más inexpresivo que hubiera visto nunca. Casi le parecía otra persona. Sus ojos estaban oscuros y mostraban una tristeza insondable. La vio cambiarse de ropa de la manera particular en que solía hacerlo, para luego salir de la habitación, y Rebeca la siguió.

Ante Carolina, Augusto y Lucía, Úrsula mostraba un semblante diferente, pero su tristeza y dolor eran imborrables en sus ojos. Rebeca observó cómo Úrsula comía un poco de desayuno en compañía de ellos, para luego excusarse e ir al baño. Rebeca sabía a qué iba, así que no desaprovechó la oportunidad y la siguió, intentando una vez más que Úrsula la viera, pero sin éxito.

Fue frustrante nuevamente, pero Rebeca lo intentó en cada ocasión que tuvo mientras Úrsula estuvo en casa. Sin embargo, perdió la oportunidad cuando sus padres se fueron y Úrsula desapareció de nuevo. Intentó seguirla, pero le resultó imposible; se quedó sin energía y la presencia de Úrsula creaba un aura tan pesada que le dificultaba avanzar en su intento por interactuar con la vida.

Así que vagó sin rumbo fijo hasta que deseó volver a casa. De nuevo viajó con el viento hasta llegar y, al darse cuenta de que probablemente tendría que esperar unas horas más, fue a la biblioteca con la esperanza de tomar un libro entre sus manos y leer un poco. Para su gran alegría, logró sacar un libro de la estantería y comenzó a leerlo.

Úrsula llegó a casa más tarde de lo habitual y notó un aroma familiar que la atrajo hacia la biblioteca. Rebeca se hallaba colocando un libro en su lugar, pero al sorprenderla con su llegada, Rebeca dejó caer el libro, captando así la atención de Úrsula.

— ¿Rebeca?

— ¡Aquí estoy! — dijo acercándose a ella y plantándose delante, pero Úrsula seguía sin poder verla.

— ¡Rebeca! — volvió a decir, pero no obtuvo respuesta ni ninguna otra señal.

Úrsula abandonó la biblioteca y se dirigió a la habitación. En ese momento, empezaba a surgir una pequeña chispa de esperanza. Cerró los ojos con fuerza y exploró su entorno con calma, pero no pudo ver a Rebeca. Aun así, el aroma familiar persistía. De repente, su mirada se posó en el espejo, recordando cuánto les gustaba verse reflejadas juntas. Sin temor alguno, se colocó frente al cristal y, con ilusión y anhelo, cerró los ojos para intentar sentir su presencia, reavivando los sentidos que se habían adormecido desde la pérdida de Rebeca.

Antes de que pudiera abrir los ojos, unos brazos que reconocía la abrazaron por detrás. El aroma se intensificó y, convencida de que podría ser su imaginación, Úrsula tomó rápidamente la mano que tanto amaba. No hubo duda alguna de que era ella. Antes de que la ilusión pudiera desaparecer, Úrsula decidió abrir los ojos y allí estaba. Rebeca, la mujer de ojos verdes, vibrante como la primera vez que la vio.

Al contemplarla por varios minutos, se dio cuenta de que su presencia era tan cierta como la luz del sol que miraba todas las mañanas. Allí estaba el rostro de Rebeca frente al suyo, aunque ya no había calor ni cuerpo físico, su esencia estaba ahí, la parte más importante de Rebeca. La muerte se sintió feliz y el dolor que había estado experimentando desapareció; su bálsamo estaba allí para curarla.

— ¿Por qué estás aquí? — le preguntó Úrsula, abrazándola fuerte mientras inhalaba su aroma —. No deberías estar aquí, pero te extraño tanto.

— Estoy aquí porque no puedo soportar verte triste, no aguanto verte llorar — dijo Rebeca sin soltar el abrazo —. Y la razón más grande de todas es porque te amo y no puedo

alejarme de ti. Dijiste que me amarías siempre, pero si no estoy, ¿a quién le darás tu amor? ¿Y si en otra vida no existo?

— Es cierto que me duele, pero... quizás te encontraría en otra vida y te volvería a amar. Siempre guardaré este amor por ti y para ti.

— Lo sé, pero ¿y si no me acuerdo de ti? Yo seré otra persona, con otros pensamientos y gustos.

— Tal vez, pero mi trabajo sería conquistarte, sea cual sea tu gusto. Yo sería para ti lo que tú quisieras, Rebeca, una y otra vez.

— No puedo irme. No quiero irme ni dejarte de ver. Déjame estar a tu lado, Úrsula, para siempre, para la eternidad.

— Yo sería la más feliz si te quedaras, pero sería muy egoísta de mi parte no decirte cómo sería tu existencia si decides quedarte. Tienes que ser consciente de que serás invisible para todos, incluso para tu familia. Vagarías día y noche a mi lado alrededor del mundo, sin tener realmente un lugar fijo donde estar. Y eso sería para toda la existencia, sin hijos, ni mascotas, nada más que solo tú y yo.

— Lo sé y quiero estar contigo siempre. Nunca más estarás sola, Úrsula. Seremos tú y yo por siempre y para siempre. — Úrsula la abrazó de nuevo, llorando, pero esta vez de felicidad por tenerla de vuelta a su lado.

— Te extrañé tanto — dijo, besándola en los labios después —. Fueron los días más terribles de toda mi existencia — y la siguió besando hasta que sintió que su cuerpo se igualaba al de Úrsula. Eran invisibles para los demás a menos que decidieran hacerse presentes, pero en el caso de Rebeca, eso sería casi imposible.

— Tardé mucho en decidirme, pero mi existencia y mis sentimientos están contigo, Úrsula, porque te amo.

— ¡Oh cariño! Y yo a ti, y yo a ti — y la besó con devoción.

— ¿Qué vas a hacer con esta casa? — le preguntó poco después.

— Dejarla como está, venir aquí por las noches.

— Pero ya no necesitaré dormir.

— Lo sé, pero podemos venir aquí para estar así, como en este momento. ¿No te agrada la idea?

— ¡Sííí!

Úrsula la besó en los labios, le dijo que la amaba al tiempo que la desnudó con tan sólo desearlo, Rebeca sonrió, ahora más que nunca estaba bajo su poder, pero el hecho de que la desnudara no le molestó, ella quería lo mismo así que le acarició la espalda mientras Úrsula succionaba la piel de su cuello y descendía poco después a sus senos, estaba feliz de que Rebeca estuviera allí y esta vez no la dejaría ir. Se amaron hasta perder el tiempo, esta vez el tiempo no tendría lugar en ellas porque tenían toda una existencia por delante.

— No me iré — le dijo Rebeca a Úrsula cuando la atrapó entre sus brazos después de hacer el amor —. Estaré contigo siempre, seré tu compañía, porque soy la esposa de la muerte.

— Sí, la esposa de la muerte. Pero para ti, soy Úrsula.

— Mi querida Úrsula, la dulce y pequeña osita.

